

Luis Oyarzún

Temas  
de la cultura  
chilena



EDITORIAL UNIVERSITARIA

CORMORAN

TEMAS  
DE LA CULTURA

CHILENA

Se terminó de imprimir en los talleres  
gráficos de EDITORIAL UNIVERSARIA, S. A.  
San Francisco 454, Santiago, Chile,  
en el mes de agosto de 1967.

Proyectó la edición Mauricio Amster  
copista de Susana W. del.

Temas de la cultura chilena  
es el volumen No 2  
de la colección TEMAS DE CULTURA.



COLECCION

IMAGEN DE CHILE

© Editorial Universitaria, S. A.

Inscripción N° 33.404.

Texto compuesto con  
*Linotype Bodoni 10/12*

y títulos con *Linotype Bodoni 12 y 18.*

Se terminó de imprimir en los talleres  
gráficos de EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.  
San Francisco 454, Santiago, Chile,  
en el mes de agosto de 1967.

Proyectó la edición *Mauricio Amster*  
cubierta de *Susana Wald.*

*Temas de la cultura chilena*

es el volumen N° 2

de la colección IMAGEN DE CHILE.



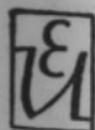
COLECCIÓN

PRINTED IN CHILE

L U I S O Y A R Z U N

# TEMAS DE LA CULTURA CHILENA

1. Reseñas de Cultura	1
2. Gabriela Mistral en su mundo	29
3. El sentimiento amoroso en Gabriela Mistral	49
4. Gabriela Mistral y la poesía chilena	69
5. Dos discursos de Gabriela Mistral	89
6. El uso de la cultura y la vida chilena	91
7. Poesía y sociedad y la poesía chilena	91
8. El uso de la cultura y la vida chilena	101
9. El sentimiento de la historia en América	113
10. Poesía y sociedad en la América Latina	133
11. Poesía y naturaleza en nuestra literatura	147
12. Poesía y naturaleza en nuestra literatura	157



EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

# INDICE

- 1 Resumen de Chile 9
- 2 Gabriela Mistral en su poesía 39  
El sentimiento americano en Gabriela Mistral 49  
Gabriela Mistral, poesía perenne 59  
Dos discursos en honor de Gabriela Mistral 69
- 3 El oro de California y la vida chilena 85  
Pérez Rosales y la primera generación chilena 91  
Lo que no se dijo — Teresa Wilms 101
- 4 El sentimiento de lo humano en América 113  
Poesía y sociedad en la América Latina 133  
Sociedad y naturaleza en nuestra literatura 147
- 5 Crónica de una generación 157  
Incorporación académica 175

## RESUMEN DE CHILE

El presente informe tiene por objeto dar a conocer el estado actual de Chile en materia de relaciones internacionales, con especialidad en el campo de la cooperación económica y cultural. El estudio se divide en tres partes: la primera trata de la situación general del país, la segunda de las relaciones internacionales y la tercera de las perspectivas futuras. En el primer capítulo se describe la geografía, el clima, la agricultura y la industria. En el segundo capítulo se analizan las relaciones internacionales de Chile, con especialidad en el campo de la cooperación económica y cultural. En el tercer capítulo se exponen las perspectivas futuras de Chile en materia de relaciones internacionales.

Este informe tiene por objeto dar a conocer el estado actual de Chile en materia de relaciones internacionales, con especialidad en el campo de la cooperación económica y cultural. El estudio se divide en tres partes: la primera trata de la situación general del país, la segunda de las relaciones internacionales y la tercera de las perspectivas futuras. En el primer capítulo se describe la geografía, el clima, la agricultura y la industria. En el segundo capítulo se analizan las relaciones internacionales de Chile, con especialidad en el campo de la cooperación económica y cultural. En el tercer capítulo se exponen las perspectivas futuras de Chile en materia de relaciones internacionales.

**CHILE**, en su historia como en muchos de sus temas y perspectivas actuales, se ha formado como nación en contacto íntimo con su geografía, con su posición singularísima dentro de la América del Sur y con los rasgos anatómicos y dinámicos de su tierra: desiertos, estrechos valles, un largo llano central con benignidad relativa del clima, archipiélagos y rigores catastróficos de la conducta geológica. Todo esto, unido a una larga costa inhóspita sobre los despoblados del Océano Pacífico. Es el país del mundo que tiene menos tierra próxima frente a sus dilatadas orillas oceánicas<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>Refiriéndose a las implicaciones botánicas del aislamiento de Chile, en informe presentado a la Academia de Ciencias del Instituto de Francia por Adriano de Jussieu sobre la *Historia Física y Política de Chile* de Claudio Gay, escribía este célebre naturalista:

“Chile se halla felizmente situado para la Botánica: por un lado costado por el mar y por el otro por las cadenas de las cordilleras que presentan en esta larga línea algunas de sus cumbres más elevadas, alcanzando por una parte casi hasta el

La tierra chilena ha impreso un cierto carácter a la forma social y, en conjunción con los empujes y vicisitudes de la vida humana en un territorio tan difícil, ha creado ciertas constantes históricas que dan al país un perfil nítido dentro de América, aun cuando sus grandes problemas sean análogos a los de las demás naciones del Sur del Continente.

Es la nuestra una tierra lejana, la más lejana del Hemisferio Occidental, un auténtico *Finisterrae*. Esa remotez de nuestra *residencia en la Tierra* convirtió desde antiguo al país en suelo legendario propicio

---

tropical, y por la otra hasta la extremidad austral de la América, de tal modo que su flora ofrece las formas más variadas, las formas de la mayor parte de las latitudes y altitudes. Así, comparando la lista general de las familias de plantas con las que encontramos representadas en Chile, vemos que sólo faltan algunas poco importantes y esencialmente ecuatoriales, mucho menos que en cualquiera otra región templada”.

(Cit. por D. Barros Arana en su *Vida y Obra de D. Claudio Gay*).

a surgir como leyenda ante los ojos europeos y, por lo mismo, fue lentamente poblado por olas sucesivas de conquistadores. Desde los araucanos —dejando a salvo la posibilidad de que ellos sean la cepa humana original del territorio, como sostienen ahora algunos— hasta los incas y los españoles, que fundieron sus sangres en la paz y en la guerra, sin llegar a fundir sus mitos ni crear otros nuevos, como ha acontecido en Brasil, Cuba o México.

Una tierra con muchas sangres derramadas y sin mitos realmente propios, es decir, en este sentido antropológico, sin alma. Habría que decir, quién sabe —¡quién sabe!—, que el único mito nacional que haya dado una base común al vuelo de las imaginaciones a través de la historia chilena, haya sido un poema del Renacimiento español, *La Araucana* de Ercilla, de alcances sociales en todo caso restringidos a las clases letradas.

La guerra de conquista, en tierra sin riquezas espectaculares, creó pronto el mestizaje, con todos sus matices conflictivos. La propia lejanía se tradujo también en pobreza de agricultura y gentes, que tuvieron que habérselas con bienes difíciles y no siempre visibles.

Chile es un país sin palacios antiguos ni templos imponentes, sin ruinas señoriales de ninguno de sus ocupantes sucesivos. Concepción, por ejemplo, la segunda ciudad del país durante cuatro siglos, no tiene una sola mansión colonial, siquiera en ruinas, que mostrar al visitante interesado en su azarosa historia. Ello no es culpa de los terremotos, sino consecuencia de la austeridad de recursos de los pobladores y de la precariedad de la colonización, que

estuvo en peligro hasta mediados del siglo XIX, por la resistencia beligerante de los araucanos.

“Chile es un país donde falta todo”, escribía Fray Camilo Henríquez, en la *Aurora de Chile*, en 1812. Y no mucho antes había exclamado el regidor Agustín Eyzaguirre, al ver a un pordiosero en buen estado de salud: “¡Si este país tuviera industria, no se vería un solo mendigo!”.

En país famoso por sus minas, no había, sin embargo, a comienzos del siglo XIX, un solo mineralogista y, según el informe presentado en 1802 por Juan Egaña, como Secretario del Real Tribunal de Minería, “todo el Sur no tiene ni aun los que llamamos peritos facultativos y se ignora casi aún el grosero mecanismo de trabajar las minas”<sup>2</sup>.

Las tierras fértiles, concentradas desde la Conquista en pocas manos, permitieron la consolidación de una clase agraria, que gobernó a Chile, sólo con pequeñas contrariedades, hasta 1920. En comparación con otras castas dominantes en la América Latina, ésta fue más pobre, más paternalista, más sobria, más carente de visiones imaginativas, insular, campechana. Desarrolló, por eso, una concepción política estrecha, opuesta a las reformas audaces y halló su arquetipo y su mentor en el más importante y discutido de los políticos del siglo XIX, Diego Portales, quien acostumbraba a decir que el orden se mantenía en Chile en favor del peso de la noche, cosa que a él le parecía favorable.

La afirmación de Portales, intuición profunda en su género y bien característica de su clase, sirve

<sup>2</sup>Citado por Ignacio Domeyko: *Ensayo sobre los depósitos metalíferos de Chile*, Santiago, Imp. Nacional, 1876.

de epígrafe a la política de mano dura que él instauró para el uso de gobiernos posteriores y de aprendices políticos de nuestros días. Ella nos permite entrever algo del trasfondo de las luchas políticas chilenas en el siglo XIX y, a modo de caricatura anacrónica, un poco de la oposición a toda reforma por parte de la reacción del siglo XX. No sin razón, un político liberal de tan alto coturno como José Victorino Lastarria, cuando llegó a desempeñar en 1876 el cargo de Ministro del Interior del Presidente Aníbal Pinto, al encontrarse en su despacho con el retrato de Diego Portales, en el primer acto de su gestión ministerial ordenó que fuera descolgado del muro.

Otro signo de aislamiento y pobreza lo encontramos en la completa ignorancia, que, hacia 1840, existía en materia de arte, como lo demuestra el remate que hizo el supuesto conde Goulart, quien vendió a muy buen precio obras falsificadas de grandes pintores, que Monvoisin expertizó de un golpe, develando la impostura. En Valparaíso no hubo un solo teatro hasta la tercera década del siglo.

No era eso tan grave, sin embargo. Pero la necesidad, el afán de lucro y la ignorancia hacían por ese tiempo —como después— estragos enormes, definitivos, de orden práctico y vital, como la tala indiscriminada de bosques y matorrales en los cerros del norte y del centro del país. La Diputación Minera del Huasco, poco antes de 1810, anotaba ser tanta la cantidad de leña que consumían los trapiches, “que en breve concluirán con aquellos montes”<sup>3</sup>. Bien claramente describirá más tarde Vicuña Mac-

<sup>3</sup>Citado por Domeyko, op. cit.

kenna en su *Libro del Cobre* la faena espeluznante de extinción de todas las defensas arbóreas de nuestra pobre tierra en los hornos y bocas quemantes de las minas de don José Tomás Urmeneta y otros empresarios.

La República, construida sobre el peso de la noche, o sea, sobre la ignorancia del pueblo, aspiraba al orden y temía a los excesos de la libertad. Así se salvó efectivamente de la anarquía y la montonera sin ley de otros países de la América Española y comenzó a organizar sus cuadros intelectuales y técnicos a ritmo lento —el ritmo de Andrés Bello—, a un ritmo lentísimo, temerosa de que cualquiera innovación radical pudiera abrir las esclusas del desorden. Se consolida así aquella que los liberales avanzados llamaron con sarcasmo la *República Modelo*. La misma que Bilbao, Lastarria y otros ideólogos de su tiempo no se cansaron de zaherir, mostrándola como una nueva forma del despotismo colonial, una secuela de la Monarquía española en América. Los reventones revolucionarios de estos mismos liberales son sofocados con mano tolerante, con menos dureza y crueldad que la empleada por las manos sangrientas de otros episodios de América. Al otro lado de los Andes, estaba el tirano Rosas, que nos regaló por un tiempo a Sarmiento, Mitre, Alberdi, López. Por lo demás, nuestros jóvenes rebeldes pertenecían a las mismas familias gobernantes.

El pueblo, entretanto, trabajaba y dormía. A veces llegaba a adquirir el alfabeto. El régimen imperante descansaba en una base feudal. Provenía no sólo de las encomiendas coloniales, sino de los nuevos establecimientos latifundistas del siglo XVIII,

y era por esencia, como todavía lo es en lo poco que le queda, refractario a la aventura social, científica y tecnológica. De tal manera lo fue, que resulta significativo recordar un suceso curioso de mediados del siglo. Después de haber sido por diez años Presidente de la República, el General José Joaquín Prieto —el Presidente a la sombra de Portales— desempeñó muy democráticamente el empleo de Superintendente General de Marina y, consultado al efecto, a instancias de Wheel Wright, se opuso en documentado informe al proyecto de establecer en Chile una industria de astilleros —en los comienzos de la era del vapor—, arguyendo que siempre sería más práctico y barato importar barcos del extranjero<sup>4</sup>. Cualquiera iniciativa de esa clase chocaba, naturalmente, con la mentalidad agrícola y sus prejuicios, con los usos y abusos tradicionales de la tierra.

Tal estilo de vida se oponía en Chile a otro tipo de conducta, la del hombre andariego —hombre de imaginación y de pasión— que no encuentra su sitio propio en ninguna parte establecida, en ningún estrato del país, y vaga a lo largo del territorio o sale de él hacia tierras extrañas. El *roto* que se mete en guerras y guerrillas como mercenario o intruso o simple buscador de aventuras, el que se embarca en la cubierta de buques sin itinerario fijo, desparramándose por América o por donde sea, el chileno pata de perro, *patiperro*. Este encarna

<sup>4</sup>Casi un siglo más tarde, en la segunda Presidencia de Alessandri Palma, un Ministro de Hacienda de pasajera celebridad, respondió a un grupo de artistas que le pedían facilidades tributarias para la internación de materiales de pintura, que siempre sería mejor importar cuadros franceses o europeos.

una imagen bien representativa de una parte de los chilenos, en todas sus situaciones y oficios.

Es curioso ver cómo esta dicotomía de tipos humanos —el huaso y el roto andariego— halla expresiones significativas en la historia social. Por una parte, el chileno vivo de fantasía y más o menos ligero de cascos que sale del país, sin ligarse o sentirse ligado a nada establecido, con cierta vocación universalista de meteco, con la picazón de correr mundos. Por otra, los graves senadores, agricultores y huasos a quienes nadie les viene “a contar cuentos”, los hombres de la gleba de todas las clases sociales.

El andariego sorprendió a Lastarria en El Callao, cuando llegó ahí, desterrado por el gobierno portaliano de Manuel Montt, alrededor de 1860. Este chileno —que es legión hasta ahora, aun en los organismos internacionales o en los altos centros artísticos— lo llenó de asombro, al ver que desempeñaba toda clase de oficios con tal sentido de iniciativa, que lo hizo escribir, en su *Carta de Lima*, que no había reconocido en estos chilenos a sus compatriotas de la República Modelo. Tan distintos eran a los graves repúblicos agricultores, que comparaba a los gallinazos enlutados que hacían la policía de aseo de Lima. En cambio, este otro chileno ágil, de mente pícara y ánimo chispeante, se ocupaba allí, en tierra peruana, de todos los menesteres. Lastarria sugería que el chileno, para mejorar de genio, necesitaba desprenderse de su tierra<sup>5</sup>.

<sup>5</sup>La poesía chilena abunda en símbolos que expresan este deseo de rodar tierras y hasta de volar. Desde el poema en prosa de Augusto d'Halmar —*A rodar tierras*—, señalado por algunos como el comienzo de nuestra literatura de imagina-

El régimen imperante era refractario a la aventura personal y a la ciencia, con todas las extraordinarias excepciones que no podrían dejar de anotarse, como un Urmeneta, un José Santos Ossa o un Vicuña Mackenna. Nuestras tierras fueron mal trabajadas. "Hay tanta tierra", se decía y repetía, que no es necesario trabajarla con ciencia, ni tampoco a conciencia. Para qué decir con amor. Los bosques naturales arrasados en su mayor parte —como que el *Sunday Times* de Londres, no hace mucho, ha dedicado un artículo magníficamente ilustrado a esta ordalía casi insuperada en que colaboraron con igual entusiasmo nacionales e inmigrantes alemanes. Aun fueron quemados los árboles y arbustos de las quebradas y cerros del centro del país, talados o incendiados sin replantar, cosa que se ve en exceso aún en nuestros días. El odio al árbol.

Los más aventureros e ilusos, entre los chilenos, buscan y encuentran minas en una actividad compensatoria que, aunque no siempre tenga éxito, abre salida a esa inquietud que no se satisface con la sedentariedad de la vida rural. Los mineros suelen levantar fortunas prodigiosas y efímeras, como Juan

---

ción, pasando por *Los Pájaros Errantes* y *Alsino* de Pedro Prado, no hay poeta de valor que no toque alguna vez este tema de la aventura, la fuga hacia otros parajes físicos o mentales. Bien puede ejemplificarse, al pasar, en estos versos de los *Ultimos Poemas* de Vicente Huidobro, antipoeta y mago trashumante:

¿Quién salió de su tierra  
sin saber el hondor de su aventura?

Al desplegar las alas

Él mismo no sabía qué vuelo era su vuelo.

(*Ultimos Poemas*, Santiago, 1957, pág. 13).

Godoy en Chañarcillo. Así, aparecen, a mediados del siglo XIX, en el Norte Chico, fortunas liberales que cargan con balas de plata los fusiles del romanticismo ilustrado.

Surgen rebeldes. La literatura chilena es fundada oficialmente en 1842 con el discurso de Lastarria estableciendo la Sociedad Literaria, con el designio de constituir en el país una literatura de tema y tratamientos nacionales, "para consolidar realmente la República". No todos estos rebeldes son chilenos. Un Sarmiento, un Alberdi son partícipes del ánimo hospitalario que caracterizó también a nuestros conservadores de viejo cuño. Ellos partían de la convicción de que siendo Chile una república tan ordenada y tan exenta de amenazas intestinas, tan progresista dentro de la moderación, podía acoger perseguidos de otros países y llamar a europeos liberales para romper las tierras vírgenes del sur, al *amparo de las leyes*. No es necesario subrayar que es ésta, hasta hoy, una noble tradición de nuestro régimen republicano.

Esa expresión —*al amparo de las leyes*—, es bien representativa de la democracia chilena tradicional, asentada en la Constitución de Egaña de 1833 y en el Código Civil de Andrés Bello. Por travesura, podemos agregar a este respecto una anécdota significativa. Cuando un grupo de liberales avanzados, militares e intelectuales, pretendió derrocar al gobierno del Presidente Bulnes en 1851, para impedir el acceso de Manuel Montt —candidato oficial— a la Presidencia, estaban ya tomadas todas las medidas para que las tropas ocuparan el Palacio de Gobierno y pudiera después efectuarse una elección libre,

que permitiera al candidato opositor obtener la victoria. Aquel pronunciamiento de militares y civiles no alcanzó éxito, a pesar de todo, porque, en medio de la discusión de los dirigentes, y mientras las tropas formadas esperaban en la Plaza de Armas, predominó la opinión de Lastarria —uno de los principales caudillos de la sublevación—, quien no quiso proceder mientras no se convocara a un Cabildo Abierto que pudiera legitimar el golpe de fuerza. Como no se encontraron oportunamente las llaves coloniales de la Municipalidad, no pudo verificarse tal Cabildo y la revolución abortó, con el triunfo consiguiente del Gobierno. Entretanto, el Presidente General Bulnes, con su bonhomía de huaso chileno, había tomado el mando de las tropas leales, no sin antes beber un gran vaso de mote con huesillos en la plazuela de Palacio<sup>6</sup>.

Esta República conservadora y moderadamente progresista se nos aparece, a la distancia, como un asilo contra la opresión, al amparo de las leyes, sin mucha conciencia de las grandes transformaciones de la época moderna y sin contacto vivo con el pueblo. Tal asilo contra la opresión solía desterrar también a sus propios sediciosos —algunos tan sensatos como Barros Arana—, pero éstos regresaban, al poco tiempo, cuando se inició el cambio, bien insensible, que llevó al Partido Liberal a predominar en el Gobierno. Los exilados fueron pronto Presidentes, ministros, intendentes, senadores. La vida

<sup>6</sup>Esta anécdota recuerda un dicho ingenioso de Pablo Neruda, quien declaró que no habría régimen comunista en Chile, sin previa promulgación y publicación de la ley correspondiente, con la toma de razón de la Contraloría General de la República.

de la clase dirigente chilena fue, a lo largo del siglo, una lucha entre generaciones.

Se discutía sobre la velocidad del progreso en el Siglo del Progreso. Así, por ejemplo, en el debate que opuso a dos de las cabezas más fuertes de su tiempo en Chile: Andrés Bello y José Victorino Lastarria, asociado con su discípulo Jacinto Chacón.

Polemizaron en el propio periódico del gobierno, *El Araucano*, acerca de si los intelectuales chilenos y latinoamericanos debían escribir la historia o establecer la filosofía de la historia.

Bello sostenía, por cierto, que no se puede llegar a formular la filosofía de la historia sin haber conocido primero la historia misma. ¡Cómo podríamos elevarnos a una concepción filosófica de nuestra historia o de la historia en general, si no conocemos lo que ella ha sido en los hechos que la constituyen!, apuntaba Bello. No olvidemos que estamos recién apareciendo en el mundo intelectual, que no tenemos todavía luces suficientes ni mayores noticias fidedignas sobre los sucesos de nuestro pasado.

Lastarria replicaba, desde un punto de vista que podemos considerar con simpatía, que lo que interesa a países nuevos como los nuestros no es tanto el engolfarse en investigaciones de detalle acerca del pretérito —que él declaraba clausurado— como el hacer la historia del porvenir para iluminar el presente, es decir, lo que él llamaba la *filosofía de la historia*.

El mismo debate se concentró también —con más actualidad para nosotros—, en el tema de las relaciones entre América y Europa. Cómo tendríamos los americanos del sur que plantearnos el desarrollo social de América en su relación con Europa.

El resto del mundo no figuraba aún para nosotros en esos tiempos, exceptuando la fascinación que los Estados Unidos ejercieron sobre Sarmiento, Lastarria y muchos otros.

Andrés Bello, mesurado, prudente, recomendaba que los americanos imitéramos los mejores ejemplos, que siguiéramos el camino ya experimentado —no creía en la singularidad de América—, que podríamos reconocer bien y recorrer sin tropiezos, asimilando todo aquello que fuera digno de serlo, y preparándonos para que, en un futuro indefinido y distante, pudiéramos ingresar con pleno derecho a la comunidad creadora de la cultura moderna. El no consideraba —y Lastarria tampoco— lo que después se llamó la cuestión social, ¡y eran contemporáneos de Marx y del Manifiesto Comunista!

Contra Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Francisco Bilbao y no pocos otros defendieron el punto de vista opuesto, anticlásico. Sarmiento no pretendía echar las bases de nuestra *nueva* cultura de acuerdo a planes orgánicos y exhaustivos que exigen avanzar paso a paso, para adelantar sólo con entera seguridad. Ello sería imposible, e inconducente, en un mundo en formación como el nuestro. Lo importante es trabajar con lo poco que tenemos. Utilizando una fórmula china de este siglo, *caminar con las dos piernas*, es decir, avanzar como se pueda. Todavía somos incivilizados y nos falta mucho para ingresar en la “comunidad de los más altos espíritus”. Pero debemos actuar ahora, desde ahora y aquí mismo, y expresar, con todas nuestras imperfecciones, lo original de nuestra naturaleza como pueblos.

Francisco Bilbao, por su parte, con su lenguaje inflamatorio, característico del pensamiento román-

tico latinoamericano, hablaba de *la virginidad de América*. La América —eco rousseauniano— tendría una pureza que exhibir ante el resto del mundo, con su tierra y su gente intocadas, no mancilladas por los errores de la civilización.

Pero todos esos pensamientos, con amplia difusión en la clase intelectual de la América Española, no llegaron a traducirse en actos de consecuencias estables o en instituciones. Fueron sólo síntomas de una inquietud que después llegaría a difundirse.

Hacia la mitad del siglo XIX, nuestros liberales teóricos se entusiasman con el universalismo. Descubren que nuestros países tendrían una vocación universal y que sólo en contacto con las fuentes ecuménicas de la cultura podríamos abandonar nuestra situación de atraso. Ya poco antes, los banqueros habían impuesto el librecambismo, con plena apertura de puertos y aduanas. Para hombres como Lastarria, Marcial González, Ambrosio Montt, Manuel Antonio Matta —pertenecientes al ala izquierda del liberalismo y fundador del Partido Radical este último—, Chile y la América Española, debían sumarse a la corriente del progreso moderno, más a la norteamericana que a la europea, practicando un liberalismo integral, para instaurar —más allá de la democracia— la *semecracia* o gobierno de cada uno por sí mismo. Ello es lo que habría hecho la grandeza y dado su dinamismo cultural a las naciones anglosajonas. América tendría que ser el continente de la libertad frente al autoritarismo de Europa y del Asia.

En su credo dogmático en favor de la libertad sin condiciones, Lastarria llegó a afirmar que no

existe la cuestión social, que cuenta sólo el problema político, para él puro asunto de leyes y de ideas.

Una segunda ola liberal y radical descubre al Positivismo en la última mitad del siglo XIX. Este contribuye, a la larga, a los cambios más significativos que se operan en la estructura institucional. Por ejemplo, el laicismo en el Estado y en la educación pública, después de una lucha ardua contra el clericalismo. Así también la implantación de algunos ramos científicos en las escuelas secundarias, propiciada por Barros Arana y M. L. Amunátegui, frente a la escandalizada resistencia de los reaccionarios<sup>7</sup>.

Con todo, la masa proletaria —sobre todo rural— no había sido incorporada en absoluto a la vida colectiva, a pesar de los esfuerzos de Sarmiento, José Abelardo Núñez y muchos otros en la enseñanza primaria. No obstante, como consecuencia de tales afanes y de la constitución de un buen sistema

<sup>7</sup>A este respecto, escribía el mismo Barros Arana: "Faltaban los elementos más indispensables para esta enseñanza y, lo que es más, faltaban los alumnos que quisieran cursar esas ciencias (la física y la historia natural), cuya importancia era casi enteramente desconocida en Chile, y cuyo aprendizaje no se exigía para obtener el título de abogado a que aspiraban casi todos los estudiantes". (*Don Claudio Gay, su vida y sus obras*, Santiago, 1876).

Resulta irónico que, en 1910, otro Rector de la Universidad de Chile, Jorge Huneeus Zegers, escribiera con tanta alacridad: "El número de los que en Chile han escrito y publicado algunos trabajos sobre Legislación y Jurisprudencia es verdaderamente crecido y halagador para nuestra cultura científica, pues pasa de 600, desde la fecha del Código Civil acá". (*Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, Biblioteca de Escritores de Chile, 1910).

de educación secundaria, con liceos en Santiago y en las capitales de provincia, empieza ya a perfilarse una clase media en los alrededores de 1850, la época de *Martín Rivas*. Se trata de la primera que surge con vigor en el Pacífico sudamericano y en 50 años llegará a ser el factor social dominante de la política chilena y de muchos otros aspectos de la conducta nacional, excepto el económico-financiero, que ha permanecido siempre en otras manos. Ya en 1868, *El Ferrocarril*, clásico diario liberal, se quejaba de la penetración del capital extranjero: "Desde que el monopolio de los fundidores ingleses los hace árbitros del precio de este producto (del cobre), y desde que por medio de sus capitales ellos limitan o ensanchan nuestras explotaciones, la verdadera riqueza de nuestra sociedad queda sometida al interés de especuladores que, consultando los suyos, nos ponen en la triste situación que tocamos..."<sup>8</sup>.

El comercio internacional chileno, merced al libre cambismo tan entusiastamente aceptado por los liberales universalistas, era controlado por capitales extranjeros, principalmente ingleses.

En otra esfera, bajo la influencia de la ideología positivista y de la educación pública laica —y al margen del propio ideario de Comte—, el Estado llega a erigirse en esbozo de poder espiritual, en cierto modo opuesto a la Iglesia Católica, por falta de organizaciones intermedias moderadoras y enriquecedoras de la cultura, entre el Estado y el indi-

<sup>8</sup>Citado por Hernán Ramírez Necochea: *Balmaceda*, Ed. Orbe, Santiago de Chile, 1960, pág. 14.

viduo. La ausencia de esos organismos nos hizo —y nos hace todavía— vivir entre Escila y Caribdis, entre el estatismo avasallador y la anarquía. Se sabe que ellos constituyen la base concreta de la conducta democrática en una sociedad orgánica. Entre nosotros, recién comienzan a aparecer hacia 1900. De ningún modo existieron como centros poderosos en el siglo XIX, cuyas únicas grandes instituciones fueron el Estado y la Iglesia. Ni gremios ni sindicatos obreros, ni asociaciones profesionales ni clubes de variados objetivos tuvieron, como han venido a tener después, decisiva importancia social. Tal vez este hecho se añada a los otros factores fundamentales —de orden económico e internacional en su fuerza expansiva— que permitieron un avance tan rápido del capital extranjero en las últimas décadas del XIX. En este período, no pocos historiadores, ensayistas y críticos de la conducta nacional —citemos sólo al Presidente José Manuel Balmaceda, Valentín Letelier, Augusto Orrego Luco, Nicolás Palacios— registran el establecimiento de una nueva atmósfera social, como consecuencia de la liquidación de la Guerra del Pacífico, del asentamiento del capital extranjero en la explotación de la gran minería y del comercio externo. Empieza a hablarse cada vez con más énfasis de que el país habría cambiado de estilo al pasar de una vida ordenada y austera a una de derroche, facilidad, improvisación. Letelier señaló con crudeza que, entre los factores influyentes en esa transformación, se hallaban los estímulos financieros, repartidos como prebendas entre los grupos dirigentes y los propios

Cuerpos Legislativos, haciendo cada vez más necesaria una radical reforma intelectual y moral<sup>9</sup>.

El Presidente Balmaceda fue el gran adalid del nuevo nacionalismo económico, el mismo que nunca pudieron entender los liberales ideólogos de antiguo cuño. Fue también su víctima y cayó fulminado por los grandes intereses financieros, simbolizados en el Coronel North, Rey del Salitre, convertido en uno de los hombres más ricos del mundo<sup>10</sup>. El Presi-

<sup>9</sup>En carta dirigida por Letelier al escultor Nicanor Plaza, con motivo de su obra *La Quimera*, en 1897, le decía: "a los hombres de alma sana que viven inquietos por el porvenir de la patria, amargados por los latrocinios, por los desfalcos, por los transfugios, por la impunidad de los grandes culpables, por la imbecilidad de los grandes políticos, Ud, les eleva a una región serena donde la contemplación adquiere la intensidad del éxtasis".

<sup>10</sup>Como ejemplo de rastacuerismo que llega a lo encantador y que revela los desniveles a que conduce el gran capital entre explotadores y explotados, haré mención de un hecho significativo. A fines de 1888 —Presidencia de Balmaceda—, Mr. North determinó hacer un viaje a Chile. Para despedirse de sus amigos, ofreció un baile en el Hotel Metropole de Londres, con el fausto y la riqueza de un verdadero rey. Entre los concurrentes se hallaban algunos marinos chilenos, entre ellos el Contralmirante Juan José Latorre, reciente héroe del Combate de Angamos. El baile se verificó el 4 de enero de 1889. Dijo entonces el *European Mail*:

"Las cornetas reales anunciaron que se acercaba la comitiva al salón de recibo, donde el Coronel North, vestido a lo Enrique VIII; Mrs. North, con traje de Duquesa de Maine; Miss North, vestida de princesa persa y el joven Mr. North, con un traje que imitaba al del Duque de Richelieu en los días de su juventud, celebraron una tertulia preliminar. Mrs. Robert Harvey, cuyo esposo es uno de los grandes magnates del mundo salitrero, representaba a Fátima y llevaba brillantes que bien podría envidiarle una duquesa; Mrs. Jewell, es-

dente, en múltiples ocasiones públicas y privadas, había sido clarísimo en la expresión de su pensamiento<sup>11</sup>.

Entre Balmaceda y sus contemporáneos y los críticos de la sociedad chilena que iban a proliferar alrededor de 1920, se sitúa una generación de pensadores inconformistas, con gran capacidad de observación y don dialéctico: Letelier, los dos Orrego

---

posa del antiguo socio del Coronel North, estaba vestida como María Estuardo, Reina de Escocia, y Lady Kerkky se vistió de Margarita de Anjou.

"Sólo los huéspedes más distinguidos asistieron al baile del Salón Whitehall, que principió a los acordes del Himno Nacional chileno. El dueño de casa se sentó entre su esposa y Lady Randolph Churchill, la que escuchaba atentamente la modesta narración del Almirante chileno Latorre, sobre sus hechos de armas en las aguas peruanas.

"La fiesta terminó a las 7 de la mañana. El gasto que hizo Mr. North en el baile fue de 10.000 libras esterlinas".

(Cit. por Roberto Espinoza: *El Salitre*, Valparaíso, págs. 128-129).

<sup>11</sup>Por ejemplo, en el discurso pronunciado en la inauguración de la Exposición Nacional en 1888, preguntó con énfasis:

"¿Por qué no se fabrica en Chile todo el papel que en Chile se consume y no se elaboran las telas de algodón y los análogos de uso general, aquí donde los torrentes de los Andes corren al lado de las ciudades y cruzan los villorrios, llevando en sus ondas la fuerza generadora y la posibilidad de dar a la mujer ocupación activa, útil y honesta?

"¿Por qué pedimos sus maderas a las selvas de otro Hemisferio y no cortamos las nuestras en estaciones oportunas, las preparamos debidamente y las clasificamos con relación a las diversas construcciones, nosotros que poseemos bosques impenetrables o inextinguibles? ¿Es posible que en esta tierra del hierro y del carbón no produzcamos y elaboremos el acero?"

(Cit. por H. Ramírez Necochea, op. cit.).

Luco, Encina, y principalmente por sus caracteres tan singulares de insatisfacción, violencia y fuerza, Nicolás Palacios, el autor de la tan dispareja *Raza Chilena*, publicada en 1904, y el Dr. Valdés Cange (Alejandro Venegas), con su *Sinceridad* y otros opúsculos. Desde 1920 en adelante, el conocimiento de las obras de Marx y de la literatura marxista va a cambiar el rumbo y ordenar mejor el pensamiento de crítica social, proporcionándole toda una filosofía de la historia y de los cambios colectivos. Antes de ese año crucial, algunos espíritus ilustrados conocieron *El Capital* —tal vez los resúmenes franceses— y el *Manifiesto Comunista*, pero no les concedieron importancia, por lo menos la que tenían y sobre todo tendrían más tarde. Tal fue, entre muchos, el caso de Lastarria, quien fue declaradamente antimarxista.

Nicolás Palacios fue un característico ejemplar del mestizaje ideológico. En su obra —que escandalizó a Unamuno por su desorden y sus arbitrariedades, especialmente porque el autor de *Raza Chilena* se expresaba mal de nuestra inmigración vasca del siglo XVIII—, conviven doctrinas alemanas, hasta racistas, no bien digeridas, con multitud de otras ideas vigentes en el Chile científico de su tiempo, Darwin, Spencer, Haeckel, y con reflexiones honestas arraigadas en una íntima experiencia en el seno de grupos agrícolas y mineros. Alarmado por el pauperismo creciente de la clase obrera, llama al proletariado “el gran huérfano” y, como Letelier, y más tarde Venegas, se asombra de la imprevisión y de la falta de una política de inspiración nacional. El subtítulo de su obra es: “libro escrito por un chileno y para los chilenos”. A diferencia de los

ideólogos, fijó su atención en problemas bien concretos como el analfabetismo, el alcoholismo, la mortalidad infantil, la condición de los araucanos despojados de sus tierras. De ahí que, a pesar del desconocimiento general de sus escritos en el Chile de hoy, haya sido exaltado por unos pocos escritores de tan diversas posiciones como los nacionalistas de derecha y algunos socialistas.

Así llegamos, en el umbral de nuestro propio tiempo, a una situación que puede calificarse de expansión disgregadora de la vieja vida nacional, con todos sus rasgos positivos y negativos que aminoran —sin hacerlo desaparecer— el tradicional aislamiento. Desde temprano aparecen los *trasplantados*, que pueblan la conocida novela de Alberto Blest Gana. Desde que tal cosa fue posible, algunos chilenos quisieron sentirse completamente europeos y vivir en Europa como tales o, en el peor de los casos, llorar nostálgicamente en Chile la ausencia de París. Esta ruptura parcial del aislamiento removió inéditos fermentos de la sensibilidad y núcleos intelectuales que, desde entonces, ejercerán una influencia cada vez más profunda. Surge un pensamiento revolucionario, de raíz anarquista o marxista, que influye en los movimientos obreros, políticos y estudiantiles e incluso en la literatura, en el teatro, en la novela, en la poesía. Aparece entre nosotros el “arte moderno” que en la poesía alcanza originalidad considerable desde 1920, en abierta oposición a la que cultivaban los vates del siglo XIX, tan instrumental, pasajera y adjetiva. En una sociedad cada vez más tensa, prospera una libertad de costumbres antes desconocida, se imponen nuevas formas de relación entre las clases alta y media,

contribuyendo a alterar las fronteras entre ellas, al mismo tiempo que progresa un vigoroso movimiento feminista. Sin duda la vida social —como no podía menos de suceder en una sociedad moderadamente democrática en plena época contemporánea— se hace más ágil, móvil y variada. Pero también los problemas de todo orden, en favor de una conciencia más crítica y de los desplazamientos del campo a la ciudad, amén de los factores básicos de tipo estructural, se agudizan y llevan a toda una rama pesimista de literatos y comentaristas de la realidad social, a hablar de la permanente, de la “eterna crisis chilena”<sup>12</sup>. Economistas y sociólogos más o menos improvisados señalan la cronicidad de la crisis económica chilena, contra la cual vendrían a estrellarse todos los esfuerzos verdaderos o aparentes de los gobernantes, incapaces de encarar los problemas básicos en sus términos fundamentales. Tal es la situación en 1920, y también en 1924, a la caída de Alessandri Palma, y en 1931, en plena crisis económica mundial, a la caída de Ibáñez. El tema de la crisis es un *leitmotiv*. Estudios posteriores, de apreciable rigor científico, lo han asociado con la inflación y las variables del desarrollo y del subdesarrollo<sup>13</sup>.

<sup>12</sup>Título de una de las obras del ensayista Carlos Keller.

<sup>13</sup>Es interesante, en esta área de ideas, recoger el testimonio de un hombre de negocios francés, M. Mizgier, que publicó en Francia un opúsculo titulado *Le Chili en 1919* (Lyon, Imp. Noirclerc & Féné Trier, 1920), después de una detenida visita al país. Sus opiniones realzan su valor, por provenir de un hombre práctico nada sospechoso de izquierdismo, que se impone de nuestros problemas en la víspera de un año cargado de acontecimientos.

Hoy, volvemos difícilmente a nuestra realidad, animados con esta conciencia de crisis, que afecta a la posición de Chile en América, a la de América Latina en el mundo y a nuestra visión de nosotros mismos como nación y como pueblo. Descubrimos de pronto, abandonando la insularidad subyacente en nuestra historia, que somos un pequeño país lejano y pobre, comparativamente cada vez más lejano y más pobre. Un país que, por pobreza, tiende a cerrarse sobre sí mismo y a hacerse, por lo tanto, más pobre todavía. Pero comprendemos también que no debemos seguir tan aislados ni ser tan pobres.

El tema de la efectividad —y de la inevitabilidad— de nuestra pobreza ha sido debatido desde antiguo. Se puede decir que nacimos con él y en función de él, como que a las lamentaciones de Almagro y sus soldados, después de las frustraciones del Descubrimiento, se oponen las notas laudatorias y optimistas de Pedro de Valdivia en sus Cartas a Carlos v. Valdivia pudo comprobar personalmente que no se equivocaba tanto, por lo menos en lo tocante a la explotación del oro, cuando en la época misma de su muerte podía ya sustentar una empresa aurífera en que trabajaban miles de naturales en

---

“El peso sube o baja sin otra razón que el interés del grupo financiero comprometido en estas operaciones... Se ha intentado en diversas oportunidades fijar el valor del peso chileno, como se ha hecho desde hace muchos años en la Argentina con el nacional; siempre los proyectos han fracasado ante la oposición tenaz dirigida por los bancos y los agiotistas, todopoderosos en este país” (págs. 158-9). “Banqueros y agricultores se aprovechan de las variaciones de la moneda chilena” (pág. 162).

Quilacoya, en la ribera norte del Bío-Bío, con pingües entradas del metal emblemático. El pensamiento teórico-práctico de la Ilustración, representado en Chile por Miguel de Lastarria, Manuel Salas y otros insistía en la riqueza potencial de nuestro suelo, favorecido por un clima que todos, desde Valdivia, consideraban privilegiado, y que no lo es. Las primeras prospecciones científicas y tecnológicas de la América Española en la Era Republicana fueron promovidas por el Gobierno chileno y Pérez Rosales, característico ejemplar de la primera generación chilena, no dudó de que Chile estuviera destinado a un alto desarrollo económico moderno, junto a personajes como José Tomás Urmeneta, Matías Cousiño y otros representantes de la nueva clase industrial, que sin duda influyen en el audaz optimismo de Balmaceda. Hasta hoy sigue el debate, tan vigorosamente reactualizado por Pedro Aguirre Cerda en sus ensayos económicos y en sus realizaciones de gobernante, las primeras verdaderamente fecundas en este siglo. Seguimos siendo pobres sin duda, pero con menos conciencia de inexorabilidad fatalista en cuanto al futuro.

Cabe advertir que, en mundo tan variable como el nuestro, varía más que en otros el registro de las expectativas y posibilidades, sin las cuales resulta imposible vivir sin desesperarse en la inacción. Duele, sin embargo, comprobar en toda clase de testimonios, literarios, periodísticos, estadísticos, la extensión y la profundidad de nuestra pobreza y de nuestros desniveles económicos. Quiero acudir otra vez al de M. Mizgier en 1919. ¿No es aún

válido? Sólo que ahora disponemos de un elemento entonces desconocido: la esperanza<sup>14</sup>.

*Tenemos que repensarlo todo.* Volver a plantear nuestros problemas, rompiendo algunas tradiciones añejas y confirmando a otras, en la comunidad de una nueva América Latina. Tenemos que reactualizar nuestro régimen de libertad —honorable en América—, para que ésta sea libertad real y libertad de todos, y no simplemente libertad jurídica. Pero esto no significa hasta hoy, a juicio de la mayoría de los chilenos, que tengamos que abjurar de nuestro pasado de democracia política, propia de un país

<sup>14</sup>“En lo que toca a la suerte del obrero, ella es simplemente lamentable. Lo que más sorprende al extranjero que llega a Chile es el aspecto de miseria de la clase pobre: *en ningún país del mundo he visto miseria tan repugnante como en Chile*, sobre todo en las ciudades. En Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, en plena calle, se encuentran pobres *pinganillas* cubiertos de harapos innombrables, de andrajos de tal modo sórdidos que uno se aparta instintivamente de esos desdichados, en los que se hallan todas las enfermedades ocasionadas por el desaseo” (Op. cit., pág. 168).

Poco antes había citado M. Mizgier una opinión de Enrique Zañartu Prieto, político liberal progresista, que incide en el tema de nuestra pobreza:

“Chile es un país agotado por las más duras necesidades, a pesar de que se encuentra en las condiciones más propicias para un rápido desarrollo. Lo que falta —¡por qué no decirlo!— es una clase dirigente que se preocupe del interés general en lugar de esterilizar su acción, y la de los poderes públicos, en la defensa ciega de los intereses de capillas políticas” (Mizgier, op. cit., pág. 165). Zañartu Prieto pertenecía, sin duda, a la estirpe de los políticos con visión moderna y con alma de hombre de acción, como que fue impulsor decisivo de la reforestación y de la plantación de pinos en los arenales de la provincia de Bío-Bío.

que ha sido, en efecto, un asilo contra la opresión en nuestra América. Debemos atrevernos a ser audaces y utilizar hasta el humor escéptico de nuestro pueblo, buen fruto del aislamiento y la pobreza, como correctivo de los dogmatismos que nos amenazan, por dentro y por fuera.

Hemos sido audaces en guerras, ahora anacrónicas, y excesivamente cautos en la paz. Joaquín Edwards Bello, en su *Nacionalismo Continental*<sup>15</sup> obra, como todas las suyas, surcada de hondas intuiciones psicológicas y sociales, incluyó como prólogo una carta de Gabriela Mistral, fechada en Madrid, en 1934. La poetisa, en esa ocasión y en otras, vio agudamente, desde lejos, defectos y virtudes. Algunas frases son bien dignas de recuerdo.

“Nuestro viejo Chile, satisfecho y sentado en sus prestigios, sentado como en una butaca de buen marroquí y de caoba hermosa; sentado y asentado con cierta dignidad y no poquita soberbia. El marroquí se avejentó deslustrándose; la caoba comenzaba a criar comejenes. Lo decían algunos y pocos se lo creían. El patricio, que no lo volteaba nunca, sufrió un buen día el sentón repentino...” “Cierta patriotismo se parece también al viejo hidalgo pulcro y sin experiencia de vendavales; abomina de los relatos crudos; pone mal gesto a la Celestina y al Lazarillo y le disgustan también los relatos telúricos. El ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván donde hay inmunicias amontonadas o cachivaches en putrefacción. El no quiere saber nada ni del terremoto, remece-

<sup>15</sup>Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1935.

dor de la casa entera, aunque ambas cosas, pestes y temblores, formen también parte de la ley... y de la normalidad.

”Chile no ha salido sino a medias, como la sirena, de una especie de vejestorismo político o administrativo, que ha sido su enfermedad post-colonial. Las canas por allá son todavía virtud murfíca y la cara tersa un documento de no fiar”.

Como corolarios casi fuera de texto, agreguemos que, a juicio nuestro, el resultado final de las revoluciones, del dinamismo social acelerado o de la lucha violenta entre las clases, depende de la mayor o menor riqueza humana de esa revolución, de sus dirigentes y partícipes. No depende jamás de factores puramente mecánicos, estadísticos y esquemáticos, sino de la fecundidad humana que hayamos podido inspirar al proceso revolucionario. No se hacen las revoluciones por maldad, pero pueden hacerse *con* maldad y mezquindad, y eso las desnaturaliza. Los latinoamericanos, ahora más que nunca, debemos defendernos de los esquemas simplistas —muchos de ellos superados cada día por los hechos— y aprovechar de donde venga —de Oriente o de Occidente— la rica experiencia moderna allí donde esté: en la ciencia, la tecnología, el arte o la política de todos los países del mundo.

No basta asimilar tácticas ni técnicas. Es preciso desarrollar al espíritu humano en todas sus direcciones. La supervivencia y crecimiento de nuestras culturas, con la suerte de nuestras aspiraciones, dependen de nuestra capacidad de adaptación creadora a las nuevas circunstancias históricas. Tal vez esta circunstancia nos ofrezca hoy la posibilidad de

un encuentro fecundo con todos los países que hoy se denominan subdesarrollados. Aprovechemos esta coyuntura en lo que tenga de aprovechable, pero que ello no signifique cortar lazos que nos unen a culturas más ricas, más modernas y más viejas, o al futuro, en rigor imprevisible, de nuestra realidad universal cambiante, que no podríamos esquematizar sin empobrecernos.

Por otra parte, nuestra orfandad cultural frente a tantas decisiones, proyectos y acciones del mundo contemporáneo, nos da la posibilidad, que no tienen tal vez pueblos de más antiguas y unificadas culturas, de ser, aun más que ellos, ciudadanos del mundo, con derecho legítimo a todas las herencias. No nos aplasta la exigüidad de nuestro peso cultural en la balanza de los grandes poderes. Podemos sentirnos asociados a todas las culturas fundamentales de la historia y del presente. Estamos haciéndonos y siempre las culturas se hicieron así, con mestizaje y transculturación. Podemos sentir íntimamente el valor de las culturas orientales y occidentales y transformar este caudal en movimiento hacia un ecumenismo para el cual no se encuentran tan abiertos otros pueblos más ricos, prisioneros de sus patrones inveterados o de sus programas de vida demasiado estrechos. Como querían iluministas y románticos, podemos seguir siendo la Virgen América, la tierra del hombre universal, sin prejuicios de razas, de tradiciones excluyentes, de religiones o de sectas económicas y políticas.

Estamos empezando a esbozar continentalmente nuestro destino, a base de los pueblos cada vez más conscientes y organizados. Tenemos la posibilidad

de realizar esta planificación necesaria manteniendo libertades básicas de expresión y acción, sensibles a lo imprevisto del hombre y su destino. Sentiremos, entonces que, más allá de los problemas de emergencia que hoy nos agobian y que no podremos sino resolver unidos, se halla ante nosotros la perspectiva de nuevos desarrollos de la forma humana.

## GABRIELA MISTRAL EN SU POESIA

CUALQUIERA aproximación al mundo de la poesía puede realizarse por varios caminos. En el caso de Gabriela Mistral el más transitado es el de los versos simples, infantiles, inspirados en un sentimiento maternal de la criatura humana y aun de las cosas del cosmos. Así lo hizo Paul Valéry, cuando escribió el ensayo que sirve de prólogo a una de las ediciones francesas de los versos de nuestra poetisa.

“Esta mujer canta a los niños como nadie lo había hecho antes de ella. Mientras tantos poetas han exaltado, celebrado, maldecido o invocado a la muerte, o edificado, ahondado, divinizado la pasión del amor, pocos hay que parezcan haber meditado en el hecho trascendente por excelencia, la producción del ser vivo por el ser vivo. Hay, en particular, en la íntima confrontación de una madre con su hijo —ese gran tema explotado sobre todo por la antigua pintura religiosa—, un poder de sensibilidad ilimitada, que puede alcanzar a un paroxismo de ternura casi salvaje, de tal manera es exclusivo y

celoso. El extremo de este sentimiento no tiene los recursos del amor..."<sup>1</sup>.

Naturalmente, es decir, con su propia naturalidad, Gabriela Mistral era eso, pero era también algo más en su poesía de tan variados y tan idénticos acentos. Fue también la poetisa de una ardiente pasión, y si la pasión hace posible en el gran poeta un conocimiento que no podría haber sido conquistado sin ella, forzoso es reconocer que alcanzó una visión personal del mundo, dentro del cual cada objeto, cada palabra, cada gesto del lenguaje encarna un valor único que llega hasta nosotros como una revelación. Hay creaciones artísticas que surgen de una identificación de ser, obra y vida. En tales casos, llega el espíritu creador, *natura naturans* por medio de su obra, a una suerte de lucidez apasionada. Así sucedía en Gabriela Mistral. En su formación desordenada y casi solitaria, se modeló a través de unas cuantas actitudes iniciales plasmadoras, desde las cua-

<sup>1</sup>Prefacio a *Poèmes Choisis*, Ed. Stock, Paris, 1946.

les fue expresándose, descubriéndose y descubriendo en ella su propio mundo. En todo gran espíritu actúa una poderosa necesidad de exploración de lo humano que hace de la vida entera un continuo viaje cuyo sentido no viene a revelarse plenamente sino en el instante final. Pareció haber en la vida de Gabriela Mistral un destino ambulatorio y, sin embargo, bien pocas existencias, en su significación más profunda, habrán sido menos peregrinas ni más fieles a dos o tres temas constantes. En su experiencia y en su poesía nos hallamos ante un lento alumbramiento de algo que en los poemas de su madurez nos es transmitido con más hondura y evidencia que en las obras juveniles.

La profundidad del conocimiento poético no es de la misma naturaleza que la del pensamiento filosófico. La visión del poeta arranca mucho más directamente de las instancias inmediatas. De ahí sus contradicciones y de ahí también su verdad existencial. Si nos preguntamos por la revelación del mundo que la poesía de Gabriela Mistral nos entrega, no es aventurado sostener que nuestra autora pertenece a una vieja stirpe española que se da en la capacidad de intuición de lo real a través de lo sensible, casi sin intermediarios intelectivos, y que se desprende tal vez de una acendrada vivencia de la soledad. En la poesía de *Tala*, por ejemplo, llega Gabriela Mistral a una hondura teresiana —que podría ser también de Zurbarán o de Sánchez Cotán, entre los pintores—, expresada en forma parca y cortante, como para mostrar la forma y el interior de las cosas y la intimidad de la experiencia cotidiana con precisión de cirugía metafísica. El hecho no es raro en la historia de la

literatura española, tan rica en substanciales intuiciones ontológicas que descubren algo de la naturaleza última de la realidad con sólo mostrar a los seres inmediatos y develar el rostro antes no visto de su familiar fisonomía. El espíritu español ha solido espontáneamente aplicarse un método fenomenológico de empirismo integral.

Cada percepción, podrá decirse, tiene un contenido trascendente, si es llevada hasta el fin. Así aparecen, realmente vividas y vistas, en la poesía de Gabriela Mistral, las substancias más próximas. "No hay poema en el cual la substancia de las cosas no esté presente", dice Valéry, cuando hace notar la rara intimidad con la materia que expresa la obra de la poetisa. Recuérdense los poemas *Pan, Sal, Agua, Cascada en Sequedal, El Aire, en Tala*. Mas no es propiamente una penetración en la materia la que realiza Gabriela Mistral en estos versos sino un ahondamiento en la experiencia espiritual de las cosas físicas. El hombre está vinculado a la materialidad de las cosas y su vida es allí cantada como un juego visionario entre la conciencia y el mundo, que se compenetran sin confundirse, enlazados en ternura. La materia en la poesía de Gabriela tiene alma e idioma y habla con el lenguaje de la infancia o con el verbo de la pasión. Las diversas esferas de la realidad están aquí bien delimitadas, pero, aún sin fundirse, se abrazan mutuamente las cosas y el alma, y ésta, en expansión creadora, se derrama desde su centro y envuelve a las cosas minerales y vivas, palpándolas hasta sentirse a sí misma en ellas, sin deformarlas ni desnaturalizarlas, descubriéndose en ese ser extraño, como en las pruebas de cognición extrasensorial provocada.

No es difícil seguir las consecuencias de esa actitud en un poema como *Pan*. De pronto, el pan le parece “nuevo o como no visto” y, sin embargo, otra cosa que él no la ha alimentado. La mujer reconoce al pan con su cuerpo y con su cuerpo el pan la reconoce y en la casa toda llena por el olor y por la vista del pan abierto en un plato, se le revela el pan universal, la materia humanizada, *pan de Coquimbo*, *pan de Oaxaca*, que en sus infancias tenía *forma de sol, de pez o de halo* y que olvidó después, hasta que, descubriéndolo de nuevo, encuentra en él a sus amigos muertos, a los amigos con quienes lo comía en otros valles. *Es otro y es el que comimos*. Y en el silencio de la casa se quedan ella y el pan solos, *hasta que seamos otra vez uno y nuestro día haya acabado...* ¿En dónde reside el misterio de un pan lleno de alma si no en su humanización lograda?

El pan, el agua, la sal, el aire, la luz, las alondras, la montaña, las frutas, el fuego, la casa, la tierra son, entre muchos otros, los testimonios de un alma que llega a un deleite puro en el contacto con las cosas más simples, esas mismas cosas que poseen algo de santo por la ternura humana que palpita en ellas.

Nuestro mundo se nos entrega humanizado en la poesía de Gabriela Mistral, en virtud de un impulso de apropiación que tiene algo de bárbaro y de religioso, como ocurre en muchos de los versos del *Canto General* y en las *Odas Elementales*, de Neruda. No es extraño, entonces, que una poesía como ésta, construida con disciplinas y rigores, pudiera volverse con entera naturalidad hacia los motivos de la niñez. Una maternidad descubridora de relaciones nuevas y remotas abraza en ella a un universo vivo, concreto y real, presente en el ser de cada criatura física. Es

ésta una poesía de realismo acérrimo que tiende siempre hacia las cosas sensibles aun para crear la imagen del mundo espiritual y para mostrar su vida.

*Tala* y *Lagar* son libros de sencillez difícil, de acendrada y difícil claridad. Los materiales primarios parecen haber sido reunidos sin gran elaboración intelectual y sin interesarse por alcanzar las gracias habituales del ritmo. Hasta los giros verbales son en muchos casos sorprendentes porque vienen de formas arcaicas o del habla popular americana. Sin embargo, en la profundidad de los versos hay una gracia dura, desaliñada y como de piedra. La barbarie de la visión suele convertirse en inocencia. En *Desolación* podía verse ya cómo, a veces, con un lenguaje que en otros poetas habría parecido de mal gusto, el ardor de la pasión expresiva encendía las palabras y producía un efecto de grandeza. Más intensamente aún, en *Tala* y *Lagar* ciertos poemas desconciertan a la primera lectura, por una suerte de fealdad rara y no aprendida, diferente a las otras, que acaba por dar a la poesía un sabor de fruta ácida, su justo sabor. Por eso, si *Desolación* fue la obra de una juventud apasionada, estos otros libros son la expresión de una madurez que logró abrir sus pupilas con generoso desprendimiento.

La poetisa declaró alguna vez que en su poesía lo principal era siempre el ritmo y que el tema se le aparecía como secundario. El sentimiento de alucinación y desconsuelo que producen algunos de sus versos —como *Muerte de mi madre*— arranca directamente del ritmo de sus estrofas, que se quiebran y se cierran o se detienen en una súplica o en un jadeo de amargura extrema. Pero no pocas veces el ritmo también le permitía crear la dulce gracia, ala-

da y armoniosa, como en tantos poemas semejantes a *Riqueza* o *Dos Angeles*:

*Tengo la dicha fiel  
Y la dicha perdida:  
La una como rosa,  
La otra como espina...*

(RIQUEZA)

*No tengo sólo un ángel  
Con ala estremecida:  
Me mecen como al mar  
Mecen las dos orillas  
El Angel que da el gozo  
Y el que da la agonía,  
El de alas tremolantes  
Y el de las alas fijas.*

(DOS ANGELES)

Se daban a la vez en ella una gracia desequilibrada, seca y a veces angulosa, que se vuelve hacia nuestras cordilleras, desiertos y pasiones, y la gracia mediterránea, que trabaja con materiales y ritmos suavizados por el arte. Con igual maestría cultivó Gabriela Mistral el tono mayor y el menor, pero aquél alcanzó en ella, casi sin retórica, una entonación americana pocas veces registrada en nuestra poesía. *Sol del Trópico* y *El Maíz*, tienen un vigor y un fuego expresivo que parecen arrancados de las

teogonías primitivas, cuyo acento de misterio sagrado recorre también estos versos litúrgicos.

\*

Hubo en Gabriela Mistral coincidencia entre obra y vida. Nacida en un valle apretado que parece un rincón del trópico metido en nuestro clima, un trópico con aire del Mediterráneo, vivió su infancia en comunión con la tierra y aprendió allí unas visiones primarias que nunca perdió. En ese valle, que sintió siempre como su verdadera patria, fue asimilando una especie de América pequeña en la que mucho de la grande estaba representado: el trópico, con sus árboles y pájaros —recuérdese el poema *Todas íbamos a ser reinas*— y con la dulzura de primaveras y veranos; el clima suave que hace allí crecer las viñas que humanizan el paisaje de Elqui trepando hasta media falda de las montañas y, en el fondo, detrás de huertos espesos como selvas, la Cordillera próxima, la imagen de nuestra madre dura, sobre las aldeas pobladas por vieja gente mestiza, muchas veces miserable. Allí vivió sus *infancias* y allí comenzó también su ejercicio de soledad y de dolor. Cuando abandonó esa tierra para no volver nunca más sino por temporadas muy breves, se llevó en los ojos el encantamiento de su valle, que nunca dejó de ser una de las fuentes de su poesía. Vivió después al lado de la Cordillera, otra de sus pasiones de naturalista, y en la antigua Frontera de colinas boscosas y ondulados trigales, cerca de la selva secular y de los volcanes nevados. Su experiencia de la soledad halló más tarde su más justo paisaje en la Patagonia, que le inspiró el título de *Desolación* y muchos de los

poemas de ese libro. Santiago fue para ella una ciudad extraña, que no llegó a conocer ni a amar. Aún en su última visita a Chile miraba las calles con miedo de estudiante provinciana. Gabriela se sentía una montañesa, mezcla de india y vasca, una montañesa de cerros pobres. Decía que, como todos los montañeses, era porfiada y de pocas ideas, pero que esas pocas ideas que tenía eran carne y hueso suyos.

Poco después de los treinta años, se inició para ella el descubrimiento de América y desde el primer instante, en México, sintió su identidad afectiva con la naturaleza dura y exuberante y con las gentes humildes, con los indios y sus culturas. En cada país percibió sobre todo el alma de las materias fundamentales y de los seres más próximos a la tierra y esas cosas fueron las que cantó hasta el fin, con real deslumbramiento. Cada uno de nuestros países la sedujo por algo y cada uno le dio alguna cosa que enriqueció su poesía. Sólo así se explica que en su verso y su prosa surjan con tanta naturalidad los mitos, los animales, las plantas, las piedras, las danzas y las tristezas del Nuevo Mundo. Por eso también mucho de esta América se expresa en sus ritmos estrangulados y mucho de la ternura apresada en sus gentes sale a luz en esta obra de raíces largas y profundas.

La vida de Gabriela Mistral nos muestra una vocación realizada en la cual se confunden el instinto y el espíritu. Tuvo la disciplina de vivir desde sí misma y hacia el mundo, para transformar en canción los impulsos oscuros de su naturaleza.

## EL SENTIMIENTO AMERICANO EN GABRIELA MISTRAL

A POCAS poesías nuestras las cosas de América han penetrado con tanta profundidad como a la de Gabriela Mistral. En ella, no sólo el espíritu animador presenta caracteres propios que lo definen como hechura americana. Los elementos mismos con que ese espíritu trabaja han sido casi siempre tomados de nuestras tierras e incorporados en la literatura con simple naturalidad. Y si lo primero es un hecho común, válido para la mayoría de nuestros grandes poetas, lo segundo es muchísimo menos frecuente y acusa una interesante modificación en los procedimientos poéticos usuales y en el espíritu creador de la poesía.

Son innumerables los temas vernáculos que han adquirido categoría estética gracias a la esencial poesía de *Tala*, por ejemplo, y semejante fenómeno no puede en verdad explicarse sin reparar en la circunstancia de que, si ellos figuran notablemente en los versos, es porque ya estaban en la visión que los hizo nacer. ¡Y qué difícil ha sido hasta hoy meterse a

nuestra América en el alma o dejarla allí sin expulsarla para poner en su lugar las cosas forasteras aprendidas!

Gabriela Mistral respondió ejemplarmente a esta prueba de fidelidad del hombre a su mundo y no temió mancharse con el agrio perfume de nuestros nombres. Recuerdo que un día ella me hablaba de la necesidad de escribir para los niños americanos historias en que apareciesen nuestras gentes, plantas y animales, que sólo podrán tener un pleno valor poético cuando hayan entrado en nosotros desde la infancia, junto a los nobles elementos del Viejo Mundo, que han sido hasta ahora el alimento casi exclusivo de nuestras hambres poéticas de niños. Parece que nuestra fantasía hubiera ido configurándose alrededor de cosas lejanas y aun desconocidas, mientras las cosas nuestras se quedaban al margen, menospreciadas o no vistas. Vivimos, así, en medio de un maravilloso mundo concreto que no percibimos sino en

sus rasgos universales, desviando todo aquello que lo singulariza y que lo hace vivir.

La poesía de Gabriela Mistral, desde los primeros poemas infantiles, pero especialmente desde *Tala*, posee el inestimable mérito de ser una introducción al reino de las criaturas innominadas de nuestra América. Mas, no sería tan grande su empresa si hubiera consistido solamente en nombrarlas y describirlas, reduciéndose a una simple actitud de popular criollismo literario. La naturaleza americana brota poéticamente animada de los versos de Gabriela Mistral y, como siempre ocurre en su obra, aparece humanizada, espiritualizada, ordenada alrededor de la urgencia viva del hombre. Por eso es posible ver en ella, a través de las cosas, al hombre nuestro que las contempla y que las usa y que aún se descubre a sí mismo en el ejercicio de usarlas. Tal intuición del sentido humano de la naturaleza nuestra revela, si no por primera vez, por lo menos con claridad y fuerza únicas, una de las señales más propias de lo que podría llamarse nuestra alma colectiva. Hay, en efecto, en nuestras gentes auténticas un sentido amoroso del mundo, distinto en su acento del que pudiera hallarse en otras tierras. El mundo físico suele tener para nosotros un carácter personal que no siempre corresponde exactamente al universal sentimiento de participación que los sociólogos atribuyen al hombre primitivo. La gente nuestra no es panteísta casi nunca, pero sí siente una honda ternura por los animales y las plantas familiares, por las aguas del cielo y de la tierra y por todas las materias con que ha vivido y padecido. Una ternura que suele incluir respeto y temor, pero que nunca deja de referirse directa o indirectamente a lo humano, como

si su alma se viera por contragolpe en las cosas circundantes.

Nuestros criollistas, por adhesión acérrima al naturalismo descriptivo, no han visto por lo común ese carácter vivencial de nuestra naturaleza y la han reproducido fría y minuciosamente, convirtiéndola en espectáculo de museo desprovisto de realidad poética. Por lo mismo, tanto a novelistas como a pintores y poetas, se les ha diluido entre las manos analíticas o en los ojos falsamente refinados la América Maciza, que casi nunca han visto en sus grandes formas. “Suele echarse de menos —dice Gabriela Mistral en una de las notas de *Tala*—, cuando se mira a los monumentos indígenas o la Cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables”. “Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América”. Y realmente han entrado a la poesía de Gabriela Mistral esos cerros y soles y, si no muy nítidamente en su materialidad, por lo menos en el apasionado patetismo, estaban ya en potencia en los versos de *Desolación*, algunos de los cuales fueron escritos en los mismos confines del continente, en la Patagonia esteparia. Mas en aquellos días lejanos era Gabriela Mistral una fugitiva de sí misma y el ardor de su pasión desolada no le permitía ver en la naturaleza sino los angustiados reflejos de su propia desdicha. El lirismo desbocado y tremendo de esos poemas gira dentro de una órbita rigurosamente pasional y personal, y por eso aún está lejos la integración con el mundo

y la armonía con las substancias descubiertas que, aun dentro de la pasión, encontraremos en *Tala*. En uno de los versos escritos en México, cantando al Ixtjaziuatl, decía: *en su luz hablo como alucinada*, alucinada todavía junto a la gran Cordillera, *mi Cordillera, la Judith tremenda...*

El conocimiento emocional que tiene Gabriela de esta América, descende acaso de una raíz de profunda femineidad que en sus extremos superiores colinda con el misticismo y con la visión extática, pero que en sus honduras surge de un sentimiento maternal del cosmos. Al final de *Desolación*, en su poema en prosa *Imagen de la Tierra*, dice: *Voy conociendo el sentido maternal de las cosas*. Apagada la tempestad erótica, el impulso amoroso se le hace universal y el mundo se le humaniza, como para sentirse participando en él.

“Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices y voy por el campo silenciosa, cautelosamente: creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos, sobre los que velan inclinados.” (*Dulzura*) *Ese sueño maravilloso de Dios que es la Naturaleza* viene a la postre a ser su consuelo y el comienzo de su redención espiritual. “Toda la belleza de la tierra puede ser venda para tu herida”, dice, y se refiere a una tierra humanizada en que termina por hallarse y por reencontrar a los hombres. En donde no buscaba primero sino al amante perdido, acaba por descubrir a los niños, que pudieron ser suyos, y a la dolorida humanidad americana. “Tu faena está lejos de la mía y mi asiento no está a tus pies. Y sin embargo, haciendo mi labor, siento como si te entretijera con la red de la lana suavísima”, dice en *El Mundo*. Lo decía pensando en su amado y tal cosa

realizó al final con la criatura humana nuestra, cogida en sus versos a través de las materias vivas. *Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas.* Y en este continente nuestro en donde el hombre vive rodeado de cosas y prendido a ellas, rodeado de terribles cosas de la Naturaleza, éstas fueron las que, abiertas por la quirúrgica y amorosa mirada de la poesía, le fueron revelando lo humano, como en esta estrofa del poema *Beber*:

*En el campo de Mitla, un día  
de cigarras, de sol, de marcha,  
me doblé a un pozo y vino un indio  
a sostenerme sobre el agua,  
y mi cabeza, como un fruto,  
estaba dentro de sus palmas.*

*Bebía yo lo que bebía,  
que era su cara con mi cara,  
y en un relámpago yo supe  
carne de Mitla ser mi casta.*

Y, como la misma geología nuestra, en ignición todavía, la humanidad que hierve en la obra de Gabriela Mistral posee una bárbara ternura, una desabrida potencia anterior a las civilizaciones técnicas y, sin embargo, dueña de una sabiduría no aprendida que, como ella misma, esa *extranjera* de su poema, *habla con dejo de sus mares bárbaros, alienta del resuello del desierto y ha amado con pasión de que blanquea, hablando lengua que jadea y gime y que le entienden sólo bestezuelas.* Ese hablar con dejo de sus mares bárbaros, *con no sé qué algas y no sé qué arenas,* es el mismo, seco y duro en la superficie,

pero caldeado en las entrañas, que desconcierta en los versos de *Tala* y en su prosa, y lo cierto es que tal lenguaje parece que hubiera sido hecho justamente para contar esta América maciza y no dicha, dentro de un ritmo y con unas palabras que tienen bien poco de común con el pulido idioma de los antiguos líricos. *En huerto nuestro que nos hizo extraño ha puesto cactus y zarpadas hierbas.* A nosotros también nos hizo extraño el huerto nuestro cultivado para la poesía, que la suya volvió espinado con esa respiración desusada de su idioma y de su alma.

Al conocerla personalmente, las gentes solían formarse de Gabriela Mistral una impresión que coincidía con la que sienten las que la conocen por *Tala* y por su prosa. Le encontraban un no sé qué de exótico, diverso en sus expresiones a lo consabidamente nuestro, porque las suyas parecían tomadas de una fuente verbal y vital que hubiese caído en desuso. Y ese exotismo no resultaba de otra cosa, en el fondo, que del asombro que el latinoamericano siente delante de la imagen olvidada de su propia substancia, velada y yacente en las profundidades de su ser y desvelada en ella, cuya voz andaba llena de nuestros alientos y materias —el trópico, la Cordillera, la selva, el agua, las razas, los animales—, que se presentían en ella como si fueran diferentes y recién descubiertos, incorporados a otro ritmo, desnudos, bajo una luz cor tante que los ilumina de lleno, sin el pudor del usual refinamiento y sin la timidez del que mira estas cosas dentro de formas europeas. Surge así de todo ello una comunidad cósmica cuyo centro es el hombre, pero un hombre que vive en comunión con su mundo, traspasado de angustia y de pasión, pero no

solitario en su ser metafísicamente aislado, sino rodeado de las criaturas, que contienen un soplo vivo que alimenta su alma.

Es justo, creo, interpretar por este lado a la poesía de Gabriela Mistral como un esfuerzo por expresar a nuestra tierra desde dentro, con un crudo amor que se agarra de las gigantescas aristas de nuestro cuerpo y de las acritudes de nuestro espíritu sin la pretensión de suavizarlo. Y para ello le ha servido el españolismo acérrimo y esencial de una Santa Teresa, a cuyo acento la lengua de Gabriela Mistral tanto debe, que penetra en las cosas como flecha encendida, abrasándolas en un conocimiento que tiene su origen en el alma entrañable más que en la razón. Pero es necesario añadir que una actitud semejante no tiene nada de continentalismo cerrado y negador. Precisamente la experiencia europea de Gabriela Mistral, su apasionado aprendizaje de la tradición, le ha permitido superar el provincialismo pequeño de nuestros criollistas y realizar su empresa con una lúcida conciencia, capaz de incorporar los materiales hirvientes a una forma acabada. Su obra es el testimonio de un alma atormentada, invadida por el mundo, amorosamente disuelta en él a veces, pero, por encima de todo, señora y dueña de él y espiritualizadora de las cosas.

**GABRIELA MISTRAL,**  
**POESIA PERENNE**

SIN DUDA la popularidad excesiva hace daño al buen conocimiento de la poesía. Injustamente, la palabra pierde con la fama su misterio para ciertos lectores. Resulta absurdo decir a estas alturas que la poesía de Gabriela Mistral tiene que ser redescubierta. Así es, sin embargo. Está demasiado presente, y bien se sabe que una presencia de porte desmedido crea la ignorancia. Nos acostumbramos a sentir la gran figura en medio de nosotros y la certeza del hábito nos exime de la curiosidad. Allí está, por supuesto. Creemos saberla de memoria. ¿No recitaban en todas las veladas literario-musicales, ¡inevitablemente!, el *Nocturno*, el *Ruego* o *Piececitos*? Ella es eso, ¿no es verdad? Eso y algo más, sin duda; pero todo ha sido oído, dicho y redicho desde la infancia, y ya es imposible hallarlo bonito o feo. ¿Es bello el *Ruego*? Ya no se sabe, ni interesa saberlo. Es hasta de mal tono preguntarlo. Ella está ahí, estatuaría, con una grandeza inmóvil, fija en el pasado, junto a los héroes nacionales, en los libros de lec-

tura, en las escuelas, en las instituciones pías. La mayor parte de los jóvenes ignora que su poesía está viva, que cambia, que se hace más honda o más liviana, que sigue saliendo de su boca sabia, y que es una lección para ellos, para todos. ¿Cómo es? ¿Qué dice? Hay que preguntarlo de nuevo.

Hace tiempo apareció en un pequeño volumen una antología de sus versos hecha por la propia Gabriela, que incluyó algunos de los últimos poemas de *Lagar*, y del *Recado de Chile*. Después de los primeros tonos graves de la pasión, del dramatismo interno y más contenido de *Tala*, de la ternura de los poemas de las madres, domina aquí esa otra cualidad de nuestra poetisa, la gracia aérea del espíritu y del idioma. Admiro en estos versos ingrátidos una especie de infancia sabia, de candor con experiencia, o esa cosa rara, rarísima: una mirada pura. Ella canta, simplemente, o parece que juega. Las imágenes vuelan, juegan entre sí. Cansada y, sin embargo, dueña de una oculta alegría, juega, canta, como en

una contemplación seráfica. La montaña canta por el pico de un pajarillo que revolotea entre unas matas. No me resisto a copiar aquí la *Ronda de los Olores*:

*Albahaca del cielo,  
malva de olor,  
salvia dedos azules,  
anís desvariador.*

*Bailan atarantados  
a la luna o al sol,  
volando cabezuelas,  
sayas y color...*

*Las zamarrea el viento,  
las abre el calor,  
las palmotea el río,  
las aviva el tambor.*

*Cuando es que las mandaron  
a ser matas de olor,  
todas dirían "¡sí!",  
y gritarían "¡yo!".*

*La menta va al casorio  
del brazo del cedrón  
y atrapa la vainilla  
al clavillo de olor.*

*Bailemos a los locos  
y locas del olor.*

*Cinco semanas, cinco,  
les dura el esplendor,  
¡y no mueren de muerte,  
que se mueren de amor!*

Nonada, dirán algunos: un juguete gracioso. Tan graves se han puesto los ánimos de algunos jóvenes poetas, que parecen alquimistas en sueño filosófal. Habría que remecerlos para recordarles que la poesía es también gracia, magia de las palabras, encantamiento del sentido poético, intrascendencia, juego, y sólo a causa de todo eso, algo más. La poesía, *anís desvariador...*

Esa gracia se une en Gabriela a la solemnidad. No conozco muchas obras literarias que estén impregnadas de un respeto tan simple, tan candoroso, tan doméstico, diría, por el hombre. Aquí se celebran los actos cotidianos; se celebra al cuerpo humano nimbado de un halo de paz, como en un mosaico primitivo; se celebra a los animales. Ella descubre la dulzura animal, que es parecida a la atmósfera patriarcal de la casa, y a la dignidad de los huertos que dan reposo. La vida diaria es santificada. El corazón agitado modera su latido y los ojos ven al fin con amor lo que rodea a la criatura en descanso.

*Benditos tus cinco siervos  
que llaman cinco sentidos,  
tu cabeza con bautismo  
y tus ojos con rocío.*

*Bendito cojas el bulto  
del timón o del martillo,  
y muelas metales, o hagas  
el rostro de Jesucristo.*

*Las bestias, en torno tuyo,  
hagan una rueda viva  
y por bendita te lleven  
hasta la puerta sus crías.*

. . . . .  
*Entres bendita al establo  
a lavar a las novillas.*

. . . . .  
*Pan sollamado que partas  
en su tajo te sonría...*

. . . . .  
Tomo estos versos del poema *Bendiciones*, con que comienza la *Pequeña Antología*. Todo él podría servir de epígrafe a un ensayo sobre el humanismo, en estos tiempos de baja en el reconocimiento del hombre. Admiro, también, en esta poesía una sorprendente combinación de subjetividad y descubrimiento del mundo. No está la poetisa sola, envuelta en su delirio, en su pasión o en su congoja. Puede mirar con tierno señorío las riquezas de la tierra. Puede aún hablar con ellas, con tanta cosa *ganada* y *perdida*, con su país ausente. Me gusta hallar en su obra un inventario de nuestros bienes. Como en un libro medieval de estampas, encuentro aquí pájaros, hierbas, flores, corderos, caballos, mariposas, contados por la *Cuentamundos*. No me canso de saborear el milagro de unos ojos poéticos abiertos con la dulzura de esos viejos naturalistas que hurgaban la tierra para dar nombre a plantas y bestezuelas,

y que eran poetas tanto como sabios. Me hace recordar al Alonso de Ovalle de nuestra Colonia, cuando ella canta el nacimiento de la liebre rojiza y de la vizcacha parda en las soledades de la Patagonia. Lirismo íntimo, magia de las palabras, deslumbramiento ante la pluralidad de lo real son aquí una sola cosa:

*Nacieron esta noche  
por las quebradas  
liebre rojiza,  
vizcacha parda.  
Manar se oyen dos leches  
que no manaban,  
y en el aire se mueven  
colas y espaldas.  
¡Ay, quién saliese,  
ay, quién acarreará  
en brazo y brazo,  
la liebre, la vizcacha!*

. . . . .

(ARRULLO PATAGÓN)

Una existencia intensa, trágica, a la que nunca ha faltado desesperación, da a sus contemplaciones o memorias apacibles un secreto jadeo, un temblor que ayuda a transmitir la vida de los objetos vistos, y en esta vida misma, algo más del alma que los recrea. Hay aquí confidencia hasta en la descripción de lo menos personal. O, mejor, en este mundo poético no hay lejanías afectivas. Todos los seres están cerca del poeta, y, no obstante, siguen siendo ellos.

No los ha deshecho el lirismo. Ha permitido sólo descubrirlos y amarlos, para que sean vistos en el aire de su realidad. Gabriela Mistral llega a un classicismo que sitúa a su poesía fuera de las tendencias o escuelas poéticas imperantes, en un territorio que le pertenece a ella sola. A nada ha sido, por cierto, insensible, pero todo lo que flotaba a su alrededor ha sido por ella vuelto a crear. Me asombro de que los epígonos de la poesía social no hayan descubierto poemas como *La Casa*, que aparece en *Ternura*, en donde se cuenta con sobrio patetismo el duelo del pan y del hambre. Conmueve más que himnos y arengas esta oposición del pan dorado sobre la mesa y del hambre que gira en remolino las parvas. O esos versos de *Tala*, en que ella hace la alabanza de las manos obreras:

*Las oigo correr telares;  
En el horno las miro embrujadas.  
El yunque las deja entreabiertas  
Y el chorro de trigo apuñadas.  
Las he visto en bocaminas  
Y en canteras azuladas.  
Remaron por mí en los barcos  
Mordiéndome las horas malas,  
Y mi huesa la harán justa  
Aunque no vieron mi espalda.*

Y, por último, ¿cómo no celebrar en un poeta la personalidad de su estilo, la línea perenne que une su variada riqueza? Pues dondequiera que ella habla, ahí está ella, íntegra, caldeando las palabras con

el fuego singular que habita únicamente en ella. He aquí sus verbos, sus adjetivos, sus nombres, su ritmo. He aquí lo que expresa su personal sabiduría, su dolorosa, gozosa sabiduría de vieja a quien la vida no se cansa de *tornear* y *rematar*.

*Todavía puedo verte,  
mi ganado y mi perdido,  
cuando lo recobro todo  
y entre fantasmas me abrigo...*

He aquí la sabiduría que se confunde con ella, ganada y perdida, ya legendaria, a quien se leerá, se recordará, se discutirá y se amará siempre.

EN HONOR DE  
GABRIELA MISTRAL

El amor de estos tiempos lo  
entregamos a  
Gabriela Mistral en la  
Universidad de Chile, en  
agosto de 1951, cuando  
se fue a cumplir el grado de  
Doctor Honoris Causa y  
nos habilita el primer privilegio  
de depositar sus restos en  
cumbre de los Andes  
chilenos, en sus fueros  
por el Gobierno General de  
Santiago, el 21 de marzo de 1951.

**DOS DISCURSOS<sup>1</sup>**  
**EN HONOR DE**  
**GABRIELA MISTRAL\***

\*Al autor de estos ensayos le correspondió recibir a Gabriela Mistral en la Universidad de Chile, en septiembre de 1954, cuando le fue conferido el grado de Doctor Honoris Causa y tuvo también el triste privilegio de despedir sus restos, en nombre de los intelectuales chilenos, en sus funerales en el Cementerio General de Santiago, el 21 de enero de 1957.

## I

LA UNIVERSIDAD de Chile se honra hoy recibiendo a Gabriela Mistral, una de las encarnaciones más altas y puras de la humanidad americana. ¡Cuántas veces se oyeron, en esta Casa abierta a todos los entusiasmos espirituales, voces que provenían de ella y que nos animaban a ennoblecer nuestras empresas, aun aquéllas aparentemente alejadas del cálido lenguaje de su poesía! ¡Cuántas veces, señora, nos habéis engrandecido! Anhelábamos, desde hace mucho, que llegara este instante privilegiado en que tenemos en medio de nosotros a quien ha sido, en tantas direcciones, espíritu inspirador de la República, para decirle algo de lo mucho que le debemos y para agregar un título que representa, para esta Universidad, la distinción máxima que ella confiere a hombres y mujeres ejemplares, a los incontables que Gabriela Mistral posee por derecho propio. Nada podríamos hacer que fuese, en verdad, válido, si nos limitáramos a la propagación y adelanto de las ciencias, prescindiendo de honrar y tener con nosotros el soplo creador que les da vi-

da y que, desde las más hondas regiones del ser humano, alienta imprevisiblemente las creaciones del arte, del saber, de la técnica. No es posible educar para una vida superior, ni es posible estimular el libre conocimiento de los arcanos del mundo o los poderes inventivos de la mente, sin mantener comunicación con la universalidad del genio humano, que nos asegura que la existencia es más que un simple sueño que nada significa. Esta Universidad, como las otras, se reparte en muchos caminos diferentes que conducen a fines especiales, pero no sería fiel a sí misma si no quisiera mantener viva la fuente de donde mana: esa inspiración espiritual, esa fe, esa pasión y esa esperanza que irradian las grandes personalidades; esa fe, esa pasión y esa esperanza, ese humanismo superior, que vos, señora, habéis concentrado tan admirablemente en obra y vida.

¿Cómo elegir entre todo lo que habéis hecho aquello que debiéramos aquí, en esta Casa, distinguir especialmente? Y, ¿cómo diferenciar eso mismo de lo

que sois? Celebramos en vos, en verdad, mucho más que la creación de una poesía extraordinaria: nos inclinamos también ante una vida ardientemente vivida en tensión hacia las máximas alturas, una vida sufriente y gozosa que quiso transformar su dolor en alegría y su dicha en comunión entre los hombres. Admiramos en vos, señora, el haber sufrido sin que vuestro corazón se empequeñeciera, el haber confortado a las madres de nuestro idioma con la dádiva de un lenguaje para ellas y para el hijo que mecen en sus brazos; el haber acariciado a los niños, el haber mirado con piedad a los animales y a las plantas, el haber explorado con amor la naturaleza y la humanidad de América, el haberos deleitado con la riqueza inagotable del mundo. Todo eso, y mucho más admiramos. ¿Cómo limitar el vasto territorio de nuestro gozo?

Nuestro mundo americano, que es todavía el Nuevo Mundo, está haciéndose, lo estamos haciendo. Aún nos faltan —o nos faltaban— las grandes imágenes inspiradoras que mueven a los hombres y los forman, ésas que han hecho a los pueblos antiguos y modernos a la semejanza de viejos, remotos, y sin embargo, siempre vivos ideales de existencia que empujan hacia inaccesibles cumbres. Vos, señora, nos habéis dado una de esas imágenes primeras, un sistema del mundo, diríamos, o, mejor, una teogonía, como la de esos antiguos griegos, que hablaban del cielo, de la tierra y de la ascendencia de dioses enlazados oscuramente a la raza de los hombres. En el comienzo de nuestra historia, sin quererlo expresamente, habéis puesto en nuestros espíritus el único fervor capaz de hacer historia: ese hondo aliento de

lo humano, que sólo proviene de quien ha podido ver las profundidades insondables y las transparentes alturas de la vida. Y más aún: vuestra obra está tan cerca de vos misma. ¿Quién podrá decir que en el futuro no serán confundidas? Pues avanzáis con vuestro paso, que quisierais el más silencioso, “en batalla de sencillez”, hacia tiempos que harán de todo lo que sois un mito, el mito de la nueva humanidad americana, sin fronteras, fiel a una vocación de humanismo que en esta Casa quisiéramos conservar siempre asociada a vuestro nombre. No habéis nacido ni venido para dividirnos, sino para unirnos en torno a la imagen de una América pacífica que respeta a la persona humana. Felices los ojos que ahora os ven, porque ellos transmitirán la imagen que recogerán otros ojos más allá de nosotros, como fuente de elevación y consuelo.

Con vuestra poesía habéis descubierto lo nuestro. Habéis sido, como en vuestro poema, “la Cuenta-Mundos”. No se os escaparon, a pesar de tantas cosas, ni siquiera las plantas de efímera flor, ni los animales ocultos en la serranía, ni las piedras que esperan el rocío de una mirada tierna de ser humano. Habéis hecho nuestro, para nosotros, nuestro cielo, el paso de las estaciones, el vuelo de los pájaros. Habéis querido nombrar en páginas ilustres lo que no tenía nombre sino en la oscura lengua de los pueblos, en campesinos, mineros, pescadores. Aún estando lejos, estuvisteis con ellos. Les habéis hablado cantando cosas simples, pero en ellas les dabais una vislumbre de esa eternidad que vuestra poesía encuentra tan naturalmente en el pan, en la sal, en la mesa doméstica, en el trabajo humano. Pocos han dicho tan bien como vos la dignidad de las faenas

humildes y de su instrumento, noble entre todos, la mano del obrero de que hondamente hablasteis:

*Miradas de nadie, sabidas  
sólo de la tierra mágica...*

. . . . .

*Todas duermen de materias  
y señales garabateadas.*

*Padre Zodíaco las toca  
con el Toro y la Balanza,  
y como, dormidas, siguen  
cavando o moliendo caña,  
Jesucristo las toma y retiene  
entre las suyas hasta el alba.*

Esos trabajos de nuestros pueblos los habéis ben-  
decido tanto que nada habréis echado más de menos  
en vuestro peregrinaje por el mundo que esa vida  
olvidada de todos los días en que el hombre y la  
mujer siguen el curso del sol, ahora como en tiem-  
pos remotos, todos ellos efímeros, y, sin embargo,  
eternos para vuestra mirada amorosa.

Nos habéis alimentado, señora, sin querer des-  
lumbrarnos, con una poesía que tiene la virtud de  
ennoblecen la vida cotidiana. Sin pretender fijar  
vuestra vista en nada excepcional, sino en lo que es  
el fondo común de todos, lograsteis el poder más  
extraño, hacer bello lo que nos rodea y más presente,  
más vivo para nosotros mismos, aquello que nos per-  
tenece más, nuestro propio corazón.

A este mundo americano nuestro le disteis nom-  
bres y empezasteis a transformarlo en morada huma-

na, pues sentíais que América era vuestra casa y que debía ser también casa nuestra. ¡Cuánto habéis acercado a nuestros pueblos, con armas, al parecer, más débiles que las de quienes nos separan, hablándonos de esta humanidad tierna y oculta que vive en nuestros grandes espacios! ¡Y cuánto habrá que agradecer siempre a quien cumplió un deber difícil de vida americana con tan pasmoso regocijo! El que una frágil mujer viera y viviera con amor la dureza de nuestro mundo para que ese mundo fuera tan nuestro como de ella misma, es dádiva que no olvidaremos.

Tuvisteis siempre amor por la tierra y sus criaturas, e hicisteis aún de la estepa fría de la Patagonia una madre. Aun allí, en regiones que fueron por siglos el fin del mundo conocido, sentisteis que un amor parecido al del padre y de la madre rige las esferas. Aun allí supisteis que, después de todo, existe palabra de perdón y que no está solo en el páramo el corazón que se busca a sí mismo. Por eso esta tierra tan hurgada y cantada os devuelve, con su amor, el vuestro. He visto, en viaje que no olvidaré, cómo llegaban a saludaros los más humildes labriegos y sus hijos. Quien no tenía otra cosa que ofrecer en las áridas colinas de la costa, os trajo un cabritillo. Otros venían con flores del campo recién cogidas de los cerros o con chirimoyas del valle de Aconagua. Os traían lo que tenían y lo que tenían os lo daban, como vos misma disteis sufrimientos, éxtasis, batallas interiores, comunicando lo vuestro con todo su dolor y su esperanza. Vimos entonces lo que acaso no veremos más: pueblo y tierra unidos en una misma primavera para recibirnos.

¿Cuál es, podríamos preguntarnos, el secreto de amor semejante? ¡Qué difícil es responder! Pero,

¿no habéis buscado siempre el centro de lo humano?  
¿No habéis querido descubrir en el mundo hostil  
que nombrabais un mundo para el hombre? Quien  
haya leído vuestros poemas ha palpado vuestro su-  
frimiento, mas también ha sabido que el dolor pro-  
fundo y profundamente aceptado, en batalla de re-  
beldía y alegría, transfigura al alma, como las altas  
presiones transmutan en noble materia a los elemen-  
tos de la Naturaleza. Como no desconfiasteis de Dios,  
de esa Providencia que el hombre halla en el fondo  
escondido de sí mismo, pudisteis salvar en el dolor  
más grande, el amor por los hombres y la ternura  
por todo lo creado, y pudisteis dar sin ofender y re-  
cibir sin ruborizaros. Hicisteis vuestra a la tierra y  
comenzasteis a oír la voz innumerable de tanta cosa  
que no escuchamos, de tanto secreto amigo que nos  
solicita desde el vasto y desconocido mundo, para  
darnos un instante de dicha con su solo hallazgo.  
Alguna vez os sentisteis mortalmente sola, como si  
todos os hubieran abandonado para siempre, pero  
vuestra gran enseñanza está en que nos dijisteis que  
esa soledad no es nunca extrema, y que aun en la  
miseria del alma hay esperanza, si la vocación del  
Universo no es otra que ese Amor que habéis entre-  
visto, señora, en los cielos, en suelos fértiles y en  
áridos terrones, en la tempestad, en el ave que vuela,  
en árboles, bestezuelas y florecillas, ese amor de que  
habéis contagiado a tanto corazón humano.

## II

LA IMAGEN de un rostro noble, inmóvil al fin,  
después de una vida en que el fuego más puro lo

animara, llena hoy nuestro corazón. Ya no será para siempre sino esa cosa impalpable, una imagen. El ser apasionado que pasó entre nosotros como una figura casi divina a fuerza de humanidad profunda, conoce ahora lo que no conocemos y, sin embargo, no nos sentimos sin él. Sentimos que él vela por nosotros, que su mirada desciende amorosamente hacia su pueblo y que, con la fuerza misma de su ausencia, ella nos une. Muchas generaciones recordarán este instante solemne, esta despedida, y sentirán con nosotros la congoja de ver partir a quien fuera un símbolo viviente de nuestra tierra. Los que hoy son niños contarán a sus hijos que vieron pasar un día a su lado, con recogimiento y tristeza, a una mujer que amó a la vida y que no temió a la muerte, a una mujer que elevó nuestra condición humana ante los demás y ante nosotros mismos.

Algunos poetas nos deleitan, otros nos deslumbran, otros nos desconciertan hasta enriquecernos con una visión nueva de las cosas. Y hay algunos también, muy pocos, que, por hacerse carne y sangre en nosotros, nos acompañan siempre y en verdad no sólo nos transforman. Hacen mucho más. Excitan en nosotros lo más vivo y al transmitirnos su fulgor, nos inflaman y nos dan vida nueva.

Por épocas enteras, nuestro mundo americano pareció a muchos deshabitado de espíritu. Sin grandes libros, sin monumentos formadores, sin las viejas dulzuras de la civilización, estos países pudieron ser vistos como desiertos para el alma. Hasta que de pronto una forma nueva de mirar descubre allí mismo, entre montañas, arenales, árboles y costas, la presencia de unos seres que siempre estuvieron ahí,

pero que no fueron vistos. Aquello mismo que nos rodeaba no había sido conocido porque no era amado y sólo esa quemante pasión amorosa que es la poesía fue capaz de descubrir, junto con su existencia, su virtud. Estas almas de poder visionario fundan el mundo. Sólo ellas le confieren precio humano. Sólo ellas lo abren a las posibilidades sin fin de la invención del espíritu. Sin esa poesía, la tierra sería inhóspita como un astro muerto y nada de lo humano podría desplegarse. Demos gracias, por eso, a esta mujer que vio, como a través de una hoguera nunca extinguida, tanta cosa arcaica e ignorada, tanta cosa que la tierra y sus gentes mostraban, esperando que al fin alguien la viera no sólo para sí, esperando a ése que un día ve, ebrio de amor, por todos.

Cada uno de nosotros vive rodeado de cosas que piden ser vistas. Cosas familiares, humildes, que lo son todo para muchos: el pan, el agua, la casa, los frutos de la tierra, los hijos, y que son poca cosa para muchos otros, traídos y llevados por la complicación del mundo. En medio de la infinitud, toda vida humana es modesta, insignificante. Pero ciertos hombres poseen la virtud de hallar en nuestra pequeñez y hasta en los objetos desdeñables un halo de eternidad. Ciertos ojos son capaces de descubrir aquello que une al utensilio humano o al alimento del cuerpo con los deseos inextinguibles que sólo el alma engendra. Esos ojos santifican la vida y elevan aun a los más desvalidos, por encima de toda injusticia, a una dignidad que une a los hombres, que dulcifica al fuerte y da valor e inspiración al débil.

Los versos de ciertos poetas expresan aquella ne-

cesidad que mueve a los hombres a descubrirse entre sí y amarse. A cierta profundidad de la vida, el corazón humano olvida sus límites y sus resentimientos y tiembla sólo para expresar, en la transparencia del lenguaje, aquello que es tan esencial a la existencia como el aire: el amor descubridor del mundo, el que exalta y consueta, el amor que perdona, el que, transformado en ojos, ve y vuela hasta las últimas distancias. A menudo se olvida que para amar aun la más insignificante florecilla es necesario amar también la eternidad. Entre los extremos, la vida humana pugna por hacerse fecunda y lo es, en medio de sus conflictos, sólo en la medida en que podemos, siquiera un instante, como esta mujer combatida por sí misma, abrir las manos y recibir lo que nos es donado. Porque llegó hasta lo más hondo de sí, pudo Gabriela Mistral amar tanto a los seres y olvidarse, en ese privilegiado trance, de sí. En esta época en que el amor y la solidaridad entre los hombres suelen convertirse en oratoria, ese ejercicio interior que ella nos lega es un ejemplo. Más que un ejemplo, un destino.

Pues la poetisa que hoy lloramos fue una maestra a la manera en que lo son las madres, por vocación natural, por necesidad y amor. Entendió su oficio como el de la Cuentamundos que ella cantara y en sus canciones nos reveló, como en un viejo libro de horas, cosas e historias de cosas que son y serán una suerte de retratos de la tierra que nos rodea, dulcificada por una ternura que nos hace mejores. Sintió Gabriela Mistral en toda su crudeza la fuerza dura de nuestra geografía y aun de nuestra historia, y ella misma, criatura de este Continente, poseyó esa

fuerza, como una estatua de piedra alzada en medio del paisaje. Mas, vio también cómo es posible extraer del yermo la fuente de agua pura que lo hace fértil.

El poeta llega a suprimir las distancias que aislan a los hombres. Aun sin proponérselo, él promueve esa comunicación entre los seres que la vida, hasta en sus momentos más altos, nos niega. Gabriela Mistral nos hizo sentir desde niños nuestro parentesco con tanta cosa de nuestra tierra que sin ella nos hubiera sido extraña. No sólo el viento, las selvas y las serranías afiladas de Chile y de América. También el sufrimiento y la pasión, las alegrías y los juegos de nuestros hermanos y, sobre todo, nos dio, sonriente o triste, el torbellino de sí misma. Nos dio esa cosa difícil entre todas: nos dio acceso a la soledad entrañable del ser que vive, triunfante a veces, a veces derrotado, en la experiencia siempre nueva, en la experiencia eterna de vivir. Ahora, ella nos deja y sentimos mucho más que la pérdida de algo precioso del mundo. Sentimos que se cierran para siempre unos ojos que nos abrían al mundo y nos lo daban, algo de nuestros propios ojos. ¿Quién habrá de conquistar, a fuerza de soledad, tanta comunicación gozosa con cielos, bestezuelas y pájaros? ¿Quién hablará en nombre de las viejas madres, quién nos dirá mejor lo que ella nunca tuvo? Hay otros, vendrán otros, pero son y serán distintos. No fue una santa, no fue un ángel. Fue, aun en medio de la gloria del mundo, una mujer que nos confió lo que veía con tal intensidad de pasión que no podía sino excitar la nuestra, y ahora ella nos ve en torno suyo sin otra cosa que ese mismo corazón amante que

alguna vez, cuando hemos sido despojados de todo, nos define.

Este apasionado homenaje es la comprobación de algo que la nación chilena probablemente no sabía de sí misma: su profundo humanismo. Pues en esta mujer que despedimos reconocemos un bien perecedero y eterno, que une muchas diferentes virtudes. Reconocemos el valor de lo humano, realizado en un símbolo que hasta ayer fuera una criatura real, una mujer que conoció la desesperación y la pasión, el abatimiento y la alegría, el amor y la inteligencia, el desvelo y el sueño. Una mujer muy sola que sintió desde la más honda soledad no sólo su propio desvarío, sino también el dolor del prójimo. Desde lejos, desde mucho más lejos que todas las distancias geográficas, desde el último apartamiento, ella salió de sí y, dándonos el fondo de su alma, nos alentó a seguir en busca de ese amor que acerca a los hombres y mueve a las esferas.

Hoy se cree demasiado en las ideas y poco en las personas. Pero aquí tenemos el ejemplo, más vivo que las ideologías, de una pasión humana real, el ejemplo de un ser que, expuesto a todos los accidentes de la condición humana, amó a la tierra y amó a los hombres, olvidándose muchas veces de sí. Algunos tratan de legitimar su poesía, de justificarla recordando opiniones dispersas. Pero ella, falible como nosotros, tuvo la fortaleza de ser dura y tierna, una persona viviente, tan rica de substancia personal que ninguna justificación podría serle necesaria. Existió, simplemente, y por eso, porque fue como la conocimos, a ella demos gracias, porque un ser como ella es más rico que todas las ideas.

Hablo en este instante en nombre de mis compañeros escritores. Hablo como muchos otros hablarían, y con menos títulos que muchos, en virtud de ese amor que ella nos diera y que tuvo eco en tantos. Le agradecemos, sencillamente, la grandeza que trajo a nuestra literatura.

Gabriela Mistral amó hasta el extremo de la pasión a la tierra con todas sus criaturas. Jamás perdió la capacidad de ver y descubrir con tanta vehemencia que los seres se le entregaban, rendían su secreto bajo el magnetismo de esos ojos tranquilos. La poesía surgía en ella como la expresión de algo mucho más hondo que el sentimiento de la belleza. Brotaba de su amor por la tierra, de su conocimiento entrañable del dolor, de su piedad por todo lo que pide consuelo, de su íntegra humanidad. Por eso, sin quererlo expresamente, fue una maestra de vida, uno de esos seres privilegiados que irradian poder espiritual y transfiguran lo que tocan sus manos. Nada de lo nuestro le fue ajeno y menos ajeno que nada le fue el impulso irresistible de elevar la vida, la pasión de servir. Ella logró convertir en dádiva continua el genio indómito que se agitaba en ella. Sus sentidos finamente vibrantes la pusieron en comunicación apasionada, como de madre a hijo, con nuestra tierra americana y sus pueblos. No es extraño, entonces, que los más desvalidos, los seres más próximos a la tierra, los que sufren sus durezas y viven de su fecundidad, fueran sus predilectos. No es extraño que esos mismos hombres y mujeres humildes le devolvieran su amor con reverencia. Recuerdo haber visto cómo se le acercaban en los campos, interrumpiendo sus trabajos, con mirada honda y tierna, los

hombres que labraban la tierra, esa tierra que misteriosamente era suya, la tierra a que ella vuelve hoy, semilla casi impalpable, para siempre.

En verdad, no nos deja. ¡Cómo podría dejarnos quien nos dio tanto! Está con nosotros y estará con nuestros hijos. Sus palabras modificaron nuestro idioma y cambiaron el orden de nuestro corazón. Discretamente, en sordina, digamos, en este último instante, con ella:

*Estemos juntos los reencontrados,*

. . . . .

*Hasta que seamos otra vez uno*

*Y nuestro día haya acabado...*

EL ORO DE CALIFORNIA  
Y LA VIDA CHILENA

## EL ORO DE CALIFORNIA Y LA VIDA CHILENA

PABLO NERUDA, con su proyecto de poema dramático en homenaje a Joaquín Murieta —quien se habría llamado Joaquín Arrieta Solar, pariente, por lo tanto, de dos de nuestros críticos literarios actuales, Alone y Hernán del Solar—, ha puesto a la vista de nuevo el viejo tema romántico de los chilenos en California. Desde Pérez Rosales y Vicuña Mackenna, hasta Enrique Bunster y Fernando Alegría, las peripecias de nuestros compatriotas en esa tierra geográficamente parecida a la nuestra, han despertado la fantasía oculta en nuestro aislamiento.

La vida colonial de Chile había sido más que en otros países hispanoamericanos, una prolongación de la Conquista, con saqueos, guerrillas y *bandeirantes*. Nuestra sociedad urbana, confinada en tres o cuatro centros, uno sólo de los cuales alcanzó una relativa importancia en el conjunto continental, no conoció sino en breves períodos, y sólo del Bío-Bío al norte, la siesta criolla que adormeció a otras comarcas del Imperio Español. La lucha contra los

Araucanos dio carácter de campamentos —que aun en parte conservan— a las ciudades del sur y un tono de precariedad e improvisación a muchas formas de vida. La confrontación armada no vino a terminar sino en plena República. Todavía se nota la colonización reciente, con todos sus estragos, comenzando con la visión de los bosques calcinados y los barrancos de la erosión.

No necesitó, pues, el chileno salir de su patria para dar rienda suelta a su afán aventurero. La Conquista y la Colonia fueron épocas peligrosas, claramente enmarcadas en el área de nuestra lejanía geográfica. Los contactos con el mundo externo sólo llegan a ser regulares y frecuentes a partir de la Independencia.

Hasta el descubrimiento del oro en California, los chilenos no habían salido colectivamente —en expediciones semejantes a las antiguas *cabalgadas* de la Conquista— de la angostura del territorio. Sólo entonces vinieron muchos a dejar por primera vez atrás

las latitudes familiares, para embarcarse en una nueva empresa que rompía la habitualidad de la existencia. Tanto como había ocurrido, en otra escala y con otros caracteres, en las guerras de la Independencia con las campañas del Perú y los chilenos que continuaron con las tropas de Bolívar, y en la primera emigración de estudiantes que partieron a Europa después de 1820. Era la ruptura del hábito.

Hacia California se dirigieron con igual entusiasmo individuos de todas las clases sociales, desde el hijo mimado de familia rica hasta el gañán del Maule o de Colchagua y el minero copiapino. En aquella época de romanticismo europeo, algunos miembros de nuestra oligarquía empezaban a sentir también el hechizo de las tierras lejanas y la fatiga del encierro.

Bastante bien se ha señalado el hecho de que la economía nacional, casi exclusivamente confinada hasta entonces a las labores del campo, de las minas y del comercio interior, sufrió una brusca sacudida, que la abrió de súbito al tráfico de países lejanos y que produjo, a la vez que un alza notable en el precio de las mercaderías, una intensificación de las faenas y un avance hacia nuevas actividades. Por todas partes, agricultores y hombres de negocios organizaron empresas orientadas hacia el fulgor del vellocino y no pocos, en su entusiasmo, quemaron afiebradamente sus modestos haberes para costearse el viaje. ¿Cuántas fortunas chilenas emergieron de ese arrebato? Prácticamente ninguna.

Para muchos de los improvisados viajeros, como para el Joaquín Murieta de Neruda, la sola travesía por mar era una prueba tremenda, emprendida en medio de rezos y despedidas para siempre. Era el

adiós a la familia, a todo. Labriegos que no habían salido de su terrón se veían de pronto convertidos en marineros, bajo la dirección de los *mauchos* avezados, baqueanos del océano, y de capitanes y empresarios que solían ser tan crueles como los piratas de los cuentos.

En California había que luchar contra todo: las inclemencias de la tierra, habitada entonces por alimañas desconocidas en el valle de Chile, las tribus hostiles, los aventureros sin ley —los mismos que van a hacer decapitar a Joaquín Murieta. Cuenta con toda objetividad Pérez Rosales que los yanquis consideraban a chilenos y españoles —que serían lo que hoy llaman *latinos* en los EE.UU.— como descendientes de africanos, mercedores de todos los ultrajes. Habrá sido violenta la reacción de muchos jóvenes santiaguinos de estirpe linajuda, que habían partido de Valparaíso pagando su pasaje y bien provistos de pertrechos, al verse así no más confundidos con el roto que viajaba en cubierta, a cambio de su trabajo a bordo. Para un país como el nuestro de 1850, con clases sociales tan nítidas, aquello también constituía una experiencia nueva. California los obligaba a todos a pasar bajo las mismas horcas.

Con ingenuo regocijo, Pérez Rosales consigna algunos hechos señalados de nuestros compatriotas. El primer barco de grueso calado que llegó a Sacramento, entre los vítores de la población cosmopolita, fue chileno, y lo fletaban los hermanos Luco, que, con ocasión de una epidemia, lo transformaron generosamente en el primer hospital de caridad que conocieron esas regiones. Buen recuerdo para los que realizan ahora el llamado Plan Chile-California.

Chileno fue también el primer barco que hizo de muelle almacén, varado en una de las calles de San Francisco. Los chilenos —siempre más activos fuera de su patria que dentro de ella, como sostenía Lastarria— fundaron ciudades, descubrieron minas, pelearon contra los indios, armaron guerras civiles entre los colonos. Diríase que “la revolviéron” bastante. Algunos, como Arrieta Solar, se dieron al bandidaje, pero muchos otros establecieron comercios, en los que vendían charqui, quesos de cabra de Tiltil y Rungue y vinos del valle de Santiago. Otros se acostumbraron a la vida del mar y recorrieron tierras entonces legendarias. Los más, sin embargo, regresaron pronto, con mucho desencanto y no poca nostalgia, a arrear las mismas majadas perdidas. Con aquel movimiento juvenil, que no enriqueció a nadie, el país había salido de sí mismo y puesto fin a la Colonia. Se había medido con el resto del mundo, se había codeado con gente de todas partes, en su primera evasión.

PEREZ ROSALES

Y LA PRIMERA GENERACION  
CHILENA

Chileno, fue también el primer barco que hizo el  
navegación, varado en una de las caletas de  
San Francisco. Los chilenos — siempre más activos  
fuera de su patria que dentro de ella, como sucede  
Luzuriaga — fundaron ciudades, descubrieron minas,  
pelearon contra los indios, armaron guerras civiles  
contra los salinos. Divisaron que "la revolución" los  
había salvado, como Andrés Bello, se dieron al  
estudio, pero muchos otros establecieron empresas  
en las que vendían charqui, queso de cabra de Talca  
y Maipo y vino del valle de Santiago. Otros se  
dedicaron a la vida del mar y recorrieron las  
costas de América del Sur, sin embargo, en  
PEREZ ROSALES

RECIENTE terminada la clausura colonial, la juventud  
acomodada quiso precipitarse a Europa a descubrir  
el mundo. Entre ellos, don Vicente Pérez Rosales,  
que, a pesar de su juventud, ya había realizado una  
involuntaria tentativa de viaje, bastante infortuna-  
da por cierto, al lado de un almirante inglés que lo  
dejó abandonado en las playas de Río de Janeiro.  
En su segundo viaje, Pérez Rosales salió de Chile  
con un grupo de jóvenes que deseaban estudiar en  
París, invitados por el capitán de una fragata fran-  
cesa. Era el año 1825. Recién se había consolidado,  
el año anterior, en Ayacucho, la independencia de  
América. Los españoles eran todavía dueños de la  
isla de Chiloé. La Colonia, sin embargo, parecía es-  
fumada para siempre y los que partían representa-  
ban a la primera generación chilena. A muchos de  
ellos, su propia vida tenía que imponerseles como  
una misión. Su calidad social y las circunstancias  
de la época habían puesto en sus manos el encargo  
de construir una república. La vida de Pérez Rosa-

les, como la de Lastarria, estuvo enteramente inspirada por la conciencia de esa gran tarea. Y de tal modo sintieron estos dos la urgencia de la empresa que se habían asignado como destino, que en verdad nunca fueron hábiles para otra cosa que para ella.

Ninguno de los dos logró estabilizar su hacienda. El comercio, la agricultura, la minería y California no dieron a Pérez Rosales más que desengaños, y lo mismo le ocurrió a Lastarria con su bufete de abogado y sus devaneos mineros. El primero no vino a tener holgura, a pesar de su adinerada estirpe, sino en los últimos años de su vida, después de casar con una viuda opulenta. El resto de su existencia había sido sólo desasosiego y lucha. El segundo no tuvo desahogo jamás. Los dos fueron tenidos como excéntricos por nuestra sociedad, a la que herían en algunas de sus más caras tradiciones. Recuérdese que hasta el Consejo Universitario levantó su airada protesta ante el proyecto del hereje Pérez Rosales de colonizar el sur con disidentes. Tan poco pensaba

este hombre en sí mismo que, en sus *Recuerdos del Pasado*, considerando acaso que el detenerse demasiado en cosas íntimas habría sido superfluidad, apenas si menciona sus aventuras sentimentales, como aquellos curiosos amoríos suyos con la Malibrán. Nada menos...

Pérez Rosales partió al Viejo Mundo en busca de un instrumental de ideas útiles que le permitieran colaborar en la construcción republicana. Como Lastarria, también, su vocación fue construir y organizar, obedeciendo a los imperativos de un momento histórico que no alentaba el vuelo del pensamiento puro. En distintas esferas, los dos estuvieron sometidos a una común exigencia pragmática, que hacía internarse al uno por las inexploradas selvas del sur, buscando lugares propicios a la colonización, y al otro por las más variadas provincias del saber, escribiendo textos de enseñanza, fundando sociedades literarias, dictando clases y elaborando a la carrera una filosofía que fuese capaz de presidir nuestra formación institucional. Había, sin embargo, en Pérez Rosales, un genuino interés teórico que, de haber nacido él en Europa, se habría materializado tal vez en creaciones científicas, dentro de ese universal naturalismo imperante en los días del auge positivista. Su condición de chileno lo convirtió en luchador y en hombre práctico, que suele evocar a aquellos aventureros del Renacimiento abiertos a todas las corrientes de la sabiduría y de la acción. Causa asombro leer en los *Recuerdos del Pasado*, en medio de los relatos de sus andanzas, páginas y páginas de descripciones geológicas, mineralógicas o botánicas que no corresponden a ningún propósito de ostentación erudita, sino a la viva

realidad de sus intereses y de sus hechos. En la cordillera, en los bosques de Llanquihue o en la California de la época del oro, el viajero que desafiaba toda clase de peligros hallaba, no obstante, tiempo para detenerse a observar prolijamente piedras y árboles, dibujando con la imaginación la línea de su aprovechamiento futuro por empresas industriales o agrícolas. A veces llega con ello a lo humorístico, como en aquel episodio de sus exploraciones por las selvas de las orillas del Llanquihue, cuando, en trance de perecer ahogado, se echa al bolsillo los panales de unos abejorros cuya miel pudiera ser después técnicamente aprovechada, para estudiarlos en caso de salir con vida del percance. Urgido por la gran tarea de construir un país, que había surgido de pronto a la vida libre sin tener casi otras posesiones que enormes descampados, su saber volvíase inevitablemente técnico y vital. El interés teórico le hizo tener desde temprano los ojos abiertos a la realidad, cuyas variedades y especies recogía jubilosamente su espíritu curioso, que no dejó nada sin ver y sin planear, pero la realidad misma, la realidad inmediata de nuestras circunstancias históricasociales, le hizo recopilar innumerables datos heterogéneos para incorporarlos en un sistema práctico de iniciativas posibles. En sus viajes por Europa, andaba por todas partes buscando modelos que pudieran imitarse o adaptarse en Chile, y tan minuciosa era su atención incansable, que en Hamburgo estudió hasta el régimen de los Kindergarten, que describe prolijamente en una de sus obras.

Casi por casualidad sus vagabundeos lo llevaron a España, y el viaje es fundamental para compren-

der el movimiento de nuestras ideas, pues Pérez Rosales fue quien inició de un modo franco el redescubrimiento chileno de la madre patria. Cronológicamente miembro de una generación que hizo profesión de fe antiespañola y galicista, aquel aventurero que había sido educado en Francia, en cuyo idioma todavía pensaba en su madurez, según confiesa en el capítulo final de los *Recuerdos del Pasado*, jamás perteneció en el hecho a la llamada generación de 1842, ni a ninguna otra generación intelectual. Sus intereses fueron siempre prácticos, a lo Jovellanos, y su genio, el del hombre de acción. Bien poco se cuidaba, por lo demás, de organizar sus proyectos de acuerdo con un sistema ideológico pacientemente articulado. Liberal de partido y amigo de Sarmiento, no oculta, sin embargo, sus simpatías por el tirano Rosas, con quien sostuvo largas y afectuosas conversaciones en Southampton. Afrancesado por formación, no vaciló tampoco en oponer España a su patria adoptiva, reconociendo que los hispanoamericanos bien poco conocían a esa nación que, frente a la culta Europa, *donde sólo impera la cabeza*, se le aparecía como el trono del corazón y como el estimable asiento de la lealtad y de la hospitalidad. Todo en ella le recordaba a Chile: cielo, producciones, idioma, costumbres... (¿Cuál de nuestros literatos de mediados del siglo se hubiera sentido arrastrado a besar en el Museo de la Armería de Madrid, la espada de Isabel la Católica con esa reverente unción de Pérez Rosales?) Acaso en el fondo de su carácter, el pionero infatigable era radicalmente español, a la manera unamunesca, discontinuo y variable en la epidermis del espíritu, pero vitalmente fiel a una filosofía central que no

era en él sino la fe en la vida y la fidelidad a ella misma.

El gran transformador iba a añorar al final de sus días la tranquila y patriarcal comunidad extinta. Hay en él un acento de nostalgia cuando, refiriéndose al Santiago de su infancia, dice:

“Si es cierto que Santiago no gozaba de aquellos regalos ni de aquellas comodidades que constituyen lo que los ingleses llaman comfortable, también lo es que, a medida que hemos ido entrando en ellas, hemos ido perdiendo aquella manifiesta y leal confraternidad, aquella envidiable franqueza que desplegaban los dueños de casa para con las familias amigas o desconocidas que venían de otro barrio a vecindarse en el suyo, pues al recado de felicitación se unía siempre el ofrecimiento de la paila y de la jeringa”.

El mismo sentimiento se manifiesta en Lastarria, que en su novela *Mercedes* describe pintorescamente y con melancolía la vida santiaguina de 1830, en la que no se conocía “ese tipo aristocrático del letrado injerto en jesuita” y cuyos jóvenes “eran unos perdidos que sacrificaban a Venus, a Terpsícore y a Baco, sin hacerse los santurrones”. No todo había resultado a pedir de boca en la nueva sociedad ni todo había sido tan malo en la antigua, que por lo menos poseía una encantadora familiaridad en sus costumbres. El mismo Pérez Rosales cuenta que, cuando se servía en las casas algún guiso extraordinario, el padre de familia solía enviar una parte de él en una fuente con tapa a alguno de sus amigos con este recado, que le parece la quintaesencia de todas las finezas habidas y por haber: *mando a usted este bocado, porque me estaba gustando.*

Pero no sólo sentían la nostalgia de las viejas costumbres. En tal sentido, sus lamentaciones no son más que un saludo a la juventud pretérita. Era, sí, notable en Pérez Rosales y en Lastarria la impresión profunda de que los padres de la patria habrían sido olvidados por sus continuadores. En incontables ocasiones se queja Lastarria del extraño destino de Chile y de América, que, habiendo nacido para la vida de la libertad, veíanse sumidos en la tiranía de una nueva colonia. Y en alguna parte dice Pérez Rosales: “Los chilenos de entonces no éramos, ni con mucho, lo que ahora somos. Antes se hacía mucho y se hablaba poco; ahora se hace poco y se habla mucho. En los diarios nunca buscaba el escritor chileno lucro ni gloria literaria, sino el triunfo de la verdad sobre las preocupaciones coloniales y el de los principios republicanos sobre los caprichosos avances de la autoridad. Los padres de la patria sólo se ocupaban en educar a la juventud que debía sucederles, y ésta más en atesorar y en madurar sus conocimientos que en echarlos con pedantesco desenfado por la puerta de la prensa a la luz pública”. Se exalta Pérez Rosales en muchos pasajes de su obra hablando de las virtudes de la República naciente, tal vez negadas por la sociedad posterior: el afán de adelantar la economía nacional en todos sus aspectos, el interés por conocer científicamente el territorio hasta en sus últimos escondrijos y por proteger las riquezas nacionales, la voluntad de fomentar el cultivo de las ciencias y las artes. “La América española —dice— no era para nuestros padres un conjunto de distintas naciones: era sólo un único estado por emancipar, y la emancipación no la consideraban completa mientras imperase en algu-

na de sus secciones el dominio español". "¿Y qué decir ahora de las ideas que entonces se tenían sobre la importancia de la inmigración de extranjeros, como complemento de la grande obra con tantos sacrificios iniciada? Para Chile sólo eran extranjeros los enemigos de su libertad y la idoneidad, el candidato jurado para los más delicados puestos públicos".

Hubo, además, en Pérez Rosales un profundo sentido poético de nuestra naturaleza. Antes de él, nadie había descrito, exceptuando al padre Ovalle, con tan amorosa solicitud la cordillera, que él conoció palmo a palmo en algunos sectores, en la época en que se dedicó al comercio de ganado entre Argentina y Chile. *La inmensa meseta de los Andes, aquella blanca sabana de heladas alturas que se extiende dilatada y resplandeciente*, fue objeto de su contemplación sin que el arrobamiento cegara la visión práctica de sus ojos de mineralogista ávido de positivos descubrimientos. Casi sin quererlo, Pérez Rosales suele llegar a una extraordinaria pureza descriptiva que contiene hallazgos de expresión literaria. Véase, por ejemplo, este párrafo: "Las nevazones invernales que ostentan imponentes con su blancura nuestras sierras, son, ante los ojos del viajero que a la distancia las contempla, harto más poderosas de lo que parecen desde lejos. Pocas veces graniza en la sierra y sólo dos he visto nevar con viento: y es tal la cantidad de nieve que cae en forma de leves plumas de aves que se mecen, bajan, suben y remolinean en la tranquila atmósfera, que hasta llegan a tapar la vista, pues ni la mano de un brazo tendido hacia adelante puede verse. La nieve del invierno cordillerano no moja y el viajero sor-

prendido por ella puede caminar horas enteras si es muy *baqueano*, porque, de lo contrario, muere perdido llevando intactas en el sombrero, en los hombros y en cuantos puntos pueden sujetarse las leves plumas que lo blanquean”.

Pérez Rosales fue un hombre semejante a ese chileno que tan bien describió en una página maestra: Andariego, curioso, buscador de maravillas, magnate y pícaro con igual desenvoltura. Como él, pudo trocar durante su vida con la risa en los labios el roce del guante de cabritilla por el áspero de la barreta del gañán, pero, a diferencia de los otros, que eran desidiosos en su patria, él trabajó siempre en tierras propias y extrañas, sin que la vida perdiera para él jamás ese carácter de incomparable espectáculo que tanto lo arrobaba en sus años de juventud. Senador de la República, Intendente, amante de la Malibrán, amigo de grandes personajes en Europa y al mismo título, lavador de oro en California, almacenero en su patria, contrabandista de ganados y confidente de caudillos pamperos que llevaban con cierta grandeza una vida de crímenes, como aquel chileno Rodríguez, lugarteniente del feroz fraile Aldao, que en cierta ocasión lo hizo escoltar por cien lanzas hasta el pie de las nieves, el hombre se movía con la misma seguridad en los grandes salones europeos y en las heladas cuchillas de la sierra.

## LO QUE NO SE DIJO

—TERESA WILMS

HAY OBRAS literarias que nacen como la expresión inmediata de una pasión. Han abolido esa distancia que separa en el arte al creador de la criatura, para que ésta sea efectivamente una obra artística, es decir, una convención expresiva, un ser ficticio que, por su mismo carácter de tal, recrea e intensifica a la vida. El lenguaje natural de la pasión es demasiado cálido, y tiende a adoptar una forma interjectiva o exclamativa. Quien habla por esa necesidad de desahogo que se siente en los momentos de desesperación o de extravío, se deja llevar por una especie de dictado automático; pero, en lugar de abrir éste las compuertas interiores para dar paso a la revelación multiforme de los íntimos misterios, suele concentrarse obsesivamente alrededor de un solo tema, de un solo nombre, de una sola imagen. “Lo que hace —decía La Rochefoucaud—, que los amantes y las amadas jamás se aburran de estar juntos, es que hablan siempre de sí mismos”. Están fuera de sí, sin lucidez, arrebatados, sin voluntad.

De tal efervescencia no podría surgir una obra literaria de larga elaboración que fuera al mismo tiempo equilibrada, viable, transmisible al lector. Imaginemos lo que serían *La Cartuja de Parma* o *La Montaña Mágica*, si hubieran sido concebidas con el mismo impulso pasional del *Werther*. Decía una dama espiritual del siglo xvii, Mlle. de Scudéry: "Un pobre amante cuya razón está turbada, nada escoge, dice todo lo que se le viene a la mente y no debe aun elegir nada, pues en caso de amor nunca se podría decir demasiado ni jamás se cree decir lo bastante". Difícilmente pueden los amantes apasionados fabricar en el trance de la pasión obras de arte perfectas. No seleccionan ni componen. Se limitan a gemir. Nada ven más allá de ese ardiente círculo al que se ha reducido su universo y dentro del cual giran hechizados. Es lo que hace desproporcionadas a tantas obras románticas.

Aún en la poesía, cuando se pretende someterla a un designio, cuando se quiere hacer de ella una

revelación casi intemporal, como pretendió, por ejemplo, Paul Valéry en sus grandes poemas, el exceso pasional es inservible y hasta dañoso. "La verdadera condición de un verdadero poeta es lo que hay de más distinto del estado de sueño. No veo en ella sino investigaciones voluntarias, aligeramiento del pensar, consentimiento del alma a exquisitas molestias y el triunfo perpetuo del sacrificio... Quién dice exactitud y estilo invoca lo contrario del sueño", afirma Valéry en su *Introducción al Método de Leonardo da Vinci*. Y agrega: "El mismo que quiere escribir un sueño debe estar infinitamente despierto". "El entusiasmo no es un estado de alma de escritor". Hay todo un género de composiciones artísticas que requieren, a riesgo de no ser sino monstruos, esta acendrada voluntad de clasicismo, que supone un esfuerzo extremo de atención. Pero hay también otra familia de expresiones estéticas, que no existe sino por la virtud del abandono del artista a su frenesí, la desencadenada familia de la poesía lírica, creación espontánea del alma romántica, que es siempre un alma tempestuosa, que canta a través de sus heridas, que respira desesperadamente para no ahogarse y que transforma a la literatura en exorcismo. Engendradas por la fiebre, sus obras suelen no ser dignas de ser llamadas artísticas, pero en todo caso son documentos humanos dotados de una poderosa capacidad de contagio, y muchas veces de una facultad cognoscitiva de que carece todo clasicismo, pues alumbran tenebrosas oquedades de lo real y provocan una purificadora danza pánica.

A esta ilustre y trágica estirpe pertenece una escritora chilena, casi desconocida hoy, Teresa Wilms Montt. Dotada de un extraordinario talento lírico,

su poesía surgió de su destino de pasión y de delirio, de la misma fuente terrible que iba a llevarla, a los 24 años, al suicidio, después de una existencia agitada por desesperaciones extremas. Cegada por la tortura interior, Teresa Wilms no escribió jamás como los poetas y escritores normales. Ni realizó esas investigaciones voluntarias de que habla Valéry, ni sometió a norma estética alguna sus escritos, ni se preocupó de formar su cultura literaria, por lo menos a través del trabajo sobre sus propias obras. Su poesía fue de la naturaleza de su llanto y de su muerte. Vano sería juzgarla como creación acabada, y aún hasta el considerarla estéticamente. No nos legó sino materia prima literaria, es decir, un documento humano hecho de fragmentos deshilvanados en que coexisten descubrimientos poéticos originales y lugares comunes, sin más unidad que un estilo de gran escritora en potencia, un tono de amplias palpitaciones verbales, que nos obligan a conferirle una evidente grandeza en la literatura chilena de su tiempo. Sus fragmentos fueron recopilados por sus amigos y publicados en el volumen titulado: *Lo que no se ha dicho*, que editó Nascimento, en 1922, poco después de la muerte de la autora.

Pocos valores permanentes se salvarían en esta obra inconexa, si sólo nos guiara un estricto afán de análisis. Pero, si nos abandonamos a una aproximación cordial, con esa dosis de simpatía que toda creación humana exige para ser comprendida, descubrimos en la literatura de Teresa Wilms —en su *Diario Intimo*, en los *Tres Cantos*, en *Anuari*—, una calidad poética que muy pocas veces se ha dado entre nosotros con tan espontánea naturalidad. No habla sólo por ella la época, como ocurre en otras produc-

ciones literarias de aquel mismo tiempo. No la definen, como a esas obras, sus impersonales defectos. Por encima de éstos, hay en *Lo que no se ha dicho* el tumulto de una devoradora pasión, que caldea unas palabras que no se han enfriado por completo, y algunas de las cuales todavía quemán al lector. A pesar del lenguaje, tantas veces convencional, tantas otras tosco, torpe, poéticamente inhábil para comunicar esa desgarradura interior de un alma diferente a todas, se siente a esta alma, ella se introduce en nosotros y provoca el conmovido asentimiento, esa comunión que persiguen los artistas románticos. Se ha dicho que *Isolée* —la heroína de Alone en *La Sombra Inquieta*—, es uno de nuestros personajes románticos más acabadamente realizados. Si transformamos en personaje de sí misma a Teresa Wilms, que habla siempre en primera persona en sus escritos, y que en ellos se confía a nosotros, advertimos de inmediato la diferencia que media entre la autenticidad y la afectación. *Isolée*, real o ficticia, tal como Alone nos la muestra, vivía en exhibición, se daba a sí misma y a los demás como espectáculo, vagando a través de las filosofías, ideologías y teurgias, íntimamente deshabitada, víctima de la vanidad y del cansancio. Teresa Wilms, en cambio, sólo en la superficie expresa una inquietud parecida. Hay en ella algo más profundo, un drama más cruel, un destino que posee una mayor gravedad, que parece estar en contacto con más decisivas realidades humanas.

También la oprime el sentimiento de la inutilidad de todo cuanto existe. Siente también rota su vida, definitivamente extraviada en un mundo que para ella se ha cerrado sin dejarle consuelo. Ha vagado, como tantos otros desencantados fantasmas, por la

teosofía, la filosofía y la ciencia, y ha comprobado su inanidad, la soledad inclemente del hombre en la sociedad desierta. Pero ella no habla como fantasma. Tiene realidad. Se confiesa o delira con sinceridad implacable. Sabe de qué habla y, hasta dónde se puede saber, de qué sufre. No inventa nada ni se rodea de aureolas ideológicas. Es pasión desnuda que canta su desdicha. Y comoquiera que las pasiones humanas son tan eternas como el hombre, aunque sus símbolos puedan ser cambiantes, hay en estas confesiones un fundamento literario perdurable.

No son muchos en Chile los documentos de este orden, que digan con tanta intensidad la insatisfacción lacerante de una existencia humana. Hay un momento perfectamente determinable en nuestra historia, en el cual empiezan a producirse unos estallidos de desesperación no oídos antes, que emplean un lenguaje nuevo, y que responden a un alterado sentimiento de la vida. Desde los primeros años de este siglo se perciben síntomas literarios de una suerte de despertar de tendencias espirituales hasta entonces desconocidas entre nosotros. Nadie en el siglo XIX chileno, experimentó el torturante sentimiento de no hallar para la vida sentido ni justificación. O no se preguntaba personalmente por tal sentido, o se creía poseerlo. Mas, a partir de 1910, más o menos, se dejan oír quejas lastimeras, que no son las de siempre, que mueven otros elementos, que usan una simbólica particular, y que tienen como tema esta angustia que en algunos llega al desesperanzado extremo del *tedium vitae*. Se inicia, junto con la agonía de una época, y no por azar, nuestra

poesía lírica, la más alta, tal vez la única, creación espiritual de Chile en este siglo.

He comentado alguna vez el valor de *La Sombra Inquieta* como índice de ese nuevo estado de alma colectivo. Con más acusada personalidad, Teresa Wilms toca los mismos temas, característicos de aquella agonía cultural. Sosteníamos recién la eternidad —naturalmente relativa— de las pasiones humanas, y la variabilidad de sus símbolos. En Teresa Wilms se dan los dos aspectos, y este último no es menos significativo que el primero. No sólo en la desesperación pasional propia de todos los tiempos la que por ella gime. En la palabra de la pasión tantas veces pronunciada, hay sílabas que ahora suenan de otro modo. ¿Y no es nueva, al menos entre nosotros, esta obsesión de la nada, el escepticismo radical que se mezcla a intermitentes esperanzas cifradas en otro mundo, y esa especie de juicio de la historia y de la cultura, que se introduce subrepticamente en la expresión misma de los sentimientos más íntimos? Pues estas almas sienten que su desventura está unida a la destrucción de un mundo, y no sólo a su propio padecimiento. “Amo lo que nunca fue creado, aquello que dejó Dios tras los telones del mundo”. “Amo a aquel hombre que nunca fue, y que me aguarda apoyado tras del bastidor Sabat... Este siglo está caduco, sangre mía”. “Tras de los cristales el alba alisa sus cabellos blancos. Ella despierta. Junto al espejo yo meso los míos, rubios. Yo he dormido, he soñado sollozando. Ella es eterna y yo triste, y tristes somos aquéllos que no hemos nacido de los dioses”. “Dentro del tubo sonoro de un órgano quisiera encerrarme y cantar en sus sonidos el *de profundis*”.

Muchos son los motivos individuales que pueden llevar al gran cansancio de todas las cosas, como a Teresa Wilms la muerte del amado, pero es sintomático que en determinado momento se multipliquen las voces que no hallan consuelo ni refugio en *nada*. Es la vejez de un mundo, que en la poesía simbolista y en la novela de un Marcel Proust, por ejemplo, produjeran sus más exquisitas e imperecederas flores crepusculares. No es sólo el drama de una clase dominante que, aquí como en Europa, se desintegra, se pierde. Se trata de algo más: De una sociedad y una forma de ser y de vida que muere. “No deseo el amor ni el oro”, dice Teresa Wilms. “Mi alcoba pequeña es cofre de soledad. Sobre la cama extiende su flexible manto la muerte. En el brasero rebrilla un montón de astros. Gloria y sueño también los tengo”. “Morir después de haber sentido todo y no ser nada. ¡Ah, vida, no ser, no ser!” En medio del desierto, la única esperanza es puesta en la naturaleza. Los tiempos de crisis, proclaman la necesidad de un retorno a las fuentes naturales de la vida. Se concibe, entonces, a la naturaleza como libertad, como aire libre, en contraste con la cultura o la sociedad que sofocan el alma. Sólo ella es sentida como vida pura. “Madre de los vivos y de los muertos, ¡oh, Naturaleza!” “¡Oh, Naturaleza! ¡Qué dolor es ser gusano y sufrir el tormento del infinito!” “Estoy abandonada, pero yo me basto. ¡A vivir la vida, a escuchar por primera vez lo que dice de ti tu propio corazón!” Pues la nueva naturalidad que se busca quiere ser encontrada en un diálogo solitario del ser con su propio corazón. “Estoy abandonada, pero yo me basto”. El hombre vuelve a ser sentido como criatura misteriosa, y en el gran desamparo

los seres martirizados creen otra vez que hay que exhumar la verdad del arcano de sí mismo. "Abandona a los hombres con sus espantosos misterios indescifrables". El primer indescifrable misterio era para Teresa Wilms su propio destino. Y eso es lo que pregunta al mar, a las montañas, a la noche, sin obtener respuesta.

El sentimiento del vacío del mundo conduce casi fatalmente a la embriaguez en el pensamiento de la muerte. Porque esa misma naturaleza que nos rodea no nos puede contestar sino con las palabras que nosotros ponemos en sus labios, y para el deshabitado ella no es sino la fascinante desaparición de lo humano, la disolución en las tinieblas anteriores a la conciencia, la ciega comunión con los desaparecidos deshechos en ella. "El austro sopla, trayendo a los muertos, cuyas sombras húmedas de sal acarician mi cabellera desordenada". En los estados de extrema desesperación, la naturaleza asume el rostro de la muerte. "Sólo existe una verdad tan grande como el sol: la muerte", exclama Teresa Wilms. Como si quisiera humanizar el cosmos, entregándosele, no quiere ya sino morir.

Pocas mujeres habían nacido, sin embargo, con tal apetito de vida, con tan grande anhelo de amor y comunicación humana, con tan viva sensualidad, ávida de exprimir el secreto goce de lo creado. La muerte del hombre que apasionadamente amaba destruyó para siempre su ingenua alegría. Después, no quiso ya sino hablarle a él y en él al amor, al misterio, a la muerte. En nuestra literatura no se ha dado un delirio amoroso más devorador. Sonámbula, gime, se retuerce, grita, se inclina ante la ausencia y le murmura tiernas confidencias, como si

él fuera su hijo y estuviera a su lado, dormido; lo siente en su proximidad y en sus noches, desolada, sigue abandonándose a él, a esa sombra que todo lo ocupa, y que aún le ofrece voluptuosos transportes. “¡Anuarí, resucita! ¡Vuelve a la tibia cuna de mis brazos, donde te cantaré hasta convertirme en una sola nota que encierre tu nombre!” “Hablo con tu retrato, criatura mía, derramando sobre él cosas pueriles y profundas, como si fueran flores; lloro, río, y sintiéndote en mis brazos, te canto como si hubieras nacido de mí. Y naces de mí, y para mí y en mí vives, porque para todos los demás estás muerto”. En su exaltación, alcanza ese límite del erotismo sobrenatural que aparece en la pasión de *Cumbres Borrascosas*: “Oculta en tu féretro está la llave de la gran puerta: tú la guardas en tu diestra. Cuando me agobie la lucha miserable iré a buscarla. Abriré tu mano con el beso de una madre que despierta a su hijo y, enlazándola a la mía, marcharemos juntos hacia el sol, en busca de su bendición nupcial”.

## EL SENTIMIENTO DE LO HUMANO EN AMERICA

## I

ENCUENTRO en el libro de Schwartzmann un comentario sobre la afirmación de Jaspers, quien dice que en nuestra época se tiende a evitar el "contacto de hombre a hombre en lo personal". A consecuencia de ello, según él, una angustia vital desconocida en el pasado se apodera del hombre. Parecería que nadie se vincula de modo absoluto a nadie. Se trata verdaderamente de una angustia *vital*, provocada por la desrealización humana del mundo, máxima en la existencia de las grandes ciudades.

El individuo, inmerso en la masa en movimiento, establece sólo contactos superficiales y efímeros, casi siempre insatisfactorios, desapacibles, con los demás: relaciones de asfixia en un horrible espacio demasiado estrecho. El mecanismo de las grandes ciudades actuales deberá ser considerado algún día como monstruoso: ruidos metálicos, vehículos en movimiento, luces de color que regulan los pasos de una multitud afanosa que sabe adonde va. Casi no se da ya como posible la ociosa vagancia del ciudadano

que busca descanso en la contemplación de la belleza de su ciudad o en el diálogo peripatético con sus amigos. Vivimos en ciudades-fábricas, hechas más para los automóviles que para los hombres. Aún en el retiro doméstico después del trabajo, se tiende a reemplazar lo personal por el anonimato de las voces radiotelefónicas y de las imágenes de la televisión, que constituyen una comunicación anémica, fantasmal. El hombre se comunica con el hombre a través de aparatos. ¿Podríamos imaginar a un Sócrates radioparlante, adoctrinando a sus discípulos a través de los hilos y esferas radiales?

Todo eso está bien, mientras no exista la realidad de la comunicación humana directa, peligrosa, viva. Se dirá que el crecimiento de las grandes ciudades ha sido un fenómeno rigurosamente determinado por factores económicos y políticos, y que de nada sirve quejarse, pues nuestras lamentaciones no las harán desaparecer. Pero los bombardeos pasados y posibles demuestran que existe una forma de pro-

testa que trabaja desde el inconsciente colectivo con demoníaca seguridad. Nadie podría asegurar que Londres, Nueva York, Chicago, estarán todavía en pie dentro de veinte años. Sería positivo proceder, desde luego, a transformaciones urbanísticas radicales, para adaptar el régimen de las ciudades industriales a las necesidades humanas.

Pues, son las necesidades fundamentales del hombre lo que estamos empezando a conocer a través de la neurosis y la destrucción, la anatomía espiritual, tan real como la corpórea, y cuyos órganos reclaman también un funcionamiento, una proyección hacia el mundo. Se sabe que el hombre necesita expresar su intimidad en el amor, la amistad, la familia. Pero necesita también satisfacer, de algún modo, su tendencia a la efusión colectiva más allá de la órbita del trabajo, que en nuestro tiempo se halla organizado desde un punto de vista técnico-utilitario, mas no desde los auténticos deseos humanos. Hay en el hombre una necesidad de fiesta, de festivales sagrados y juegos profanos que la sociedad actual no proporciona o que da sólo pobre, gregariamente, sin intervención de la fantasía creadora del individuo.

Consuela pensar, postulativamente, que el hombre esencial está intacto a pesar de la ruina que lo rodea, y que sólo hace falta una reacomodación revolucionaria de la sociedad para poner en movimiento todo lo que en él está dormido. Pero, ciertamente, ni el impulso inicial ni la ejecución pueden darse sin una participación de aquello que es lo más alto del hombre mismo.

\*

Dice Schwartzmann que la manía de planificación de nuestra época es una consecuencia del hecho de

que se concibe al destino humano como función exclusiva de la voluntad de autogobierno. El hombre se hace infeliz si cree que puede determinar completamente su propia vida futura. ¿No es esta lucha del cálculo contra el misterio equivalente a la guerra del espíritu contra la vida de que hablaba Ludwig Klages?

Toda exacta previsión reposa en la limitación de la naturaleza de aquello que se prevé. Planear la vida significa creer que el hombre es algo determinado, enteramente cognoscible y conocido y nada más que ese algo. Se niega la posibilidad o, en todo caso, la legitimidad de lo imprevisible, de lo misterioso, de lo sobrenatural, de lo celeste o infernal. Pero esta negación racional y consciente de lo imprevisible es una consecuencia de la desconfianza inconsciente en la vida misma y en la participación de lo divino en ella.

El planificador social fanático es en la esfera de lo colectivo el tipo correspondiente a lo que es el avaro en la esfera individual. Planifican exageradamente su existencia los pueblos que no se atreven a vivir con generosidad. ¿Qué otra cosa hace el planificador absolutista que enmarcar el comportamiento humano en un sistema de previsiones y de acciones futuras por temor a las consecuencias de la libertad y a la variedad en que la vida ascendente tiende a multiplicarse? Por cierto, tal desconfianza en la libertad, es decir, en la naturaleza emergente del hombre y del cosmos, es la exacerbación de aquella desconfianza natural que brota de la comprobación de la existencia de una raíz perversa que deformaría el núcleo de la vida envenenando sus propósitos. Pero, si tal raíz existiera, es claro que

resultaría robustecida en su capacidad de acción con todo aumento de poder, con el desarrollo técnico y la centralización de los expertos. No hay salida posible si no se llega hasta esa fe humanista que, a pesar de todo, alienta en nosotros: la creencia de que el fondo primero del hombre y de la creación es bueno y no perverso. Adán es anterior al pecado, el mal no es elemento consubstancial a su naturaleza. El camino de la salvación estaría entonces en la búsqueda incesante de esa naturalidad esencial no contaminada, la imagen de un Dios bueno con el cual podamos comunicarnos, de un Dios que nos da la oportunidad de vivir y que, autor de nuestra libertad, no nos obliga a nada, ni siquiera al bien, limitándose a entregarnos los materiales de nuestra realización singular.

\*

El primer rasgo común que une a los latinoamericanos, es lo que Schwartzmann llama el *trauma primario de lo natural*, "la experiencia propia de lo visto por primera vez, de lo no hollado, que todo americano siente latir dentro de sí con rara proximidad. Presencia interior de lo originario y desprovisto de historia, que no sólo enlaza románticamente en torno a la naturaleza, sino que confiere, además, especial fuerza al sentimiento del futuro. Es decir, la sensación de encontrarse interiormente próximo a los orígenes, la unidad del trauma primario de lo natural, condiciona una peculiar experiencia de la temporalidad; su pura percepción o afirmación es concebida en sí misma como un auténtico valor".

Desde un comienzo se siente en Europa, como rasgo dominante, la presencia de una historia que confiere sentido y perspectiva al presente, por mediocre que éste pueda ser. Tal cosa, totalmente desconocida en América, suele provocar en el ánimo del americano una violenta experiencia, no siempre grata y estimulante, aunque en ocasiones conduzca a una suerte de estado de gracia. No pocas veces produce fastidio, tedio y aun horror. Hasta podría hablarse del tedio de la historia, semejante a la sensación física de la pérdida del aire fresco en una habitación cerrada y llena de gente. La historia no ha sido hecha por ángeles y no tiene por qué determinar sólo emociones sublimes. En ciertos instantes, uno suspira por hallarse otra vez en nuestros libres espacios, en nuestras costas virginales, en donde la vida del hombre no ha comenzado todavía.

He querido analizar alguna vez esa nostalgia. ¿Qué nos falta aquí? Acaso un perfume salvaje, la crepitación de la materia virgen que se forma y se funde en torno nuestro; el olor del mar no es aquí el mismo... La vida inglesa, en cierto sentido supercivilizada, es toda ella, en comparación con nuestra existencia, vida doméstica, vida *indoors*, aun en los momentos en que se ventila al aire libre. Se tiene la impresión de que la pulida naturaleza es una casa cuando en los fines de semana se divisa a la gente sentada o tendida en los caminos campestres, al lado de sus automóviles o de sus carromatos, conversando o tomando el té como en un salón. En las playas, las sillas de lona avanzan por millares hasta el horizonte. Hasta el último grano de arena parece mancillado por el contacto del hombre. ¿Es puramente arbitra-

ria mi sensación de que estas playas no tienen sino un olor humano?

Suele producir una depresión singular el bello paisaje rural inglés, demasiado pulido y peinado, hasta ser un paisaje doméstico y urbano como un parque. Es probable que el peso de la historia, esta densidad humana —densidad sin comunión—, y la falta de vitalidad en el paisaje —ausencia de naturaleza, de fuego vivo—, provoque en ciertos hombres un estado de atonía que se traduce en un escepticismo práctico, en una falta completa de entusiasmo y en una pérdida del sentido estimulante del futuro. Todo parece hecho y dicho. La tarea de la vida consiste, entonces, más que en creaciones y riesgos, en la conservación de las cargas pretéritas y en la exégesis de ellas. Uno de los síntomas de ese estado es la cantidad portentosa de obras que se escriben acerca del pasado, poetas, filósofos, artistas, guerreros, políticos. Sería tonto no reconocer la grandeza que hay o puede haber en ello, pero más lo sería querer hacer allí, en América, lo mismo.

Inversamente, no me parece la menor de nuestras ventajas la capacidad para saborear virginalmente los frutos de la cultura europea, más allá de toda erudición fosilizante. Podemos conocer esas viejas obras con fresco entusiasmo y hacerlas vivir otra vez con más fuerza que la que podrían tener aquí, en donde, en todo lo que tiene que ver con la aventura de su proyección hacia el porvenir, esas obras cumplieron ya casi completamente su destino y están medio muertas. Han perdido la virtud de transformar la vida cultural desde que ya la transformaron, con lo

que el organismo cultural se hizo insensible a ellas, como el cuerpo acostumbrado a una droga.

\*

Las primeras imágenes del hombre americano, transmitidas a Europa por Colón y sus compañeros, influyeron en el robustecimiento de la conciencia naturalista que iba a culminar en Rousseau y en el romanticismo. (¿No es una diferencia fundamental entre la Edad Media y la época moderna el hecho de que ésta tienda a borrar el pecado original de la imagen del hombre?) Las descripciones de Colón pintan a las sociedades indianas como paradisíacas o poco menos. Fueran o no justas, ellas influyeron no sólo en Europa: también en la América misma, por intermedio de los europeos que aquí venían con la esperanza de encontrar la *buena tierra*. Sería interesantísimo el intento de rastrear, en los testimonios que aún nos quedan, las motivaciones de los conquistadores y colonizadores. ¿Qué venían realmente a buscar? Pues vale la pena desprenderse de las imágenes simplistas de la leyenda negra. Esa obsesión de la buena tierra, de una humanidad exenta de pecado, esa obsesión utópica, vuelve a hacerse fuerte con la Independencia y los primeros ensayos de organización republicana. Recuérdense los proyectos de constituciones políticas a la romana o a la norteamericana, que se fundan en imágenes idealizadas de Roma y de los Estados Unidos, es decir, en imágenes míticas de lo social.

NO SÉ hasta qué punto la tesis de Schwartzmann, según la cual el desarrollo de la historia mostraría el robustecimiento de un proceso de interiorización del hombre, no es una nueva formulación —disfrazada— de la teoría comtiana del progreso. Es difícil escapar a la tentación de ver en la historia un sentido unívoco, que supone la afirmación de la humanidad, y no solamente de la persona, como sujeto de ella.

Por lo demás, la idea misma del humanismo ateo —que Schwartzmann desenvuelve— cae en lo absurdo, si no se le da como punto de partida esta casi imposible experiencia humana: la aceptación de la caducidad de la vida unida a la valoración suprema de esta misma. Cuando Marx asegura que el hombre es lo más alto para el hombre o que el hombre es el ser supremo para el hombre, desde que tales afirmaciones se coordinan en su pensamiento con la negación de Dios y de lo eterno, lo que expresa con ello es un imperativo de amor exclusivamente ligado a lo temporal. Mientras yo esté vivo, parece decir, y sé que no lo estaré por mucho tiempo, el fin último de mis preocupaciones han de ser los otros seres humanos vivientes, presentes o futuros, los cuales, de la misma manera que yo, disponen y dispondrán para vivir de un tiempo fatalmente limitado. Y como día a día los hombres nacen y mueren ante mi vista, el fin último de mi existencia está continuamente desapareciendo o cambiando de substancia. Ni siquiera puedo decir que ese fin último se proyecta indefinidamente hacia el futuro, puesto que sé que el género humano desaparecerá algún día de la tie-

rra. Por otra parte, si quiero asegurar la continuidad del sentido de mi vida, debo amar, más que a unos cuantos o a un solo hombre en particular —cada uno de ellos es, ¡ay!, demasiado mortal—, al hombre en general. Con eso gano por lo menos algunos siglos o milenios de relativa seguridad.

Pero ¿no es todo eso una construcción sobre el abismo? Bastante bien sentimos que la vida humana es en todo caso excesivamente frágil y precaria para concentrar en ella sola la fundamentación última de nuestro interés por ella. ¿Pueden subsistir la salud del pensamiento y del organismo del hombre sin la aprehensión de un núcleo invariable, eterno en el hombre mismo?

Marx —y Schwartzmann— parecen decir: vivo para los demás, mi vida se agota en la mano tendida a los demás, que es su fin supremo. Pero cada uno de esos hombres que están comprendidos en la idea de los demás deberá decidir a su vez la misma cosa. Ya notaba Unamuno que el esfuerzo humano resulta ocioso si no hay al lado de la vida para los demás la vida para sí y la vida para Dios, que exigen un planteamiento completamente distinto. A menos que esa vida para los demás sea considerada como simple pasatiempo desesperado. Sin la afirmación de lo eterno, la vida humana es sólo eutrapelia, juego, honesta recreación, cuando no recreación deshonesta, guerra, gangsterismo o crimen. Pues, si he de morir absolutamente y para siempre, ¿no me da lo mismo en el fondo que mi muerte ocurra hoy o dentro de cincuenta años?

\*

Siendo la desdivinización del mundo el correlato necesario de la conquista del sentido de la plena responsabilidad humana, es lógico que Schwartzmann vea la historia como un desarrollo progresivo, puesto que sólo en los últimos tiempos tal desdivinización ha tendido a consumarse. Pero, con ingenuo optimismo se tiende a interpretar los síntomas negativos que acompañan o siguen a ese fenómeno como simples señales del carácter transitorio de nuestra época, que a algunos les parece estar conduciendo a una era feliz, en la cual, vencido el miedo a la libertad, el hombre pueda asumir íntegramente la dirección de sí mismo. ¿No es éste el mismo crimen que se reprocha a los nazis y al totalitarismo?

Pues, si la desdivinización del cosmos lleva a millones de individuos al caos, al crimen, a la locura y a la muerte, no se ve cómo, sin afirmar el absolutismo del hombre general o de la especie humana sobre la persona, pueda ser ella justificada. La fórmula según la cual "el hombre es el ser supremo para el hombre", exige una determinación más estricta. ¿De qué hombre se trata? ¿Del hombre general o de la persona humana? El elogio de la desdivinización, a pesar de las desgracias individuales que ésta ha traído consigo, parece indicar que el ser supremo consiste fundamentalmente en la humanidad futura. ¿Y la actual? ¿No merece también ser considerada como ser supremo? Prescindir de ella en la calificación del proceso desdivinatorio equivale a asegurar la primacía de lo social futuro sobre lo social presente, y en todo caso, de lo social sobre lo personal. La humanidad resulta concebida como organismo. ¿Era éste el propósito de Schwartzmann?

Entre las ideas que encuentro más interesantes en *El sentimiento de lo humano en América*, está la contraposición que establece entre la creencia en la libertad histórica del hombre y su libertad personal real. Cuando se afirma aquélla no se hace en verdad otra cosa que hipostasiar a la humanidad, elevándola a la categoría de sujeto autosuficiente de la historia, pero con esto mismo se destruye a la individualidad, que en último término no puede ser representada como libertad pura, a menos que se prescindiera superficialmente de lo irremediable, de la enfermedad y de la muerte. No es posible hablar sino en términos relativos de una dirección racional de la vida del individuo, desde que toda dirección tropieza de modo necesario con el límite irracional de la muerte.

En cambio, hasta hoy ha podido plausiblemente ser la humanidad en conjunto considerada como inmortal, por lo menos en comparación con la duración normal de la vida de los individuos. Desde la última guerra, ya no es ello posible. Pero sobre este postulado de inmortalidad se edificaron las más bellas teorías del control racional de lo colectivo. La ilusión de la humanidad permitía cerrar los ojos a la inevitable muerte del hombre y hacía practicable la aplicación del optimismo colectivista que hoy vemos más o menos universalmente difundido en la conducta política de todas las naciones. Para moldear el ser imaginario de la sociedad, se somete al individuo a controles que lo desfiguran y esclavizan.

Si abandonamos, en cambio, la creencia en la absoluta libertad histórica del hombre, para reconocer o presentir el papel que en la historia cabe a lo imprevisible, que nos concede de continuo oportuna-

des frente a las cuales juega la libertad real, nuestra experiencia de la libertad no puede resultar sino enriquecida. No sólo me siento en cada instante libre para responder a la voz imprevista que me ofrece caminos y posibilidades insospechados. Puedo sentir, además, que en este azar aparente está más hondamente la substancia del mundo y este saber me produce alegría, un sentimiento de libertad frente al mundo cósmico y social, un desasimiento delante de él, que me transforma en un aventurero y que excita mi fantasía. Bien lo señala Schwartzmann.

\*

No sé hasta qué punto sea fundada la impresión que producen los países protestantes de que con la Reforma la vida social perdió en espontaneidad y en alegría. Siempre hay algo profundamente triste en las instituciones y en los templos del protestantismo. Parece que el hombre se hubiera hecho demasiado consciente del demonio y de la incapacidad de tocar dentro de sí las fuentes divinas y angélicas. Siguiendo a Schwartzmann, se podría pensar que uno de los factores que llevan al movimiento reformador es una merma en la habilidad para establecer vínculos directos y espontáneos con el prójimo, la ruptura interior del mecanismo de la amistad, del amor, de la comunidad. De ahí el desarrollo creciente en la época moderna de una individualidad que, más y más privada del alimento comunitario, termina por languidecer y por hacerse vacía. Así es cómo aparecen, después del individualismo triunfante en el siglo XIX, los regímenes de fuerza de este siglo, que aspiran a la reconstrucción comunitaria. Pero estas

nuevas comunidades, constituidas a base de individualidades disminuidas, son agrupaciones sustractivas, que exigen del individuo la supresión de todo aquello que sobrepasa el mínimo común sobre el cual se asientan. El mismo "gran hombre" o jefe de tales comunidades no es sino la expresión psicológicamente poderosa del rebajamiento de la masa. El es también un hombre disminuido, que no obra a través de una mayor potencia espiritual, traducida en visiones superiores, sino por intermedio de una fuerza biopsicológica y aún física de coacción, sobre la cual no pueden fundarse sino espantables comunidades policiales.

\*

En cambio, el Renacimiento había traído consigo un nuevo descubrimiento de lo singular y único, que se traducía en alegría, variedad y ornato de la vida. Como aconteció bajo el feudalismo decadente, nuestra existencia ha vuelto a fijarse en formas niveladoras e indiferenciadas. Nuestra mente senecta parece una maquinaria que repite movimientos idénticos, una cápsula cerrada a la curiosidad y a la proyección aventurada hacia afuera, hacia el misterio de lo exterior a nuestra conciencia presente. El nuevo renacer deberá consistir en un redescubrimiento de lo singular y único, en una ruptura de lo indiferenciado que recubre al hombre actual.

El más grave de los peligros que la vida trae consigo es el de su prematura destrucción. Un hombre vivido es con frecuencia un hombre gastado, es decir, un hombre inerte, preso bajo las ligaduras que el tiempo crea sobre su materia viviente. La vida nos

cubre con una membrana que la disminuye y la ahoga. Así, el término común de nuestra existencia suele ser el movimiento automático. La vida singular, creada para la aventura de sí misma, termina amoldándose a una opaca sedentariedad. Pero, debajo de ese duro casco suspira un ansioso guerrero. Sólo un reventón generoso podría despertarlo, pero esa generosidad no es posible sin una confianza sobrenatural, cósmica, en el hombre y en la naturaleza.

\*

La seguridad exterior, cuya búsqueda aparente magnetiza a las sociedades actuales, resalta más en los EE. UU., que en ninguna otra parte. Acabo de leer en *The Economist*<sup>1</sup> que el *leitmotiv* en los discursos pronunciados por el Presidente Truman en su reciente gira por el interior del país, fue la afirmación de que la meta inmediata del pueblo norteamericano es la obtención de una renta anual mínima de cuatro mil dólares por persona. Magnífico, sin duda; pero eso no ilumina para nada las oquedades de la historia que estamos viviendo, pues la seguridad, tan deseada, tan deseable y tan precaria en este mundo, diariamente amenazado por una explosión, tiene poco que ver con la felicidad íntima del hombre. La falta de correspondencia entre bienestar mínimo y verdadera alegría de la vida se ve muy bien en estos países tristes y opacos de hoy. Una tristeza pesada impregna a todas las cosas. Las relaciones humanas son tristes, rutinarias, opacas. Una enorme

<sup>1</sup>1950.

distancia separa a persona y persona. Es imposible ya toda fiesta, toda expansión dichosa del alma humana en la comunión con sus semejantes. Vale la pena preguntarnos hasta qué punto nuestra vacía introversión no es un defecto, el defecto humano fundamental, la cara más positiva del egoísmo y del pecado.

Véase la grotesca contradicción entre la seguridad y la guerra. Vivimos para montar la espléndida casa que terminaremos lanzando por los aires. Parece que lo más vivo que queda en nosotros es nuestro deseo de destrucción, nuestro odio por la vida y por lo singular de nosotros mismos. Tendríamos que abrir el pozo podrido del alma para llegar otra vez al espíritu. ¿Cómo amar una vida que es vacío, mecanización, tristeza? Desde este punto de vista, la guerra resulta consoladora. Demuestra que el hombre no se resigna a acomodarse, como la ostra, en la comfortable cavidad de la roca que la preserva del peligro inmediato.

Schwartzmann sostiene que falla esencialmente en el hombre actual, el resorte de la vinculación espontánea con el prójimo. Quisiera que nuestro sombrío romanticismo fuera aventado por una nueva alegría clásica. Nuestras negras aprensiones nos han dado un conocimiento más real del alma y una intelección de lo tenebroso, antes desconocida, pero es, sin embargo, evidente que del amor vital surgirá un conocimiento más profundo, un acercamiento mayor a la fuente de todo lo que existe. Y, desde luego, una vida sin miedo.

\*

Me pregunto si la *impotencia expresiva* que Schwartzmann atribuye al hispanoamericano no es un rasgo humano general que debe ser entendido como una de las consecuencias fundamentales de la caída, de la catástrofe interior que determinó en el hombre una ruptura que le impide expresarse en un solo acto por entero. Nos es imposible vernos y poseernos de un solo golpe. Siempre termina por escapársenos aquello que en esencia somos: nuestro nombre, el fundamento ontológico singular de nuestro ser, aquello que sería lo único en durar si fuéramos despojados de lo que no es en nosotros más que añadido o máscara. Dada la imposibilidad de una convivencia perfecta, a causa de este nudo interno del ser humano, la conformidad con un régimen de convivencia disminuida, pero, sin embargo, tolerable, se expresa a través de convenciones que han constituido la red de las relaciones humanas civilizadas en todas las culturas, especialmente en aquéllas que se caracterizan por una dosis mayor de formalismo. Mas, parece darse en el hispanoamericano una resistencia particular contra las convenciones que hacen posible la convivencia civil *aceptable*. Expresando tal vez la rebeldía de la naturaleza contra lo que toda cultura tiene de arbitrariedad y de mentira, se da generalmente entre nosotros la desconfianza ante las palabras propias o ajenas, motivada no sólo por la actitud de recelo ante las intenciones que las hacen nacer, sino también por una especie de escepticismo ante su valor expresivo, como si se supiera de antemano que todas las palabras del mundo serán incapaces de expre-

sar aquella oculta verdad del individuo que no está destinada a ver la luz en esta tierra. Acaso esté en relación con este mismo hecho la prosperidad del género poético en nuestros pueblos, desde que la poesía es necesariamente una distorsión del lenguaje ordinario que el poeta destruye para moldearlo de nuevo, como si arrojara al crisol los viejos tipos de una imprenta para aprovechar el metal en la fabricación de letras antes desconocidas. En su impotencia, el americano busca nuevos lenguajes.

POESIA Y SOCIEDAD  
EN LA AMERICA LATINA

## POESIA Y SOCIEDAD EN LA AMERICA LATINA

NO ES INFUNDADO afirmar que la poesía de los países latinoamericanos en este siglo es uno de los primeros fenómenos que expresan de un modo coherente y en toda su novedad al mundo indohispánico e indoportugués de América. Es, desde luego, una de las pocas actividades culturales cuyo radio de acción cubre al Continente entero, desde que la comunidad de lengua ha permitido que el público de los grandes poetas comprenda en el hecho a todas las naciones de la América Latina, pero es, más que eso todavía, una manifestación colectiva apreciablemente homogénea, a pesar de la variedad de rasgos culturales que es posible hallar en tierras tan vastas y de la multiplicidad de matices que es fácil descubrir en ella. Sus caracteres fundamentales son los mismos, idénticas las más significativas influencias extranjeras que han obrado sobre ella e idénticas también sus reacciones particulares frente a esas influencias. Pero no sólo se trata de un fenómeno general, en su relación con la totalidad de la América Latina.

Es universal también en cuanto a su connotación, puesto que por primera vez son expresados orgánicamente en ella esos planos heterogéneos en que se hallan organizadas o desorganizadas nuestras sociedades nacionales. La poesía, en efecto, ha dado forma, en especial en el presente siglo, tanto a las imágenes que pueblan el inconsciente de las minorías de cultura europea como a las que se agitan en las masas mestizas y, operando por debajo de las fronteras que dividen a grupos raciales y sociales, ha logrado exteriorizar algo de aquella alma o vitalidad común que anima a todos los círculos y clases, algo de aquello que pudiera ser llamado el espíritu del Nuevo Mundo.

La verdad es que los latinoamericanos apenas han experimentado hasta nuestros días el sentimiento de su integración cultural. Tradicionalmente, y en todas sus múltiples actitudes —políticas, religiosas, artísticas o económicas— se han representado a sí mismos o como europeos o como indios o como la simple

yuxtaposición de ambas cosas. Tal convicción ha sido sin duda la consecuencia del profundo divorcio que separó desde los tiempos coloniales —a pesar de los libres cruzamientos raciales—, a la pequeña aristocracia blanca, débilmente teñida de sangre indígena, de la oscura masa social de origen americano, que constituyeron dos mundos casi completamente independientes, cada uno con sus costumbres, su arte, su literatura y hasta su religión separados. Se trataba de dos sociedades superpuestas, relacionadas sólo en la esfera del poder y de la economía que, aunque exigiera por lo común una vecindad física bastante estrecha, no determinaba mayores contactos en las otras regiones de la vida. Semejante división cultural ha sido brillantemente estudiada, entre otros, por el sociólogo brasileño Gilberto Freyre en su obra *Casa Grande y Senzala* que, aun cuando se refiere sólo al Brasil, constituye una descripción igualmente válida para las demás repúblicas latinoamericanas. La Casa Grande o casa del señor estaba culturalmente más lejos de la Senzala o dependencias de la servidumbre que el viejo castillo del noble peninsular de las casas de los pecheros o burgueses que se habían establecido en torno suyo.

Sin embargo, estos dos mundos coexistentes y distantes raras veces llegaron a ser abiertamente hostiles entre sí. Su convivencia, sin ser armoniosa sino en contados casos, fue generalmente pacífica. La misma guerra de la Independencia, que en el hecho revistió los caracteres de una contienda civil, no fue en líneas generales una revolución social en que lucharan las clases altas contra las clases bajas. Pero la paz no impedía que los intereses y formas de vida de aquellas dos esferas estuvieran situados en hemisferios

distintos. Un ejemplo análogo al de la casa grande y la *senzala* es el que encontramos en la vieja casa con tres patios, modelo de mansión urbana tradicional en Chile y en otras naciones de la América Española. El tercer patio o patio de los criados vivía de acuerdo con otras leyes y aun con otros principios morales que los dos patios reservados a la familia señorial. En él no se conocían sino las artes populares, las danzas semindígenas cargadas con una vaga simbología religiosa, los cacharros de tierra cocida en forma de vaca o de caballo, los versos de ciego impresos en hojas sueltas que los mendigos solían vender en los mercados o en las estaciones del ferrocarril, o las antiguas estrofas, hijas del Romancero, repetidas de boca en boca desde la Colonia. Era el mágico mundo lleno de supersticiones que atraía a los niños de la casa principal, que iban a él más o menos clandestinamente a oír escalofriantes historias de aparecidos, almas en pena y animales del infierno, o cándidos relatos atribuidos a imágenes familiares; un mundo rico, formado por dispares elementos cristianos y gentiles imaginativamente entremezclados, que no tenía relación oficial directa con el universo de sus amos. En los dos patios en que éstos habitaban, intentábase regir la vida de acuerdo con cánones semejantes a los de Europa en ambientes que, aunque más rústicos, terminaron por ser sensiblemente análogos a los medios burgueses de la sociedad occidental europea en el siglo XIX. Abundaban en los salones muebles Luis XVI, Luis Felipe o Segundo Imperio importados directamente de Francia, que después de la Independencia desterraron al tercer patio a los viejos muebles coloniales, y no faltaban algunos cuadros mediocres del Romanticismo

o del Realismo franceses comprados a buen precio. El fondo principal de las bibliotecas privadas, por otra parte, solía componerse de ediciones de Carpentier, Calmann-Lévy o Garnier y de colecciones casi completas de la *Revue des Deux Mondes*, al lado del Quijote y de unos cuantos clásicos y románticos españoles. Es cierto que no faltaban familias que se mantuvieran estrictamente fieles a la tradición española o portuguesa y que a muy austeras costumbres unieran un estilo patriarcal de relaciones y gustos apegados a la tierra, exentos de todo extranjerismo y en cierta manera próximos a las aficiones del pueblo mestizo. Pero, a partir de la medianía del siglo XIX, la aristocracia dirigente fue más y más atraída por lo francés y tanto los viajes como las lecturas inclinaron a muchos de sus miembros, al terminar el siglo, hacia una filosofía de orientación positivista que se tradujo con frecuencia en un ateísmo práctico que rompía violentamente con la tradición. Mientras las clases bajas habían impregnado su Catolicismo del espíritu de las leyendas religiosas precolombinas, las clases altas y los intelectuales lo abandonaban o le guardaban una fidelidad puramente teórica.

Pero, desde comienzos del siglo XX, la poesía animada por la efervescencia política, es uno de los más claros síntomas que revelan un cambio de sentido, un acercamiento entre aquellas dos esferas separadas, la tendencia a descubrir la homogeneidad profunda que se oculta debajo de las radicales divisiones raciales y sociales. Creo legítimo interrogar a la poesía latinoamericana desde este importante punto de vista, aunque sé muy bien que, en lo que respecta a su valoración intrínseca como poesía en sí, debiéramos enfocarla primero bajo otros ángulos. Pero

no me parece vano penetrar en ella a través de esta puerta lateral, que puede también conducirnos hacia la comprensión de lo que ella es en sí misma y que, por añadidura, es capaz de ayudarnos en el entendimiento de lo que la cultura de la América Latina representa en el mundo actual.

Aun cuando su aprendizaje sistemático haya estado bajo el dominio del espíritu europeo, la América Latina, considerada como un todo, no ha sido nunca una prolongación de Europa. Pero no es tampoco la continuación de las culturas indígenas anteriores al descubrimiento de América, ni una simple mezcla de elementos europeos e indios, sino un orbe cultural nuevo, aún en formación, producido bajo la acción de estímulos, inhibiciones y oportunidades originales que naturaleza y sociedad ofrecen al individuo y a los grupos. Eso es lo que, interpretado desde un punto de vista histórico-social, expresa la más característica poesía latinoamericana. Así, por ejemplo, la recorre un sentimiento, a veces feliz, a veces desolado, de los grandes espacios geográficos no vencidos aún por el hombre, grandes espacios palpitantes de una vida natural más efervescente que la europea. A menudo solo frente a ese vasto temblor de organismos, el hombre se sumerge dramáticamente en su interior y, desde su propio fondo agitado y para él casi desconocido, en donde siente la debilidad de su razón y su conciencia, al preguntarse por el sentido de su vida se pregunta por su parentesco con todas esas criaturas que lo rodean y que parecen más que él las dueñas de su tierra. Ese mundo americano de selvas, grandes minas labradas en el interior de las cordilleras, interminables costas desoladas, desiertos poblados de cactus y pequeños oasis

de civilización urbana, hace crecer en el espíritu del hombre ramificaciones selváticas, desordenadas, exuberantes, anárquicas, que en la poesía se manifiestan como inclinación panteísta o como naturalismo lírico.

El sentimiento de la soledad es probablemente el tema central de nuestra poesía. El poeta está solo frente al paisaje natural, pero, en sociedades tan poco densas y a pesar de ello tan fragmentadas y dispares como las latinoamericanas, está solo también frente al paisaje social, frente a los hombres y las máquinas. No se resigna, sin embargo, a estas soledades sin sentido. De ahí que al panteísmo, que lo lleva a enlazarse con las criaturas de la naturaleza, corresponda en la esfera humana un impulso de comunión, que se expresa tanto en una poesía de orientación místico-religiosa como en una de carácter místico-político o social. Es la oscura voluntad de comunidad, el rechazo instintivo del individualismo y la certidumbre secreta de que no hay vida triunfante sin un equilibrio de soledad y participación en un objeto común. Este afán de comunidad o de amor se ha traducido con frecuencia en la poesía bajo la forma de rebelión apasionada contra la sociedad existente o, por lo menos, en un sentimiento de insatisfacción, expresado tanto en el aristocrático aislamiento de los parnasianos como en el agresivo individualismo de los simbolistas y en el espíritu de evasión de los imaginistas, extasiados ante el mar y lo exótico. En todos ellos actúa en el fondo un apetito de amor humano, que en la poesía de nuestra América es la forma más común que adopta esa búsqueda de lo absoluto que caracteriza a tantos importantes poetas europeos.

Desde los años finales del siglo pasado y durante todo el primer cuarto del actual, el simbolismo modernista dominó por completo en la poesía americana, gracias a la influencia de Rubén Darío que conmovió la poesía hispánica de su tiempo. El entusiasmo simbolista en nuestros países guarda una estrecha relación con las tendencias y temas a que nos hemos referido. En la poesía simbolista, en efecto, por medio de elaborados instrumentos lingüísticos, se busca y se intenta expresar un cierto universo oculto debajo o encima de la realidad cotidiana, difícil universo que no puede ser sino poéticamente aprehendido, con un hermético lenguaje destinado a sugerir o a provocar una revolución en el espíritu humano. Al recoger el ideario simbolista, los poetas latinoamericanos dieron salida a ese impulso de transfiguración total de la realidad que siempre ha estado presente en un mundo como el nuestro, que a través de sus cuatro siglos de cultura europea aún no ha hallado su propia voz. Hay una especie de demonio interior en el fondo del alma latinoamericana, un desasosiego que puede aún venir de los primeros conquistadores españoles y portugueses que buscaban en el Nuevo Mundo el paraíso terrenal, como Ponce de León que recorrió medio continente tras la mítica fuente de la juventud eterna o como los *bandeirantes* brasileños que remontaban el curso de los grandes ríos inexplorados con la esperanza de hallar en las tierras interiores el secreto de una vida feliz. Esa permanente inquietud que durante nuestra historia republicana nos ha hecho conocidos ante Europa por el gran número de revoluciones, asonadas y motines políticos en que solemos complacernos, se revela con intensa claridad en la

poesía, particularmente en aquellos poetas que, a partir del simbolismo, se agitan por expresar un nombre escondido que sea como la llave destinada a abrir sobre la tierra misma la vida celestial. No es extraño que uno de los más originales teólogos católicos que hayan vuelto a formular en la época moderna, la vieja doctrina llamada milenarismo, según la cual el Mesías vendrá por segunda vez a reinar sobre la tierra durante mil años, fuera el jesuita chileno Manuel Lacunza, que escribió a fines del siglo XVIII, mientras se hallaba desterrado en Italia, su curioso libro *De la Segunda Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. En el continente latinoamericano la tierra es todavía virgen y el hombre siente que ni ella ni él han dicho aún la primera palabra verdadera.

Pero, ¿cuál es esa palabra? Esta pregunta es, me parece, el nudo fundamental de nuestra poesía. De ahí que los moldes producidos por los movimientos literarios europeos —romanticismo, parnasianismo, simbolismo, surrealismo, etc.— hayan sido en general usados en la poesía latinoamericana como simples pretextos u oportunidades formales para expresar los mismos temas y aspiraciones constantes del alma del Nuevo Mundo, la necesidad de una Edad de Oro. Es eso lo que se advierte aún en uno de los manifiestos creacionistas de Vicente Huidobro: “El poeta crea el mundo que debe existir al margen del mundo que existe. . . El poeta se preocupa de expresar sólo lo inexpresable”. En verdad, también esa substancia originaria de la vida latinoamericana, aun no descubierta por el hombre constituido por ella, es lo inexpresado, lo que resta después de todo análisis exhaustivo de la conducta humana en la América La-

tina; lo que, por la dificultad de su aprehensión intelectual, puede ser denominado "lo inexpresable". No nos parece aventurado decir que estos poetas están animados por un sentimiento, o presentimiento del hombre, por una imagen no bien definida todavía, que tal vez llegue a alcanzar en el futuro vigencia plena en América, fijando en ese caso su destino histórico. Es eso lo que ellos persiguen, una visión transformadora del hombre y de su mundo, una especie de milagro total. Una buena ilustración de este estado de alma la hallamos, por ejemplo, en los siguientes versos de Huidobro:

*Pasan los días*

*La eternidad no llega ni el milagro.*

*Pasan los días*

*El barco no se acerca*

*El mar no se hace flor ni campanario*

*No se descubre la caída*

*Pasan los días*

*Las piedras lloran con sus huesos azules*

*Pero no se abre la puerta*

*No se descubre la caída de la noche*

*Ni la ciencia en su cristal*

*Ni el comprender ni la apariencia ni la hojarasca*

[del por qué

*Pasan los días*

*No sale adolescencia*

*Ni atmósfera vivida ni misterio*

*Pasan los días*

*El ojo no se hace mundo*

*Las tristezas no se hacen pensamiento*

. . . . .

*Pasan los días*

*Y no se oye el ruido de la luna.*

La misma tendencia hace que la naturaleza aparezca en nuestra poesía como contorsionada, deforme. El poeta la usa como un pretexto, se diría que la estruja y la arruga, pues no quiere sino arrebatarse su propio nombre, la cifra de su alma. Cada nueva explosión literaria ha provocado en los poetas de la América Latina sacudimientos de entusiasmo, fundados en la esperanza de lograr ese descubrimiento del hombre interior y esa transformación de la realidad a que ellos aspiran. Pero, sin que la ansiedad y la búsqueda cesen, la excitación siempre termina por desvanecerse. No obstante, los temas fundamentales continúan: los grandes espacios inhabitados, la soledad, la comunión de los hombres, el paraíso, el infierno. En los últimos 25 años, el surrealismo, con su insistencia en la idea de construir una nueva vida sobre mitos nuevos, determinó una considerable agitación en la poesía latinoamericana, más aún que por el prestigio inherente a las modas que se inician, por la coincidencia que existe entre ese anhelo y las necesidades espirituales del Continente reveladas por sus poetas.

¿Qué pensar acerca del destino de estas naciones que han comenzado a adquirir conciencia de sí por medio de la poesía? Recuerdo las palabras de Paul Valéry, al terminar el prólogo que escribió para la traducción francesa de los poemas de Gabriela Mistral: "He visto en la América Latina el conservatorio de aquéllas de nuestras riquezas espirituales que pueden separarse de nosotros; pero también un laboratorio en el cual estas esencias de nuestras crea-

ciones y estas cristalizaciones de nuestros ideales se combinarán con los principios vírgenes y las energías naturales de una tierra totalmente prometida a la aventura poética y a la fecundidad intelectual de los tiempos que vienen". Por lo menos en la intención final de nuestros poetas, hay una pasión ecuménica, como si su voluntad más secreta coincidiera con las visiones de aquellos jesuitas latinoamericanos desterrados en el siglo XVIII, que fueron los primeros en vislumbrar la originalidad de América y su destino de universalidad. A mi entender, originalidad y universalidad se conjugan, pues aquélla no puede ser sino la expresión madura de nuestras propias potencias, auténticamente orientadas hacia una nueva realización singular de los valores universales que han presidido la historia de la cultura de Occidente.

## SOCIEDAD Y NATURALEZA EN NUESTRA LITERATURA

LA POESÍA latinoamericana parte con frecuencia de un sentimiento tan totalizador —e indiferenciado— de lo real que en él llegan a confundirse sociedad y naturaleza, sin el intermedio de una cultura orientada hacia valores trascendentes. Trátese del mar, de las montañas, de la selva o del desierto, se parte casi siempre de una fusión o, por lo menos, de un contacto íntimo —visceral— entre sujeto y objeto, entre lo humano y aquellos vastos espacios desnudos de humanidad —aunque no de proliferación humana— en que se nos aparecen nuestras tierras. No sólo en la poesía suele ser la naturaleza para nosotros una presencia más vivaz que las instituciones sociales o las relaciones interpersonales. Vista a través de toda su literatura, nuestra América surge sobre todo, por importante que en aquélla pueda ser el tema social, como naturaleza. Aún el hombre se nos acerca como naturaleza virgen y dura, vitalidad y fuerza antes que sentido.

La sociedad misma con sus instituciones tiende,

por su parte, a naturalizarse, a hacerse bárbara. Tal naturaleza englobante es sentida como organismo vivo —y también indiferenciado—, un caos erizado de espinas magnéticas que inspira reacciones gemelas de amor y terror. Es un misterio tremendo indescifrable que envuelve al hombre, pero también lo desarticula desde dentro. Aquí está la naturaleza y aquí también el hombre generado y ahogado por ella. La poesía vuélvese entonces interrogativa, un tejido inextricable de preguntas que se resuelven en sofocado y sofocante panteísmo, en un vitalismo pánico que se da en culto irracional de la vida. De la vida porque sí.

No es raro, entonces, que el trato con este hirsuto caos natural provoque terrores, desde que el mundo es vivido con anterioridad a toda ordenación, anterior al Cosmos, como algo efervescente, hirviente de fuerzas, que al mismo título y con la misma indiferencia da vida y da muerte. A ello se deba acaso también la pobreza de nuestra temática literaria y,

en un plano aún más hondo y extenso, la parquedad cualitativa de nuestra cultura, aun traumatizada por esos terrores, que se entremezclan con la adoración ciega de la vida, con la entrega a la corriente caótica de lo vital, con particular insensibilidad a lo trascendente.

No hallaremos sino por excepción en nuestra poesía una visión contemplativa de los mundos natural y humano. En verdad, toda percepción armoniosa de la naturaleza depende de una honda ordenación íntima, sin la cual todo se nos ofrece como caos susceptible de arremolinarse en una multiplicidad infinita de formas inestables. La cultura viene a ser, en efecto, territorio común en que se enlazan en relaciones de sentido el mundo y el hombre, la naturaleza y el espíritu, ordenando a las cosas a partir de un núcleo de sustentación universal. Cuando tal modo de coexistencia falta, desaparecen las fronteras y el hombre se disuelve en el caos del mundo. La tendencia dionisiaca natural a confundirse en todo puede entonces trabajar con libertad completa. Resultamos así naturalizados, y la naturaleza, por su parte, subjetivizada. El alma inmersa en las cosas pierde la distancia entre intimidad y contorno, entre ojo y objeto, que es indispensable para la contemplación de lo real. De ahí nuestra insistencia, entre resentida y resignada, en el supuesto poder conformador de lo telúrico. Nos complacemos en representarnos dominados por el paisaje, por las emanaciones de la tierra, por lo extrahumano; pero en seguida cargamos a paisaje y tierra con el peso explosivo de nuestra propia intimidad contradictoria y desordenada, con la vacancia del alma.

La naturaleza está mediatizada en nuestra poesía. No hay en ella serenidad contemplativa. El canto de lo natural es un buen pretexto para desahogar lo humano, como si el artista pudiera descubrirse a sí mismo y a los demás en lo exterior, en ese peso vivo hecho tanto de seres presentes como de carencias de ser. Hablamos con las cosas naturales, en panteísmo convulso, sin objetividad y sin libertad. Y, por lo mismo, sin alegría, en un contacto angustioso con el mundo en torno. Las alegrías espirituales nos son desconocidas, desde que nuestra realidad circundante nos es misteriosamente impenetrable, propia y extraña.

Así, por ejemplo, canta Rubén Darío en *Azul*:

*Después el misterioso  
tacto, las impulsivas  
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;  
y ¡oh! ¡gran Pan! el idilio monstruoso  
bajo las vastas selvas primitivas.  
No el de las Musas de las blandas horas  
suaves, expresivas,  
en las rientes auroras  
y las azules noches pensativas,  
sino el que todo enciende, anima, exalta,  
polen, savia, calor, nervio, corteza,  
y en torrentes de vida brota y salta  
del seno de la gran Naturaleza.*

Los casos podrían ser innumerables y provenientes de todas las direcciones del mapa poético. "Arte soy entre las artes; / en los montes, monte soy". (José Martí). "Cual un ínfimo bacterio / me debato en el vacío. / Cual un tormentoso río / busco la mar

sin criterio, / soy un espora lanzado / tras la proce-  
sion astral". (Almafuerte).

Habrá que rastrear escrupulosamente este culto abisal de la vida, este vitalismo pánico. Se trata, por cierto, de una veneración del existir que inspira ciegas adoraciones, de una entrega a la corriente tumultuosa de lo vital, en plena inmanencia, sin vinculación efectiva con ningún mundo espiritual de valores, lo cual suele ocurrir, por otra parte, y con los mismos síntomas, en el plano menos arcang lico de la acción política revolucionaria. All  se entrelazan lo natural y el hombre, sentido también como pura naturaleza. En consecuencia, sin límites ni formas definidos, sin yo y sin t . De esta poesía así analizada, extrapo ticamente, no surge otra aspiración que la vida, mayor vida en todo lo que ésta tiene de arrebatador, primario y despótico, la vida desnuda con su poder creador y destructor que puede encarnarse tan bien en un colibrí de las florestas tropicales como en un tirano titanesco de las nuevas agrupaciones urbanas. La vida porque s , con sus plazos irremisibles. No hay en esta literatura nada semejante al ideal de formación que descubrimos aun en el surrealismo europeo. Se da sólo el primado de lo pasional —también en sus mejores sentidos—, especialmente en sus formas más crudas y menos intelectualizadas, sin la menor tensión hacia el conocimiento.

Por eso es también frecuente, sobre todo en la novela, la exaltación de un cierto género de activismo puro, la entrega desesperada y escéptica a una acción no regulada por principios, pero que posibilita la salida del yo y el abandono siquiera fugaz de su vacancia. Las novelas hispanoamericanas que

describen luchas políticas están invadidas por el sentimiento de no saber por qué se combate. "Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe", confiesa un personaje de *Los de abajo*, de Mariano Azuela, uniendo bien expresivamente a lo humano —la Revolución— con lo telúrico —el volcán. Y dice, por su lado, José Revueltas en *Luto humano*:

"La Revolución era eso: muerte y sangre. Sangre y muerte estériles; lujo de no luchar por nada sino a lo más porque las puertas subterráneas del alma se abriesen de par en par, dejando salir, como un alarido infinito, descorazonador, amargo, la tremenda soledad de bestia que el hombre lleva consigo".

No es difícil establecer relación entre este supuesto carácter de nuestra gente, la anarquía social y el caudillismo. Solemos en estas tierras sentir a la política como teatro o como guerrilla; en todo caso, como actividad que vale por sí misma, independientemente de toda aspiración y regulación moral.

Entre nosotros todavía permanecen en estado de indeterminación articulaciones culturales básicas que provienen de la experiencia del otro, la sociedad y la naturaleza. Como agudamente lo sostiene Félix Schwartzmann en *El sentimiento de lo humano en América*<sup>1</sup>, no existen aún para el indoamericano frente a sí mismo, al prójimo o al mundo vínculos que se objetiven creadoramente. Ocurre, más bien, que los diversos momentos que integran la conciencia cultural no armonizan en su interdependencia y tienden a excluirse, aislando a la persona frente a una sociedad y una naturaleza que le resultan siendo

<sup>1</sup>Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, vol. I, 1950.

igualmente hostiles. En el fondo del alma, entonces, encuéntrase sólo sombras y espectros, anhelos vagos, sed de comuniones imposibles en el amor, la amistad, las relaciones familiares, incluso en la política. Desde esta soledad unida a la exaltación vital —pero siempre fugaz— del activismo, surge acaso el predominio que tiene en nuestra novela, como expresión de la sociedad —lo señala muy bien Schwartzmann— el tipo *titanesco* —bandido, bohemio o demagogo, y a veces las tres cosas juntas—, capaz de morder su soledad sin desintegrarse y de sobrevivir con fuerza vital a la monotonía, al bandidaje, al pantano social y anímico, el hombre de pelo en pecho, que puede ser el *roto choro* y pata de perro que en cualquier parte trabaja y huelga o el llanero que concilia la delicadeza sudamericana de Keyserling con crueldades feroces de ocasión. Desde Facundo Quiroga y Martín Fierro hasta los bandidos de Rafael Maluenda y de la novela mexicana.

Este desajuste en la relación de hombre y cultura en América Latina se expresa, también según Schwartzmann, en el sentimiento de no ser socialmente significativo —en buenas cuentas, no ser persona, porque a uno no lo dejan serlo. Ante el individuo, la sociedad es un muro construido de puras negaciones y, en cuanto tal, la sociedad le es a este hombre sin Dios ni ley algo extraño, es *lo extraño*. La experiencia de incorporación del hombre a lo social, que es la piedra de toque de la normalidad en las sociedades bien constituidas, es en la mayoría de los casos en nuestros países un trance de frustración que se revierte en hostilidad o desapego hacia instituciones o personas simbólicas, o en nihilismo

odioso frente a la cultura en globo vivida como convención ajena al propio ser y a la naturaleza. No tiene entonces nada de raro que los movimientos políticos más poderosos del Continente, y la sucesión de explosiones imprevisibles e incontenibles de las masas que han solido producirse en los últimos tiempos, hayan sido típicamente resentidos: movimientos contra algo. Hay un resentimiento en disponibilidad. Faltan saludables catarsis normales.

Ya lo dice Ramón López Velarde, refinado poeta:

*Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar  
como sangriento disco a la hoguera solar.  
Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,  
seré impasible por el Este y el Oeste,  
asistiré con una sonrisa depravada  
a las ineptitudes de la inepta cultura  
y habrá en mi corazón la llama que le preste  
el incendio sinfónico de la esfera celeste.*

(ZOOBRA)

La vida suele ser vivida como simple azar, como una cosa, pero además cosa laxa, sin tiempo, salvo el tiempo de la muerte, que no está en tensión hacia ninguna meta. Existe percepción de las fuerzas, pero no de las formas ideales del mundo. Y sin duda de la expectación de estas formas —por último, del deseo de que existan— han surgido la filosofía, la ciencia, el gran arte y la cultura toda. Sentimos nuestra participación biológica en el padecimiento del mundo, pero no una visión de él. No se han dado entre nosotros esas grandes síntesis de experiencia que orde-

nan la vida colectiva durante siglos, hasta mucho tiempo después de haber desaparecido de la conciencia.

En la insurrección latinoamericana contra lo convencional de las culturas ajenas, suele perderse de vista el que toda cultura es en algo inevitablemente convención, es decir, dibujo simbólico de una forma y establecimiento de unos límites en el magma hirviente de la vida. Bien estará prescindir de los símbolos marchitos que ya no expresan los emergentes deseos y necesidades humanos y buscar otros en el manto germinal del subsuelo; pero sin olvidar que no hay vida saludable sin normas y creencias que encaucen el despeñadero de lo vital.

Mas, nuestra literatura no expresa un nihilismo desesperanzado, sino milagrista, que a la negación del valor de lo culturalmente existente agrega una actitud de zozobra esperanzada. Se cree en el milagro. Se espera lo extraordinario, una total transfiguración —extracultural— de la realidad, “algo extraño, confuso y misterioso”, “el alba de oro”, de Rubén Darío, o ese “alguien” por cuya venida Neruda suplicaba en sollozos o “esa estrella” hacia la cual se eleva el ciprés de Lugones o aquel “milagro total” que solicitaba Huidobro.

Negación en sus disposiciones fundamentales, disponibilidad para dejar crecer los impulsos más auténticos, la cultura latinoamericana deberá salir del dominio subterráneo en que ha vegetado hasta hoy, hundida también en sus poetas.

## CRONICA DE UNA GENERACION

CADA UNO de nosotros, me parece, empezó a interesarse por la literatura en plena infancia. No sólo en esos maravillosos libros de aventuras o de hadas que siempre quisiéramos volver a leer con el mismo encantamiento — ¡ay!, ahora muchas veces perdido. También en toda clase de libros hallados clandestinamente o al azar y que, aun cuando no los comprendiéramos bien, nos sugerían el misterio de la prodigiosa vida de los hombres, de esa vida y ese universo que nos atraían en razón directa de nuestra ignorancia. Y estaban, además, todas las imágenes y experiencias innumerables que exigían ser expresadas, sin que tuviéramos para eso ningún instrumento en las manos. Cuando se retrata a la infancia como una edad perfectamente integrada que se satisface a sí misma, se olvidan las ansiedades, las angustias, los deseos sin forma que también la caldean y que no pueden hallar otra desembocadura que el aislamiento en medio de los juegos de los otros niños, los sueños y la tristeza.

Pero no he venido aquí a hablar de las relaciones extrañas de los niños con la literatura, sino de la historia íntima, privada, de un joven de otros tiempos a quien apasionaba el arte de escribir. Un joven que, por la gracia de esa pasión, conoció y amó a otros y orientó su vida por caminos que no habría seguido si esa inclinación rara no lo hubiese alejado de vías que pudo elegir también, sin duda con más contentamiento de sus padres y mayores.

—¿Por qué no tomas a la literatura como adorno? Nadie se gana en Chile la vida escribiendo. En cambio, si eres abogado o médico, disfrutarás de bienestar y tranquilidad...

Decididamente, no quería —no queríamos— esa tranquilidad, y ya a los 15 años, apenas encontrados los primeros amigos —¡descubrimiento superior al más grande descubrimiento científico!—, empezamos a gozar de la mágica inseguridad del día, y de la noche. En cualquiera parte, en heladísimos corredores clausurados del Colegio y, si era posible, en cafés

más o menos patibularios de la calle San Pablo abajo, cerca del Internado Barros Arana. Pues este Internado era nuestro Colegio y el mundo nuestro tenía mucho que ver con la Quinta Normal infestada de charlatanes y de amantes vespertinos y con los bajos fondos de Matucana y San Pablo, sin olvidar los ululantes pitazos de los trenes que poblaban la noche, ni el encantador *Bar Don Fausto*, donde solían acuchillarse los adoradores de Baco y de Terpsícore, ni tampoco, por cierto, nuestra fantástica biblioteca, en la cual, sin guía ni consejo, descubrimos primeras ediciones de Quevedo y el Conde de Villamediana, una fascinante colección del *Magasin Pittoresque*, llena de grabados al acero que nos parecían surrealistas, y grandes volúmenes en rojo del Quijote y la Divina Comedia ilustrados por Doré.

El Internado no era —¡quién lo duda!— la Academia Platónica. En él se cultivaban mejor los ejercicios espartanos que las dialécticas atenienses, y no pocas veces fue especialmente reconfortante para Nicanor Parra, Jorge Millas, Jorge Cáceres o yo ser aceptados en alguno de esos cenáculos consagrados al basket-ball o al ping-pong con un respeto un tanto piadoso que algo tenía que ver con nuestras pretensiones literarias. Dos mundos se unían y entonces, como ahora, era bueno sentir que hemisferios aparentemente hostiles tienen cosas comunes y pueden comprenderse. Pero —y ahí comienza en verdad esta crónica— lo imposible se había realizado. No era yo un niño loco, o por lo menos no era el único loco en el mundo. ¡Gran felicidad! Había otros, había otros seres extraños a quienes también fascinaba, torturándolos, la literatura, y estaban allí, bajo un

mismo techo. Se llamaban Jorge Millas, Nicanor Parra, Jorge Cáceres, para no recordar sino a los que perseveraron en esta manía sistemática. Vivíamos bajo el mismo techo. Eso significaba que podíamos vernos siempre, cada vez que lo quisiéramos, apenas las clases nos dejaran libres a Cáceres y a mí. Millas y Parra eran nuestros inspectores. Estudiaban en la Universidad y para nosotros, que padecíamos la dictadura de los horarios, eran libres, unos semidioses que podían manejarse a sí mismos, es decir, faltar a clases si lo querían. Pero nos quedaba a salvo el deslumbramiento de las noches, después del timbre de silencio, al margen de las dictaduras del día.

Nos conocimos telepáticamente, sin presentaciones, en virtud de ese fluido especial que, según un tío abuelo mío, poseerían todas las personas buenas para nada, que él llamaba pájaros sin buche. Si me ofrecieran hoy todos los tesoros de las Mil y Una Noches, no los cambiaría por éstos, verdaderos o falsos, que nos trajo la amistad de aquellos jóvenes mayores que nosotros y el trato con sus amigos. Pasamos, Cáceres y yo, bruscamente, de Salgari, Alejandro Dumas y Amado Nervo a una constelación de libros que de inmediato convertimos en acicates de nuestra soberbia y alimento de nuestras almas. Su precoz interés filosófico había llevado a Jorge Millas a leer ya por esos años a Ortega, Freud, Spengler, Bergson, Simmel y, apenas nos conocimos, nos inició en los secretos de la *Revista de Occidente*. Nicanor, más concentrado en sus caprichos puramente poéticos, tocaba el ukelele, escuchaba largas horas a los charlatanes de la Quinta Normal y se solazaba con García Lórca y Alberti. Por esos tiempos escribía, en

cuadernos de matemáticas, unos poemas en sordina que llamaba *Sensaciones*, en los cuales solía aparecer la imagen de su padre tocando románticamente el violín en el fondo de un huerto provinciano, como en contraste con los grandes poemas de intención metafísica de Millas y con sus ensayos nietzschianos.

Nos mareamos un poco, es cierto. Nos hicimos muy antipáticos a nuestros compañeros y profesores. La armonía con aquéllos no venía a restablecerse sino después de alguna fiesta en que todos terminábamos un tanto alegres. Pero en nosotros —adictos a ese opio, a ese *vice impuni*— predominaba la pasión incoercible, la pasión de escribir, de leer y de vivir, por lo menos con la imaginación, a la altura de los grandes temas. Desde las páginas de la *Revista de Occidente* y de los ensayos de Ortega y Gasset, todo parecía renovarse en el mundo y, al mismo tiempo, todas las nuevas plantas parecían echar raíces. ¡Qué época! Ortega nos hizo conscientes de su singularidad. El siglo xx, después de la guerra del 14, estaba descubriendo nuevas formas de vida. Cada una de ellas nos atraía más que el paraíso perdido, pues se trataba de otro paraíso, de la primera creación definitiva del hombre. ¿Podré recordarlos todos?

La matemática avanzaba por caminos inéditos, que hicieron posible la formulación de la Teoría de la Relatividad y la física moderna. La química abría los laberintos del átomo. La biología hallaba la nueva unidad, el concierto del mundo viviente con el mundo circundante —¡y con cuánta fruición y dificultad leímos el ensayo de Von Uexküll sobre la ostra jacobea! La sociología, fustigada por Marx y

Engels, se lanzaba hacia el arcano de las relaciones concretas entre los grupos y descubría los portentos de la mentalidad primitiva. La antigua caverna del alma humana era descifrada por Freud, Adler y Jung. Recuerdo que, en 1935, Jorge Millas, presentado por Nicanor Parra, dictó en el Internado un curso sobre Freud y el Psicoanálisis destinado a los alumnos mayores. No poco tiempo vivimos obsesionados interpretando a troche y moche nuestros sueños y los ajenos.

Todo era incitante en el campo de la ciencia, y todo nuevo, ligero de ropas como Adán y Eva en el Jardín y, maravillosamente, en esa primavera del genio humano, el arte del siglo florecía en imágenes que renovaban el universo de los ojos: Picasso, Matisse, Braque, Léger, Dalí, mientras Strawinsky, Schoemberg, Hindemith, Ravel, Prokofieff, rejuvenecían el lenguaje de la música, y la literatura, con Proust, Joyce, Thomas Mann, Virginia Woolf, Valéry, Gide y los surrealistas descubrían la figura interior del hombre contemporáneo.

En el plano de las naciones, las sombras podían disiparse. La Unión Soviética había sido reconocida por los grandes estados de Occidente y esperábamos que ella fuera un poderoso centro de irradiación humanista que corrigiera las mezquindades del capitalismo. La dictadura nazi, para nuestros cándidos ojos de poetas, era un fenómeno local y pintoresco, una ópera wagneriana mal representada en un escenario de cartón piedra. Se había intensificado el intercambio espiritual con España y la República prometía, entre sus grandes cosas, una futura federación liberal de naciones hispánicas.

Entretanto, nuestra vida privada era exultante: la de unos jóvenes que empiezan a escribir para un mundo nuevo, el primer mundo realmente unido en una visión común de modernidad. Con la seguridad que da la fe en las propias energías, ese mundo llenaba cada celdilla de la vida privada con aventuras tan felices como la historia de *Felipe, Yuna y el Almirante*, de Pierre Girard. ¡Qué importaban los lastres del pasado que aún conservaba nuestro medio! Ya desaparecerían. Nosotros pertenecíamos a otra edad.

Era el año 1936. Los que hoy son llamados poetas mayores tenían entonces alrededor de 30 años, con la excepción de Huidobro y De Rokha. Habían producido ya, sin embargo, algunas de sus obras importantes y estaban determinando el destino de la sensibilidad poética de Chile. Los primeros poemas de *Residencia en la Tierra* habían aparecido entre 1926 y 1928 en *Atenea* y la *Revista de Occidente* y el primer volumen, una edición de lujo que nos pasábamos de mano en mano, en *Nascimento*, en 1931. En 1935 tuvimos la edición definitiva de Cruz y Raya, precedida por el homenaje que rindieron al poeta sus más importantes colegas españoles. Desde *Desolación*, Gabriela Mistral había mantenido silencio poético y sólo la prosa extraordinaria de sus *Recados* hacía presagiar la renovación de su lírica en *Tala*, que vino a aparecer en 1938. Huidobro y De Rokha se hallaban en plena producción y ejercían ya una influencia profunda sobre las nuevas generaciones. *Vigilia por dentro*, el primero de los libros representativos de Díaz Casanueva, es de 1936 y algo anterior fue *País blanco y negro*, de Rosamel del

Valle. La antología de la nueva poesía chilena que editaron Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim apareció en 1935. Era estimulante sentir que nos iniciábamos a la vida literaria en ese ámbito.

Era el año 1936. De pronto sobrevino algo que vino a romper muchas de las imágenes felices que he enumerado recién y a cambiar considerablemente el destino de la literatura y de la historia: la Guerra Civil española. Los que hoy tienen menos de 30 años apenas si podrán imaginar el efecto que aquel hecho produjo en todo el mundo, y especialmente entre los escritores latinoamericanos. Aun a los más jóvenes, nos obligó a un examen de conciencia y a una toma de posición. ¿Por qué? ¿Porque no era una guerra civil como las otras! Era, en verdad, el primer episodio inequívoco de la gran división del mundo que la Segunda Guerra Mundial revelaría después en todos los continentes, mares y cielos de la tierra. El fascismo en armas destruía de golpe todas las ilusiones amables y mostraba brutalmente la otra cara, la cara sombría de nuestra época deslumbradora. Había una segunda Santa Alianza en movimiento decidida a impedir el progreso democrático de los pueblos. Para los jóvenes como nosotros, borrachos de literatura y de dicha, aquello fue un despertar cruel. No se trataba, por cierto, de imponerse el deber de escribir sólo obras políticas —cosa que, por lo demás, todos hicimos en mayor o menor medida en esos años. No. No todos podíamos tener vocación o capacidad para tal literatura. Pero ocurría que la conciencia que poseíamos de nuestro propio mundo había cambiado y ese cambio tenía que repercutir en cada uno de nuestros gestos y también, por

cierto, en nuestras creaciones literarias. Un elemento, desconocido antes, penetraba en nuestro ánimo: el temor de que la cultura humana entera fuese demolida por fuerzas irracionales desatadas en el fondo del inconsciente colectivo. Ante esa posibilidad, no quedaba otra cosa que unir todos los esfuerzos de la inteligencia, por débiles que fueran, para intentar detener el avance de aquellas potencias enemigas del espíritu, que en ese momento se identificaban con el fascismo. Nos sentimos, entonces, incorporados a una gran corriente universal de escritores comprometidos y combatientes, que iba desde católicos como Bernanos y Bergamín hasta los anarquistas y comunistas. La guerra de España, que después se convertiría en la guerra del mundo, nos hizo vivir concretamente el hecho de la solidaridad humana y nos reveló los deberes civiles que pesan sobre el artista.

Después de varios años de ausencia, Pablo Neruda regresó en 1937, con *España en el corazón*, que leyó en el Salón de Honor de la Universidad de Chile al fundar la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, en la que participaron escritores de todas las tendencias estéticas. Bastante nos costó a Jorge Cáceres y a mí vencer nuestra timidez y dirigirnos a visitar al poeta, premunidos de sendos poemas escritos en su honor. Nos encontramos con un hombre cordial, sencillo, que nos ofreció de inmediato su amistad. Vivía en ese tiempo en un edificio de departamentos frente al Parque Forestal y con naturalidad de viejo compañero nos invitó a pasear por las avenidas. Era un día de verano y nos tendimos en el pasto, bajo el follaje rojo de unos cerezos

del Japón. Neruda nos hizo notar la maravilla del contraste de ese rojo con el azul impecable del cielo y en ese instante mismo empezó a ejercer sobre nosotros un embrujo que duraría años —que en cierto modo se dilata hasta hoy— y que nos marcaría con huellas perdurables. Detrás de su expresión ausente, hay en Neruda un espíritu agudo, lleno de curiosidad por todas las cosas y experiencias. Nos inició en grandes misterios: el arte popular, los libros raros, los caracoles, la vida de los animales marinos y de las plantas exóticas. Tenía con nosotros —un par de estudiantes— una paciencia a toda prueba y, a pesar de sus muchas ocupaciones, nos regalaba tiempo y solía escaparse con nosotros a vagancias sin rumbo por cualquier parte. Con él aprendíamos y gozábamos, poseídos por un humor poético que Cáceres creaba inagotablemente. Debo decir que Cáceres y yo éramos rigurosamente abstemios, pero nos atiborrábamos, en cambio, de helados y pasteles que devorábamos, junto con comentar las palabras de Neruda y las vicisitudes de nuestras visitas. Una anciana ama de llaves que vigilaba la casa que Neruda arrendó después en Ñuñoa, a la que bautizamos *Doña Cronos*, creía de buena fe que Pablo nos daba clases de poesía a la sombra de una inmensa higuera del huerto, y decía a todo el mundo que esos jovencitos eran alumnos del célebre poeta. Y claro que, burla burlando, nos enseñaba. El y la Hormiguita nos regalaron un sinfín de maravillas; Kafka, Rilke, Alain Fournier y *Le Grand Meaulnes*, Malraux y sobre todo los clásicos españoles que por días y días, en todas las estaciones del año, con diferentes sombras de los árboles, leíamos peripatéticamente en la Quin-

ta Normal, seguidos por nuestros flamantes discípulos, pues la amistad con tanta gente importante nos había procurado algunos, que nosotros exhibíamos con orgullo ante nuestros compañeros de Colegio. Recuerdo a Domingo Piga, hoy consagrado al teatro, y a Danko Brncic, actualmente biólogo notable, sin olvidar a Arturo Arias. La *Fábula del Genil* encantó nuestros paseos.

En verdad, habíamos pasado vertiginosamente de unos poetas a otros. Cáceres, aparte de su genio original, poseía un talento mimético inigualable. Apenas conocía a un poeta, escribía con perfección a su manera. Como el Bernardo el Ermitaño, ese animalillo que vive metido en conchas ajenas de moluscos, nos revestíamos nosotros de sucesivos ropajes poéticos. García Lorca nos ofreció el primero. Con el estímulo de Margarita Xirgú, que en 1937 realizó una temporada memorable en el Teatro Municipal, nos pusimos frenéticamente a imitarlo y llegamos en nuestra temeridad a montar un teatro secreto en el Internado, en un subterráneo oscuro. Allí representamos obras increíbles —Cáceres, Piga, Brncic y yo— ante la presencia entre conmovida y burlona de Millas, Omar Cerda, Baeza Flores y otros invitados de nota. Nos iniciamos con *Myrrhina o la cortesana cubierta de joyas*, de Oscar Wilde, que dimos —¡oh, portento!— delante de los recién nombrados y del Vicerrector del Colegio, no sin recibir las bombas de agua que nuestros compañeros, advertidos por algún delator maligno, nos lanzaron desde los dormitorios situados en el edificio vecino. Seguimos en semanas posteriores con repertorio propio: *el Campanario de la Soledad*, de Cáceres y una obra mía

cuyo nombre he olvidado. Como no teníamos vestuario ni decorados especiales, nuestros personajes debían moverse en escena prácticamente desnudos, a lo sumo con *slips* y sábanas. Nos acercamos, como se ve, a una especie de clasicismo griego. Cuando se estrenó nuestro pequeño teatro nocturno —otro signo de los tiempos—, Jorge Millas, nuestro inspector, leyó y comentó *El Cementerio Marino*, de Valéry.

Rápidamente pasamos al Alberti de los romances y de *Sobre los ángeles*. ¿Dónde estarán nuestros innumerables poemas albertianos que no dejaban de divertir a Neruda y sus amigos? No le gustaron nada, en cambio, las imitaciones que hicimos de él mismo, con perfecta espontaneidad. Sus adjetivos, sus gerundios y hasta el tono de voz de sus lecturas fueron asimilados con pasión, hasta el punto de que caímos en una especie de sonambulismo poético del que sólo vino a sacarnos, bajo la influencia severa de Jorge Millas, la lucidez extrema de Valéry. Por supuesto, también lo imitamos, claro que con menos fortuna, y nos aplicamos a ocultar en sabios alejandrinos nuestra absoluta carencia de ideas filosóficas. Corríamos el riesgo de cristalizarnos, de mirar el mundo desde el interior de un diamante. Pero nos salvaron —provisionalmente, ¡nunca se salva uno en definitiva!— Nicanor Parra, que solía venir de Chillán, donde era profesor de matemáticas, y que nos miraba con cierto arrobamiento de provincia contrapesado por su inteligencia crítica, y Gonzalo Rojas, que cayó como un aerolito en el mismo Internado de nuestra adolescencia. Nicanor nos trajo en ese entonces el *Cancionero sin Nombre* —dedicado a Millas, Omar Cerda, Carlos Pedraza, Victo-

riano Vicario, Cáceres, Carlos Guzmán y yo—, y Gonzalo, todos los esplendores y todo el humor negro y libre del surrealismo. Nuestro próximo dios sería Paul Eluard y nuestro Evangelio especialmente *La Vie Inmédiate*, que alumbró noche a noche nuestros insomnios. Sería muy largo describir las extrañas alucinaciones sugeridas por nuestras lecturas nocturnas de la *Divina Comedia*, alternadas con *Los Cantos de Maldoror*. Era una orgía de imágenes que desarticulaba, por cierto, nuestra conducta. Si a todo eso agregamos la frecuentación continua de Rimbaud y Baudelaire, comprenderemos bien la vertiginosa ebriedad de nuestros sueños y la confusión que logramos provocar entre realidad y fantasía. A todo esto había aparecido también entre nosotros, invocado por Gonzalo Rojas, no sé ya muy bien si el fantasma de Braulio Arenas o el propio Braulio —¡se parecen tanto!— a través de *El Castillo de Perth* —publicado en *Multitud*— y de *El Adiós a la Familia*, que leímos en *Atenea*. Con él nos llegaban Breton, Péret, René Daumal, Aragón y también Ana Radcliffe, *Las Ruinas de Palmira*, las *Noches*, de Young y toda la poesía trovadoresca y las novelas de caballería que constituyen la aureola particular de Braulio. En ese punto nos separamos. La revista *Mandrágora* se había estrenado con violentos ataques a Neruda, y había que elegir. Jorge Cáceres partió en su trineo vertiginoso y, después de esos años de ingenua locura, nos vimos sólo de tarde en tarde. Eramos tan exageradamente jóvenes que no contábamos con que la juventud puede ser también rota por lo irreparable.

Comprendí —no sé si bien— la necesidad de romper con la locura y estudiar seriamente alguna cosa. Por esos días, Jorge Millas escribía su *Idea de la Individualidad*, que vería la luz en 1942. Allí adquiriría cuerpo conceptual mucho de lo que había sido substancia disparatada de nuestras discusiones, a la luz de Bergson, Scheler y Husserl. Analizaba gravemente la situación del hombre contemporáneo y los problemas fundamentales de la cultura, con un dominio del lenguaje y un rigor intelectual que, aun a esta distancia, nos impresiona como excepcional entre nosotros. Sólo la dispersión frívola que afecta a la vida de nuestras clases intelectuales —y nuestra indiferencia por cierto género de publicidad— puede explicar el hecho raro de que ese libro incitante sea hoy poco menos que desconocido. Alrededor de ese trabajo, sin gravedad, pero con menos desenfreno, fuimos dirigiendo la exuberante materia que la vida y los libros podían ofrecernos. Nicanor Parra escribía ya sus cuecas y letrillas y sus versos románticos, como *Hay un día feliz*. Siempre le molestó que mi solazamiento ante esos versos se interrumpiera en risa, provocada por la evocación que allí hace de “la mirada celeste de mi abuela”. La verdad es que de ahí mismo empezaban a surgir los futuros antipoemas, nada distintos, en esencia, a sus versos de ciego. Ese elemento de humor analítico que da vida a sus cuecas hizo brotar, hace más de 15 años, unos poemas absurdos que él tituló *Los jardineros* y que nunca llegó a publicar. Eran una expresión de antilirismo que se nutría de alimentos dispares, tanto de la observación de los charlatanes de la Quinta Normal como de nuestras lecturas antropo-

lógicas y de nuestras vagancias. Dos hechos son ilustrativos de ese estado de espíritu y configuran una especie de *métaphysique du lieu*, que está en el origen de los antipoemas. Nuestra celebrada Violeta Parra, a quien visitábamos, vivía en una calle cercana al Internado, y aún no empezaba a cantar. Repentinamente, la construcción del ferrocarril subterráneo que reemplazó a la antigua línea de la Avenida Matucana, transformó su calle en un abismo y su casa en un mirador sobre las profundidades. Desde las ventanas de Violeta era posible columbrar las antípodas. Por otra parte, Nicanor, como ayudante de Física, tenía en el Colegio todo un gabinete lleno de variados aparatos que estaban a nuestra disposición. Ahí encontramos un telescopio de alcance considerable que había pertenecido a don Diego Barros Arana y que nos proporcionó el medio de conocer algo más de los contrastes del mundo. Nos pasábamos las noches recorriendo la luna y localizando estrellas, y los domingos en la tarde, viciosa y ociosamente, seguíamos los movimientos de los amantes, que se creían solos, en los faldeos del Cerro San Cristóbal, o bien, como el Diablo Cojuelo, entrábamos a las casas de pensión y presenciábamos escenas conmovedoras. Algo tendrán que ver con eso poemas como *La Víbora* y *La Trampa*.

Por lo demás, la Guerra Mundial nos paralizaba. ¿Qué podían significar nuestras pobres obras en medio de aquel maremagnum? Había que velar y contemplar, meditar y vivir hasta el instante en que los frutos laberínticos e inasibles que la época nos permitía producir hubieran madurado y se hubieran abierto como granadas. No tuvimos urgencia. No te-

nemos urgencia. El valor verdadero de las creaciones artísticas no depende de los comentarios del día, ni de la crítica de los diarios, ni de la crónica ágil e ilustrada de los magazines que tanto seduce a tantos jóvenes. Depende, sí, de una actitud interior que se traduce en conducta, de una cultura espiritual que es, en el fondo, amor, amistad creadora, fervor por algo de lo mucho que la vida, pródigamente, ofrece. Quien pueda ser fiel a sus más hondas aspiraciones y participar de su bien a todos, ése, sin prisa, podrá sentir, por la creación artística, las alegrías supremas que Platón concentraba en el Bien.

INCORPORACION ACADÉMICA

## INCORPORACION ACADEMICA

AMABLE cosa es agradecer. Todavía me sorprende la benevolencia con que la Academia Chilena de la Lengua me designó para participar en sus tareas, a pesar del exiguo peso de mi obra literaria, hecha más de proyectos y de promesas aún no cumplidas que de realidades ciertas, entre tantos escritores y estudiosos de más probado mérito. Contra lo que suele pensarse, estimo que la misión de las Academias, lejos de haberse marchitado bajo la luz y bajo las sombras de las mutaciones inverosímiles de nuestra época, tiene ante sí empresas grandes y nuevas que surgen de la propia modernidad y de su destino de permanente inconclusión.

Alta y significativa ha sido la actuación de las Academias desde antiguos tiempos en los pueblos más cultos, y no menos importante en los nuestros, en su empeño de influir sobre el lenguaje vivo, creación de cada día, y, a través de él, en el pensamiento cotidiano.

¡Cuántas veces, desde que el hombre registra su  
aparición en la escritura, se han alzado voces pre-  
monitorias defendiendo los fueros, rigores y excelen-  
cias del lenguaje, aun en relación con los aspectos  
morales de la vida! El hombre es ente de comunica-  
ción y el diálogo profundo exige dominar las reglas  
del juego, como que él se confirma en las palabras.  
¡Qué habría sido desde temprano el *homo faber*, sin  
su feliz simbiosis con el *homo loquens*! Como bien  
apunta Heidegger, después de muchos, pero con más  
dramática intensidad actual, el poeta, sumo portador  
y creador del lenguaje, funda a su modo la realidad  
propiamente humana. Y como ésta misma, el lengua-  
je no está hecho nunca de una vez por todas, pues  
si el hombre es su proyecto, en la expresión de Jean  
Paul Sartre, nuestro proyecto humano en cada ins-  
tante histórico necesita recrear su lengua, con toda  
la novedad insobornable de cada tiempo, fermentán-  
dola otra vez en los viejos odres de la tradición. An-  
tonio Machado decía: "el camino es la experiencia

humana". Cada camino abierto por la generaciones que van y vienen es una raya de historia, de expectativa y sufrimiento humanos. Y, ¿qué otra cosa que caminos podrán ser las formas del lenguaje grabadas en la piedra de la tierra por la necesidad y el sueño de los hombres? Maneras de decir, ritmos, asonancias y consonancias, refranes, proverbios, oraciones, obras literarias forman este claustro común del idioma, dentro del cual crecemos, unidos a él por el cordón umbilical de sus acentos. Recuerdo que un gran poeta, de cuya amistad gocé, Juan Ramón Jiménez, afirmaba muy en serio —y era sin duda serio lo que decía— que nosotros, los que hablamos castellano, lo hacemos en romance, en octosílabos, y que los otros metros, aplicados a la prosa común, nos sacan del genio del idioma. En ese ritmo, con todas sus posibilidades y límites, estaría nuestra más honda tradición. Podrá discutirse tal hipótesis, sobre todo en época como la nuestra, destinada a multiplicar las comunicaciones de todo orden entre las gentes y a multiplicarse con eso ella misma a sí misma.

Pues bien, este hecho cardinal de las comunicaciones cada vez más instantáneas, extensas y fáciles entre pueblos y lenguajes, en sociedades entregadas por necesidad ineludible al progreso técnico, nos amenaza hoy con un peligro nuevo que no puede dejar de interesar a las Academias. El peligro de una in-comunicación creciente por exceso de comunicaciones. Porque, entendámonos, el que podamos hablar de un continente a otro, o de un planeta a otro, no marca por sí mismo un progreso cierto en la comunicación real de la experiencia, si el instrumento espiritual del lenguaje se empobrece por la misma

velocidad y sus urgencias, hasta hacerse esquemático, convirtiéndose, como temía Henri Bergson, en simple esquema de la acción práctica. El lenguaje, con todo lo que él contiene, es un órgano rico, desarrollado a través de la evolución humana, en relación directa con la riqueza de la experiencia, que se perfecciona haciéndose lenguaje y viéndose no sólo a sí mismo en su cuerpo desnudo, también en su aureola, en su vestidura y en sus matices. Por eso la tendencia moderna al esquematismo en la comunicación, si bien indispensable en las operaciones puramente utilitarias, amenaza suprimir gran cosa de las fuentes de la comunicación propiamente humana, es decir, del espíritu. El tiempo creador resulta tiempo domesticado, industrializado, sin ocio y sin libertad, y el lenguaje tiende a abreviarse, a matematizarse, ingenuamente en las llamadas tiras ilustradas que tanto abundan en nuestra época, o tecnológicamente, en los mensajes de los jefes de empresa, de los astronautas o de los computadores electrónicos y en la conversación visual. No pretendería yo, por cierto, que un gerente diera órdenes con citas de Homero, pero no querría tampoco que un sacerdote, o un amante apasionado o un filósofo, se redujeran a las ecuaciones de la lógica simbólica.

Por otra parte, la comensalidad contemporánea de las culturas, con toda la fuerza imperial que carga a algunas de ellas con poderes antes desconocidos, determina también una continua situación de peligro alrededor de nuestra lengua. Diríase que las lenguas grandes devoran a las chicas o a las más débiles, en una especie de lingüística lucha por la vida. Nunca será ocioso defender la propiedad y belleza del habla castellana contra las demasías que puedan

afectarla, sin perjuicio de aceptar los hallazgos más venturosos del uso, en esta nueva edad de formas invasoras. Una defensa inteligente de la lengua vernácula —universal en sus alcances, en su tesoro tradicional y en sus posibilidades futuras— forma parte de otra hazaña mayor, que requiere el compromiso de los mejores espíritus, por encima de sus diferencias ideológicas.

El proyectismo social, tan positivo en principio y tan indicador de la actitud del hombre contemporáneo frente a su futuro, suele olvidar que entre los grandes bienes que la humanidad debe conservar y acrecentar está la comunión con la belleza, el afán de belleza que circunda a la vida humana y la promueve desde dentro. En el torbellino de la actualidad y en el desarrollo de los planes de vida trazados para las colectividades futuras, casi siempre se olvida que no podríamos vivir humanamente como espíritus ni saludablemente como organismos, sin seguir fieles a una vocación de belleza —expresión y forma de lo humano—, sin la cual la tierra misma terminaría por ser inhabitable y la vida, deshabitada de pasión creadora y encantamiento. Los hombres marginales que han sido más o menos los artistas en la sociedad moderna, habrán de recuperar su rango en el concierto general dentro del orden futuro. Y, ¿cómo podría haber en estos jardines, ahora posibles, espacios desiertos de belleza, destinados sólo a la utilidad funcional, y cómo, sin subir a las alturas místicas más inaccesibles, podrían darse urbes desprovistas de hermoso lenguaje? Las bellas palabras suelen ser, por lo mismo, verdaderas.

No podríamos entrar en esta ocasión en el análi-

sis de la belleza en el lenguaje, condición cambiante como todas las humanas, pero en tensión, sin duda, hacia un objetivo orientador y en cierto modo intemporal. Bástenos decir que la palabra y las familias que ella funda son bellas en cuanto descubren la singularidad de las esencias, de los momentos, de las cosas; en cuanto diversifican nuestro mundo, lo alumbran y lo establecen. Un mundo sin palabras, más abajo de los místicos, es tan poco mundo como sería, por su lado, un mundo de cosas sin relaciones. Erramos con el lenguaje en cuanto nuestras palabras no develan la singularidad de cada experiencia y en cuanto ocultan las relaciones que las unen y configuran, en lo universal, un cosmos. Justamente por eso el hombre tiene mundo y su mirada puede elevarse gratuitamente a las estrellas.

Vivimos hoy, como siempre, una experiencia rica y quebrada, el presentimiento del orden y la conciencia de la íntima crisis. Nuestra crisis cultural —dato permanente de la condición humana en la sociedad y la persona—, es también, por cierto, crisis del lenguaje. Ha tenido razón, después de tantos analistas de parejo fenómeno, un gran científico y novelista británico, C. P. Snow, cuando concentra uno de los temas de la crisis cultural sin centro común, y sin comunicación viable, por lo mismo, en el siglo XX; la cultura científica, que ha ido liberándose progresivamente de sus limitaciones por la magnitud de su objeto y por el reconocimiento de lo que en ella incumbe a la imaginación creadora, y la cultura literaria, o mal llamada humanística, que desconoce las nuevas concepciones y métodos de la ciencia, y que se encastilla en su torre de papel. Aun cuando estemos lejos de los centros en que esta ope-

sición alcanza su ápice de intensidad, también vale para nosotros y para nuestros planes. No puede haber hoy educación general al margen de la ciencia, pero hace tiempo ya que la ciencia dejó de estar lejos del arte y de sus fuentes. Razón y vida, como indicaba Ortega, se hermanan y humanizan en la ciencia, y vida y razón son la sustancia del lenguaje y del arte.

Nuestras sociedades latinoamericanas, todavía profundamente fragmentadas, interiormente desunidas, tensas por la fuente dialéctica de sus contradicciones, hablan lenguajes que sólo raras veces son comunes. Nos complacemos en acentuar sus diferencias. ¿Por qué no trabajar por el establecimiento de signos compartidos que preparen, desde este lado esencial de la cultura, el buen logro de las aventuras venideras que tendrán que ser por fuerza comunes, si queremos salvarnos? Contra el excesivo localismo de cada país dentro de sus fronteras, contra el nacionalismo cultural y aprovechando todo el poder de invención de los núcleos nacionales, la lucha en favor de una lengua franca —*lingua franca*— que contribuirá a hacernos más libres. “Sólo la unión diferencia”, dice uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo.

Estas y otras muchas son tareas que incumben a las Academias, que son tal vez las más antiguas instituciones internacionales en el orden civil. Esto sólo bastaría para confirmar su rango entre las otras. Son ellas, también, “tradición y tarea”.

Tócame hacer, si no el elogio, la semblanza humana y literaria de mi ilustre antecesor en este sillón

académico. En virtud del azar de los cuerpos sabios, que suele parecerse al azar de las calles o de los caminos, recae sobre mí este deber no por grato menos insólito: entrar, sin erudición y hasta sin método, en la obra de un gran cuentista, Rafael Maluenda, a la vez novelista, periodista y hombre múltiple, en cada esfera sujeto notable y singular entre los nuestros, entre propios y extraños.

Muchas son las incitaciones de crítica cultural que surgen en torno a tal figura. Primero que nada, a propósito de su destino de cuentista y novelador, que es el único que yo podría abordar con algo de competencia. Pues, ¿qué podría decir del periodista que participó en más de medio siglo de la prensa chilena y que escribió en todas las secciones de los diarios con esa jocundidad que todos le reconocen, hasta ser Director de *El Mercurio*, o del comentarista político que influyó poderosamente en el triunfo de la candidatura popular de don Arturo Alessandri Palma en 1920 y que después siguió en la brega con singular denuedo, defendiendo causas que yo estoy muy lejos de compartir? ¿Qué podría decir, si no que en todo se lo reconoce y se siente el ritmo de su respiración intelectual y que, a pesar de su afición por el teatro, jamás procuró disfrazarse para ser otro que él mismo? En el momento final, sobrevenido en plena acción, todos reconocieron, aun sus adversarios ideológicos, el valor, la intrepidez, la facundia de este gran actor de nuestras batallas periódicas y cívicas.

A mí me incumbe entrar en personalidad tan compleja y tan inequívoca por el lado menos controvertible: el literario. Nadie podrá negar que no pocos

cuentos y fragmentos de novela de Rafael Maluenda sobresalen en nuestras letras, desde comienzos del siglo. Más de alguno es y seguirá siendo pieza de antología. El autor era dominador, recio y desigual, una de esas personas ante quienes yo, de naturaleza e inclinación diferentes, podría sentir primero "temor y temblor". Tan diferente era a mí. Buen azar de los caminos académicos es que me toque hacer su elogio.

Suele ocurrir que los descubrimientos de una generación sean lugares comunes de la siguiente. Algo de eso sucede con la exploración psicológica de cuentos y novelas de comienzos del siglo, no sólo en Chile. También en otras partes, exceptuando a Proust y a unos cuantos. Y eso... De seguro ocurrirá lo mismo con novelas y novelistas actuales, que hoy no sólo nos parecen más nuevos, sino también más profundos. Así es de cambiante la condición humana para los ojos que la escrutan. Habría que seguir averiguando qué es lo que constituye, en última sustancia, el valor literario más permanente y por qué ciertas obras se salvan y llegan a ser clásicas, con toda la precariedad y limitación del término, pues cada época tiene sus clásicos, es decir, cada época elige del pasado aquello en que mejor se refleja ella misma o aquello que mejor expresa su afán de permanencia.

En este momento de la historia literaria, mucho de lo novísimo que trajo el vanguardismo de entreguerras se nos aparece prematuramente envejecido. Los juegos verbales, en un principio deliciosamente herméticos, han pasado a los títulos de los periódicos y a los comentarios radiales y no pocos giros metafísicos nacidos en la radiante cuna de Rimbaud,

Apollinaire o Huidobro, que producían estupor en los espíritus bien pensantes de 1920, pertenecen ya al uso común y hasta suelen asomarse en los discursos parlamentarios. El arte moderno tiene ya por lo menos medio siglo y no le faltan canas a su revuelta cabellera. Parecería que lo único en definitiva seguro, aparte de la forma con sus veleidades caprichosas, pero no arbitrarias, fuese lo que en el arte proviene de una aproximación apasionada y contemplativa a la realidad, de una intuición, de un acto estético, mientras más ardiente más real y menos necesitado de adjetivos y metáforas. Bajo esta luz, lo que resta de existencia vivida en los cuentos de salteadores y en las sagas deslustradas de la clase media menesterosa que circula por las páginas de Maluenda, con su candor de observación, posee sin duda más mérito durable que los argumentos más o menos artificiosos, y tan bien urdidos, de sus obras de mayor calibre.

En todas ellas, sin embargo, la sociedad chilena es sentida —es el aire de la época— con pesimismo un tanto desgarrado. Lejos estamos de las endechas infladas de esperanza de la retórica liberal del siglo XIX. Nuestro autor vive otros tiempos —1891 y 1905 fueron años cruciales— y son pocas las ilusiones que sobreviven acerca de la grandeza nacional y sus glorias, al estilo del insigne Vicuña Mackenna y los epígonos de la segunda mitad del siglo XIX.

Como en España después de 1898, había empezado también en nuestro medio, por dentro y por fuera de la literatura, una crítica de la realidad social que fue resultando cada vez más amarga, a medida que progresaba el siglo que sucedió, con vaticinios tan gozosos, al que se llamó heredero y

depositario de las luces. Un orden, por precario y artificial que fuera, se había roto; se había roto tal vez un espejismo de orden, y no se vislumbraba —esta vez en un vasto mundo, cada vez más vasto y más abierto a la comunicación de experiencias, muchas de ellas mortificantes— ningún otro que pudiera surgir orgánicamente, pacíficamente, del antiguo. Los escritores de la generación de Maluenda empezaron a sentir, con diferentes reacciones, que los tiempos eran revolucionarios.

Todo nuestro siglo XIX presencia la liquidación lenta y sabiamente equilibrada —hasta donde era posible— del orden colonial, fundado, para emplear la expresión portaliana no siempre bien comprendida, *en el peso de la noche*. El despertar no es feliz, a pesar de las glorias militares. Maluenda figura entre los primeros que muestran realidades psicológicas y sociales descarnadas, sin las cariatides del romanticismo chileno, en su descripción de lo primitivo de la vida campesina y urbana, con su falta de paisaje natural —por lo mismo que no tiene paisaje humano— y con sus soterradas agresiones. El es un observador de la violencia, que sacude escenarios aparentemente idílicos, esa violencia de la vida privada que hasta hoy es uno de nuestros signos funestos. Recuérdese el relato impresionante de *La Cacería*, o algún otro donde el héroe, en insurgencia inconsciente ante el orden social, es visto y descrito con rasgos semejantes a los que Ercilla atribuyó a sus araucanos, y pensemos si esta subversión no sigue siendo un rasgo de la conducta latinoamericana.

Bajo la influencia del naturalismo crudo de Zola y del más lírico de Gorki, junto a la jocundidad angloamericana de un Bret Hart, el campesino nues-

tro es observado y seguido por este interesado espectador, como el hombre estancado que fue y que sigue en parte siendo, no sólo al margen de la época y sus adelantos vitales, sino también al margen de su propio mundo interior, de la naturaleza y de las gentes que lo explotan o circundan. Las pasiones del amor en estos inquilinos de fundos o en aquellos bandidos son instintos sofocados, que más desembocan en el odio a puñaladas que en las alegrías y goces del deseo. La suya es una vida clausurada, sin paisaje, en una sociedad dura, tan cruel como ellos.

Pareciera, y no es un simple parecer, que Maluenda, vitalista y vital, aplaude el gesto de la liberación de los salteadores que, *in extremis*, pretenden, sin mayor pensamiento, pero con el pulso seguro de la rebelión simbolizada en un cuchillo, rescatar las esperanzas ahogadas de la libertad. Mientras mira con cierto escepticismo a los mediocres artesanos del bien común, representados por alguna preceptora o por algún policía, su ternura se despierta al contacto de estos otros hombres antisociales que hallaron todas las buenas puertas cerradas ante sí.

¡Curiosas paradojas de un escritor que bebió y vivió su experiencia en tantos campos contradictorios! Cuando se deja llevar por la imaginación afectiva, y no por sus deberes, sus simpatías están con los bohemios del teatro y del circo, con los cuatros, con los seres desequilibrados de la *Colmena Urbana*. El también pugna por escaparse y por vivir las vidas, ya imposibles para él, de sus personajes. Por esa quebradura entre la imaginación y la acción real, acaso se debiliten las imágenes objetivas y tienda todo a justificarse en la alegoría del gran teatro

del mundo, en que estaríamos todos, como en *La Vida es Sueño*.

Un poco más de tensión espiritual, y en algunas obras de Maluenda hubiera estallado una revelación de psicologías más ocultas y más reales, como en el *Vampiro de Trapo*, que pudo ser, más breve y concentrada en lo esencial del drama, una obra maestra. Quién sabe si aquí el periodista, obligado a la prisa y a la síntesis acelerada, dañara al escritor. Pero quién sabe también, si en la singularidad de los destinos, todas estas reales virtudes literarias de Maluenda no provinieran de la velocidad perceptiva, con algo de histrionismo gozoso, que lo hizo periodista.

Hay un gran cambio entre las obras primeras y las últimas. Las alteraciones literarias, en estilo y en temas, son función de la vida ¡Qué curioso! Cualquiera lector desaprensivo de hoy encuentra un cuadro en profundidad de un sector del pueblo chileno en las *Escenas de la Vida Campesina*, libro de la mocedad de Maluenda y del criollismo literario chileno. Uno reconoce en esos cuentos descarnados algo de lo que ha visto y vivido en nuestros campos. Las pasiones de los personajes son broncas, elementales. Los colores que el autor presta al paisaje son también primarios, irreales a fuerza de crudeza. De tiempo en tiempo, pasa de la brutalidad de la acción a una capitosa dulzura descriptiva, en una atmósfera que evoca las gruesas pinceladas de su amigo el pintor Benito Rebolledo Correa. No hay mucha distancia contemplativa. Todo está visto de cerca y con prisa, con dramatismo impaciente. En esas *Escenas*, el autor compone monográficamente, alrededor de dos o

tres personajes que anudan la acción única, y en esta concentración alcanza de pronto realizaciones tan logradas como *Fatalidad*, sin duda uno de nuestros mejores cuentos militares, o el asombroso relato *Los Dos*, exaltación de su estilo dentro de las historias de bandidos, con todos esos matices de ternura en la rudeza que llegarán a una cima en *Los Ciegos*.

Pues bien, a propósito de este naturalismo intermedio, un tanto romántico, de escritores como Maluenda y tantos otros de sus contemporáneos chilenos y latinoamericanos de las primeras décadas del siglo, se abre el tema de la relación del escritor con la realidad, y sus diferentes planos, y sin duda también el de las fluctuaciones de la estimativa literaria. Las fluctuaciones de ésta suelen ser violentas, sobre todo en el primer medio siglo de vida de una obra o de un autor. Períodos más amplios suelen estabilizar el juicio.

Después de leer y releer sus obras, veo a Maluenda como escritor realista, tanto en su selección de temas y personajes como en el tratamiento bien poco imaginativo que les aplica. Bien, Maluenda, realista, criollista, descubridor de tipos y situaciones de esta tierra, *Sic et nunc*. Sin embargo, hace 50 años, un crítico agudo, versado en literaturas europeas, amante del simbolismo y partidario de un discreto nacionalismo iberoamericano, Armando Donoso, juzgaba con cierta acritud los cuentos campesinos de Maluenda como expresión de esteticismo europeizante y miraba a sus héroes como a simple abstracciones ajenas a la realidad rural nuestra. La realidad tiene tantos rostros.

Lo cierto es que el naturalismo a la chilena quiso complacerse en espumar del ambiente psicológico y

social vidas vulgares —los bandidos de Maluenda son una excepción—, *no los primores de lo vulgar*, de que hablaba Ortega a propósito de Azorín, sino lo vulgar en sí mismo, como es el caso de los personajes venidos a menos de Maluenda con sus episodios insignificantes, “sus vidas mínimas”. Mas, si sus relatos se templan cuando penetran en la vitalidad del pueblo —entre ellos se destaca magistralmente su *nouvelle, La Familia Rondonelli*—, su forma homóloga en los antípodas habría que pedirla a ficciones que mostraran —como ocurre en Jorge Luis Borges o Alejo Carpentier en las letras hispanoamericanas—, las instancias más altas, complejas y misteriosas de la experiencia humana. ¿Por qué el cuentista y el novelista habrían de ser sólo fotógrafos ambulantes que registran escenas callejeras, visiones al pasar, cuadros de costumbres que se repiten más o menos impersonalmente en todas partes, dentro de una misma época y de un mismo grupo social, y no una cámara finísima capaz de sorprender lo más singular de la aventura humana en sus distintos giros?

Pero bien está que ahora posemos la mirada en estos tipos individuales nuestros, vistos por un poderoso temperamento, sin pedirle más que lo que fue o lo que vio. Cada visión entraña un absoluto y en eso está más allá de los deseos ajenos y de la crítica.

En esta visión del hombre y de la sociedad nuestros —tan auténticamente vivida por él, al revés de lo que suele verse hoy en día en las páginas de no pocos noveladores de parodias—, hay violencia, violencia en el ver y violencia en las cosas vistas. Esta violencia —tema hispanoamericano de hoy y de siempre— no brota sólo de los impulsos del pensamiento o la pasión. Tanto como éstos, la enciende y dispara

el fatalismo resignado que mella a la voluntad y se somete ciegamente al impulso, aunque éste pueda parecer extraño, como si el hombre quisiera volver a hacerse naturaleza, aboliendo ese contraste angustioso que aparece tantas veces en los cuentos del criollismo: por un lado, el hombre, con sus crueldades, sus mezquindades, sus zozobras, y, por el otro lado, los cielos tranquilos, la brisa entre las hojas ensangrentadas por la sangre del bandido, el canto de los pájaros.

Puede el lector de hoy preguntarse: ¿por qué esta atmósfera tétrica, que no es sólo de estas historias de Maluenda, también de un Baldomero Lillo y un Pezoa Véliz? ¿Por qué esta atmósfera, también actual, sin duda, pero más desesperanzada entonces? Muchas son las respuestas, los dogmas y las hipótesis que surgen de las ideologías. La sociedad chilena, en las primeras obras de Maluenda, las más valiosas al fin y al cabo, está agrietada por separaciones insalvables, que los personajes, de arriba a abajo, aceptan con resignación. ¿Quién podría conformarse hoy con la suerte injusta e incomprensible de Eloísa Pope, *la Cantinera de las Trenzas Rubias*, que, después de haber despertado el cariño y la admiración de todos sus compañeros de armas, termina prematuramente sus días en el Asilo del Buen Pastor, porque había infringido las normas sociales yendo al frente con un camarada? No cuesta mucho advertir que gran cosa de la angustia que se desprende de tantos escritores de la época, de aquí y de fuera, a partir de la Revolución Industrial y del naturalismo literario, brota de esa actitud soberbia o resignada con que se aceptaba la estratificación social, con sus morales y con sus injusticias y prejuicios. Fue

eso lo que mucho antes bautizaron con el nombre de drama burgués, que hoy nos huele a pieza encerrada, después de las tragedias auténticas, con todo su horror y con toda la vastedad de sus horizontes, a que la historia subsiguiente quiso acostumbrarnos. A pesar de nuestras fallas, otra habría sido, en nuestros días, el destino de la cantinera Eloísa Pope.

Hay escritores que pulen largamente sus obras, que aguzan sus lápices y castigan sus inspiraciones. Imagino que Maluenda era tan impaciente con sus escritos como consigo mismo y que, situado en lo más lúcido de sí, amaba, más que la paciencia, el cambio. No lo veo de otro modo en la vehemencia con que sabía coger y vivir el presente, con entusiasmo nada entorpecido por el andar de los años.

Tales caracteres pueden darnos imágenes distorsionadas —más que otras—, de situaciones, personas y cosas, pero nos ofrecen bien el perfil de sí mismos, para hacerlo inevitablemente tan controvertido como lo que ellos percibieron de los demás.

¡Oh, rigor del azar! Nuestro autor lo sentía intensamente, y por él mismo, por el azar, me ocupó ahora de rendir homenaje a un hombre singular, ilustre por tantas cosas que nada tienen que ver con las que yo personalmente admiro. Pero sí admiro, sí, en Maluenda la prodigalidad de la vida que suele haberse perdido en nuestro tiempo, la decisión con que defendía las causas que le interesaban. Admiro sus intereses múltiples, desde el box y el circo a la teosofía, el espiritismo y la política, esa honda respiración que alimenta sus células. Frente al empequeñecimiento progresivo de las aficiones y los gustos, bien puede decirse que él perteneció al género de ese titanismo sudamericano, que ha descubierto uno

de nuestros filósofos recientes, como tipo ejemplar y peligroso de nuestra idiosincrasia cultural. Se trata del hombre que decide —y que es— bueno para todo, capaz de ponerle el hombro a todo como los antiguos titanes, sin especialismo de la menor especie; el que puede oponerse a una poblada, gobernar un buque, ser ministro de Estado o director de un sindicato en resistencia. Aquél cuya virtud no reside en las ideas ni en la meditación sino en la fuerza y el impulso, versión americana del *Sturm und Drang*, con ternura por seres vivos y cosas inertes y con fiera voluntad de oposición, llegado el caso. Escribía así Maluenda en una de sus obras menores: “Hay una fuerza ciega que rompe todos los cálculos humanos: la Aventura. Y la vida es de aquéllos que pueden concebirla aventurescamente, libre de todo vano sentido, de toda mentida finalidad”. (*Confesiones de una profesora*, p. 44).

No creo disminuir la bien perfilada efigie de un hombre notable con estos resplandores animistas un poco invocatorios. Su obra literaria ha sido y será analizada por los estudiosos de la literatura chilena con un rigor que no podría yo poner en juego. Su labor periodística, que puede dar lugar a varias selecciones de artículos excelentes, está viva aun en sus lectores. Mi homenaje se dirige, dialécticamente, con afirmación y negación, al hombre vivo, al autor de carne y hueso que fue Rafael Maluenda.

Sea en los cinco trabajos dedicados a Gabriela Mistral —piezas de ya capitales para el estudio de su biografía—, o en su *Crónica de una Generación*, o en el extenso análisis denominado *Resumen Chile* —cuyo enjuiciamiento de la idiosincrasia chilena levantará dorosa polémica—, el lector advertirá invariablemente los signos una obra que destaca en el poco cultivado campo de la ensayística nacional por la agudeza de su visión, la novedad de los planteamientos y la rara perfección de su prosa.

